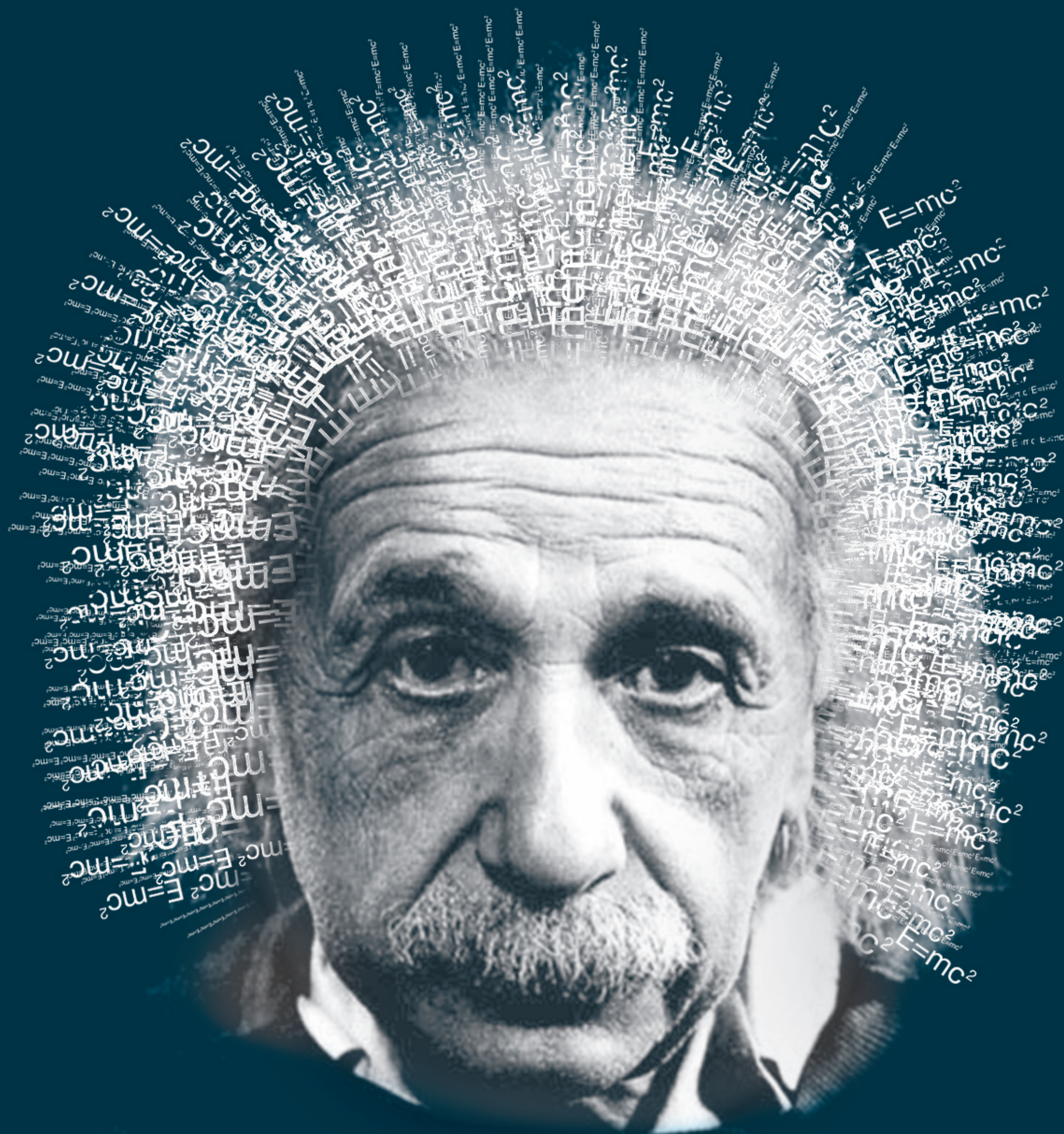
30 DE ENERO 2005. AÑO 8. N*441

RADAR

Diez años sin Miguel Briante
El juicio al personal de Auschwitz
Gerardo Abboud: el traductor del Dalai Lama
La saga que le pisa los talones a Harry Potter

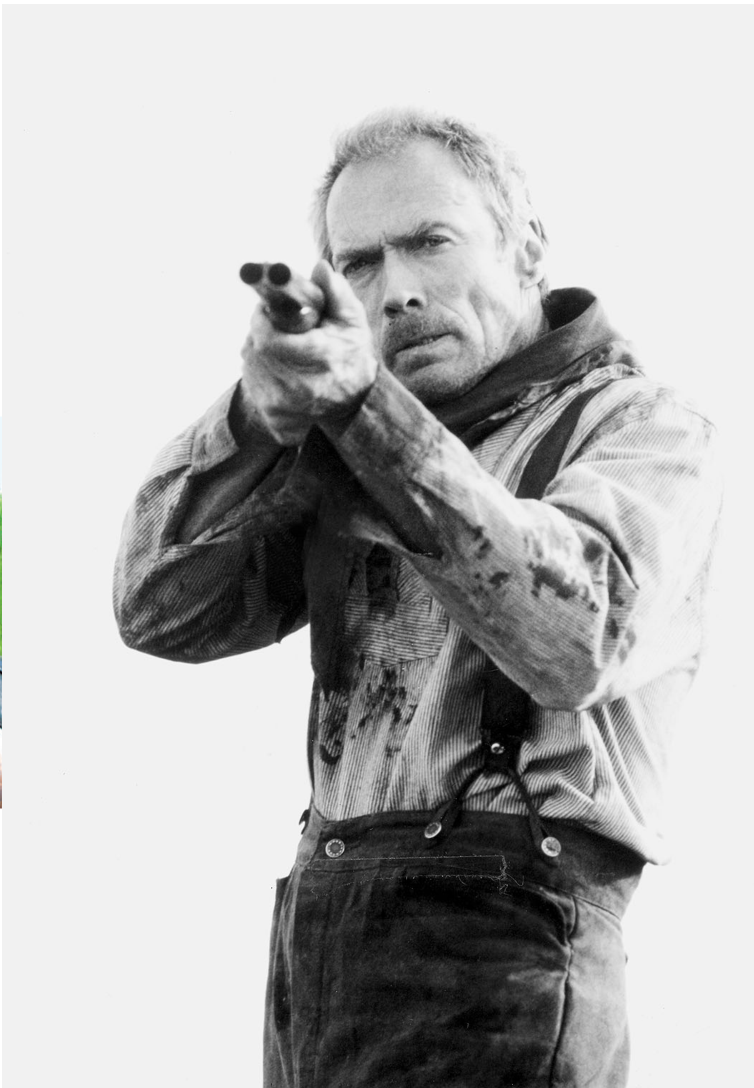
NI UN PELO DE TONTO



Por qué en 1905 **Albert Einstein** inventó el siglo XX.

Y Clint
tomó su fusil



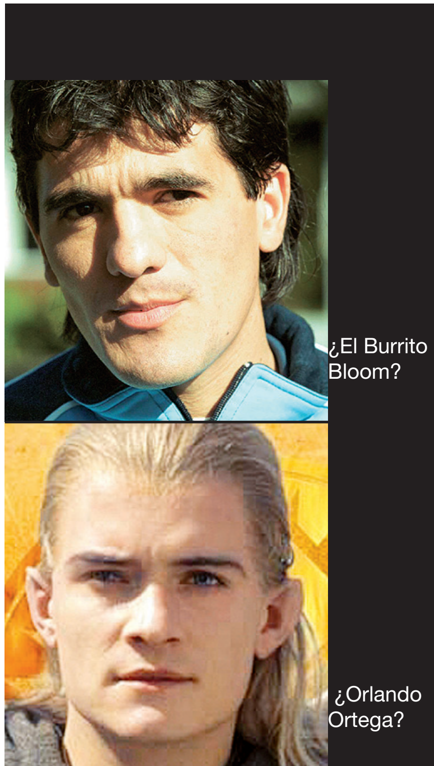


"Michael Moore enfrentará una muerte segura si alguna vez apunta sus cámaras hacia mí." Tal fue la amenaza proferida por Clint Eastwood hace unos días, cuando acababa de recibir su premio al Logro Especial en Realización por ***Million Dollar Baby***, su última película (de inminente estreno por acá) en una cena organizada por la Junta Nacional de Críticos en Nueva York. Eastwood fue claro al advertirle al director de *Bowling for Columbine* y *Fahrenheit 9/11* que evitara convertirlo en objeto y centro de algún proyecto futuro, "si es que valora su vida". El episodio fue reproducido de manera algo confusa por la prensa norteamericana, ya que, si bien se sabe que el director de *Los imperdonables*, y actor de infinidad de westerns y de la saga de Harry el Sucio, es un firme aliado del Partido Republicano, también admitió que él y Moore comparten cierta visión acerca de cómo debería operar la sociedad norteamericana, y las amenazas terminaron mezclándose con las risas del público presente. Risas nerviosas, ¿tal vez? "Michael Moore y yo tenemos, de hecho, mucho en común: ambos apreciamos vivir en un país con libertad de expresión"; dijo el viejo Clint, para luego agregar: "Pero, Michael, si alguna vez te me aparecés en la puerta de casa con una cámara... te mato". Cuando Eastwood notó que el público había estallado en risas ante su amenaza, insistió, más enfáticamente: "Lo digo en serio".



Pobre no es lo mismo que poor

Para cualquiera que viva en el Tercer Mundo, la idea de irse hasta el Primero para ser "como un pobre" puede sonar ridícula, y sin embargo, no deja de tener cierto valor terapéutico: ser "como un pobre" allá seguro que no es lo mismo que ser pobre acá. Menos que menos si la farsa tiene lugar en Londres, donde actualmente el maestro zen Grover Genro Gauntt ofrece un tour capitalino que funciona además como "retiro callejero". Durante dos noches, los participantes viven y duermen en la calle, con los mendigos y homeless locales. El retiro –que Gauntt describe como "espiritual"– incluye entre su amplia oferta de actividades, las siguientes: limosnear, quedarse parado en una esquina hasta que los eche la policía, conversar con legítimos mendigos y "caminar sin rumbo por la ciudad". Los que quieran participar no pueden afeitarse ni lavarse el pelo desde cinco días antes de comenzar la experiencia, deben vestir ropa y zapatos viejos y no llevar nada para cambiarse, y necesitan una bolsa de plástico vacía para recoger latas y botellas. Está prohibido llevar reloj, libros o almohada, aunque se permite un plástico para acostarse sin mojarse y cualquier medicamento que uno esté tomando. Aunque la verdad, a lo que están el euro y la libra, cualquier hijo de vecino de por acá que llegue hasta Londres puede considerarse homeless.


¿El Burrito Bloom?

¿Orlando Ortega?

yo me pregunto: ¿Por qué al jabón se le pegan los pelos?

¿Y por qué a mí se me pegan los bichos?
Sibila el radiador

Por la ascendencia italiana: a los pendejos les gusta la pasta.
Fernandito de Santa Cruz

Eso te pasa por no lavártela con-cham-pú.
Lave Reta de zona Oeste

Jabón=miedo. Miedo=pelos de punta. Pelos de punta=caída del pelo. El jabón hidroscópico tiende a adherir a sus paredes externas el sobrante capilar si el resultante real atómico es igual al cagazo al cuadrado.
Instituto madame Gurí

Y... Pasó por aquí y me pegué para visitar a mis parientas de abajo...
Niunpelo Detonto

Porque los pendejos son así: les cuesta despegarse.
Sigmund de Villa Yo

Para que nos demos cuenta de que nos estamos quedando pelados.
Il quincho qui parla

No sé, a mí no me pasa.
Aldo Lape

Para tener una buena excusa para separarte.
El pelaú

Para que no lo usen los que se quedan en casa cuando uno se va de vacaciones.
Osvaldo Pelorrancio

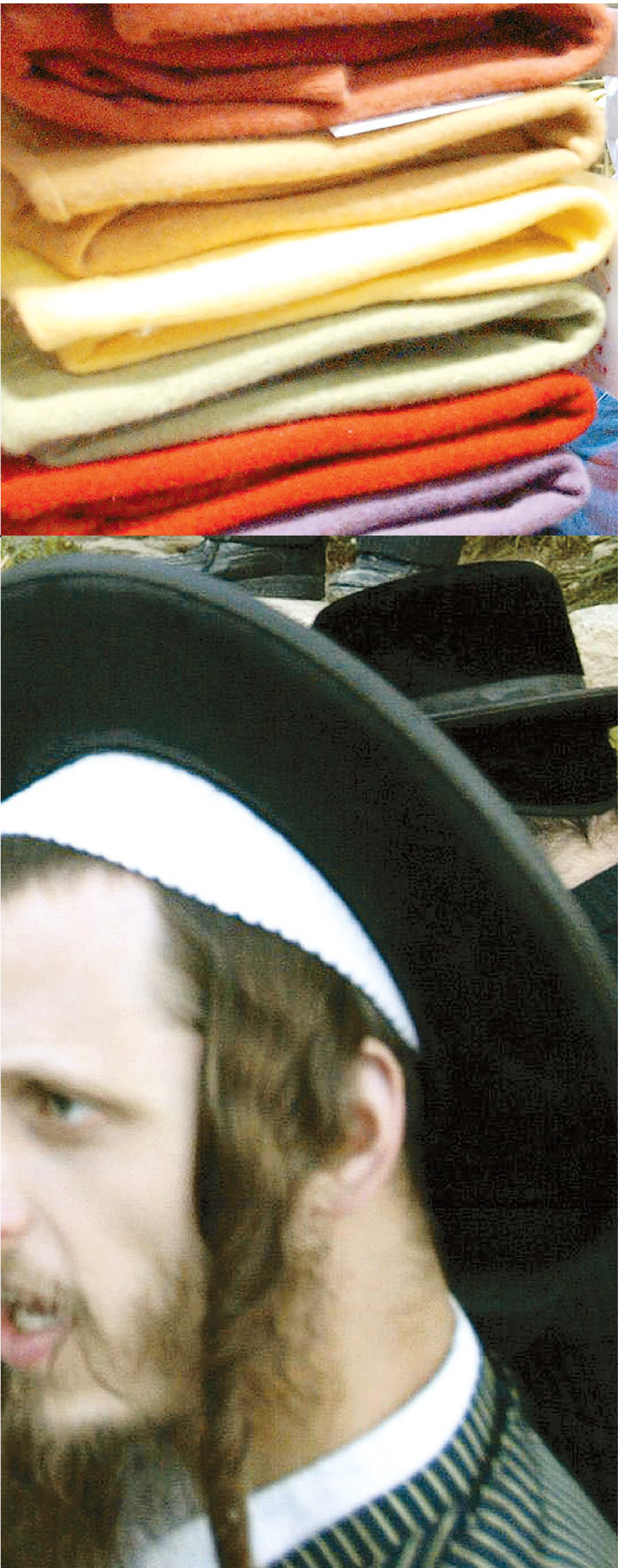
Porque no son kamikazes: no quieren terminar cruelmente en una rejilla.
Yenesepá

¿Te imaginás si a los pelos se les pegaran los jabones?
El que una vez fue Frititi

Porque es la forma más fácil de ir a parar al culo ajeno.
SuperChulo

para la próxima: ¿Por qué tantos policías y militares usan bigote?

El Once Mandamiento



POR MARCELO BIRMAJER

Azules las veredas
y negro el tafetán
los peies y las barbas
el paso y la kipá
el paso y la kipá.

Mujeres con pelucas
y otras sin pudor
caminando mis calles
iguales bajo el sol
Iguales bajo el sol.

Polleras largas negras
blusas con almidón
y hasta el aire parece
cumplir la tradición.
Y hasta el aire parece
cumplir la tradición.

Dos niños que se apuran
y el padre va detrás
acaban de bañarse
porque empieza el shabat
porque empieza el shabat.

Yo miro a los dos niños
con peies y kipá
y cuento mis pecados.
Innumerables.

Me gustan las mujeres
y no guardo el shabat
como carne de cerdo
yo no cumplo Torá
yo no cumplo Torá.

Tal vez en las alturas
D's me perdonará
y si no me perdona
ya me ha dado mucho.

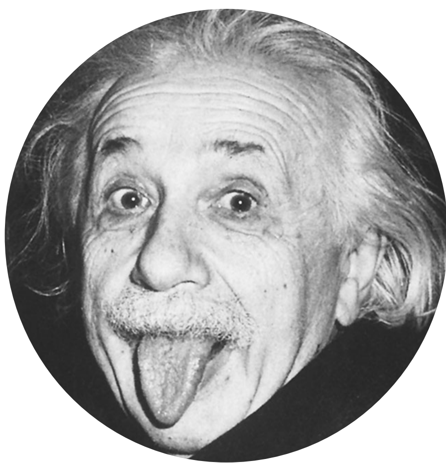
Una mujer pagana
voceando su café
las extrañas coreanas
y Sefarad también.

El boio, las baklabas,
el kipe, el jasmashim.
Oasis de mis calles
Oriente ashkenazí.

Negocios de camisas
y calles del ayer
palabras en hebreo
y marcas en inglés.
Camino por mis calles
y no puedo olvidar
un pozo, una tragedia
la muerte, la maldad.

Pero mi barrio es dulce
y oculta una verdad
el Once Mandamiento:
La vida seguirá
El Once Mandamiento:
La vida seguirá.
La vida seguirá.

sumario



Nota de tapa

El cerebro mágico

Es verdad: fue un alumno opaco, huyó de los nazis, habló en contra de la bomba atómica, patentó su mayor descubrimiento en una ecuación incónica ($E=mc^2$), redefinió a Dios con un aforismo (“Dios no juega a los dados”), e impuso la figura del científico bonachón, pacifista y distraído. Pero, honestamente, a cien años de aquel 1905 en el que publicó la Teoría de la Relatividad que lo convirtió en quien fue: ¿sabe usted por qué **Albert Einstein** inventó el siglo XX?

”Mi hijo se siente profundamente infortunado con su actual situación de desempleo. Día a día crece en él la sensación de que su carrera va desencaminada.”
Carta de Hermann Einstein, padre de Albert (1901)

POR LEONARDO MOLEDO

A fines del siglo XIX, Occidente en general se aproximaba lenta pero firmemente a una seria crisis política y cultural: la paz armada y la competencia capitalista entre las potencias europeas desembocarían en la guerra del ‘14 y el ascenso del socialismo y el movimiento obrero en las revoluciones rusas; la pintura se desprendía de la forma, enfilaba hacia el cubismo y, más allá, la abstracción; la música ensayaba disonancias; la literatura iniciaba el camino que la apartaría del naturalismo y desembocaría en el fluir de la conciencia de Proust, Woolf y Joyce; y las matemáticas sufrían los rigores de la teoría de conjuntos, que sacudirían la filosofía y que rematarían en el positivismo lógico.

La física, que en el siglo XIX se jactaba de poder explicar todo lo existente, por su parte, estaba en un brete bastante serio. La triunfal teoría electromagnética de James Clark Maxwell había resucitado los viejos fantasmas del movimiento y el reposo absolutos, que Newton y su mecánica habían desterrado dos siglos atrás. La visión novecentista del mundo había llenado al universo vacío de Newton con éter, una dudosa y repugnante sustancia aristotélica, donde vibraban las ondas electromagnéticas, y que se encontraba en “reposo absoluto” en todo el universo.

Si el éter se encontraba en reposo absoluto, al moverse a través de este éter dormido, la Tierra recibiría una corriente –un viento de éter en contra– de la misma manera que un avión recibe una corriente de aire en sentido contrario a su movimiento. Y este viento de éter –sostenía la teoría– tendría que ser capaz de retrasar un rayo de luz. En 1881 y 1889, los físicos norteamericanos Michelson y Morley hicieron el experimento y no detectaron nada: ningún viento de éter, ningún retraso en el rayo de luz, ningún tipo de movimiento absoluto. La situación era, sin duda, grave: la teoría (electromagnética) predecía una cosa (que el rayo de luz se tenía que retrasar) y los experimentos daban un resultado contrario: la luz no se retrasaba un ápice. ¿Y entonces? Y entonces había que buscar una explicación que arreglara esta discrepancia.

Dos físicos, Lorentz y Fitzgerald, cada uno por su cuenta, sugirieron una solución. Era rara, pero era una solución. Imaginaron que, con el movimiento, las distancias y el tiempo se modifican, y aceptando esas extrañas propiedades del tiempo y el espacio, y haciendo los cálculos apropiados, se entiende por qué el experimento de Michelson-Morley no reveló ningún retraso en el rayo de luz. Al moverse la Tierra respecto del éter, las distancias y los tiempos se modifican de tal manera que el rayo llega a la cita con puntualidad y sin registrar retraso alguno. Pero la explicación tenía un punto flojo: ¿por qué se van a contraer los cuerpos con el movimiento? ¡Si no hay ninguna razón para que lo hagan! En realidad, era una solución de compromiso, una transacción *ad hoc*, que dejaba a salvo el éter, el electromagnetismo, el rayo de luz que no se retrasaba y la predicción de que se retrasaba. Arreglaba las cosas, pero al costo de un dolor de cabeza. Por primera vez se habían tocado el espacio y el tiempo, esos dioses que reinaban desde la época de Newton, y que parecían intocables. Era chapucero, pero el daño estaba hecho.

Pequeños milagros

No era el único frente de tormenta: hacia fines del siglo XIX, se había profundizado la investigación en el terreno del átomo; primero los rayos X y luego la radiactividad ofrecían avalanchas de datos sin una teoría comprensiva. En el año 1900, Max Plank había propuesto una explicación del fenómeno de la radiación del cuerpo negro (un problema heredado del siglo XIX) que contenía una hipótesis novedosa y sobre todo herética (cuyos alcances el mismo Plank estaba lejos de imaginar). Plank suponía que la energía era emitida de manera discreta, en paquetes, o cuantos de energía, es decir, rompiendo el baluarte de la continuidad que ostentaba hasta entonces el concepto de energía.

Eso, en 1900. En 1903, un muchacho que creía en el éter, y en la continuidad de la energía, empezó a trabajar como empleado en la oficina de patentes de Berna (Suiza). Tenía a la sazón 24 años y estaba terminando su doctorado en Física. No había sido, hasta el momento, un estudiante especialmente destacado, pero que sin embargo fue, al decir de sus jefes, un buen empleado, que en los intersticios del trabajo se dedicó a reflexionar sobre aquellas cuestiones que preocupaban a los físicos: el éter, el movimiento absoluto, los cuantos de Plank. Así son las cosas.

Y ahí llegó el famoso *annus mirabilis* (año milagroso) de 1905. Milagroso para la física, para Einstein, para el mundo. Ese año curioso y extraño, mientras en Rusia se producía la primera revolución (que culminaría en 1917 y en la *perestroika* siete décadas más tarde) y el incidente del acorazado Potemkin, mientras nacían Greta Garbo y Osvaldo Pugliese y se fundaba Las Vegas, Albert Einstein, ascendido ya a perito de primera clase en la oficina de patentes, de 26 años de edad, publicó una seguidilla de cinco trabajos en la revista científica del momento, los *Annalen der Physik* (valga decir que, por esa época, si un científico quería ser por lo menos respetado debía saber más alemán que inglés). Cada uno de ellos apuntaba a una cuestión importante y la resolvía de una manera sorprendente y cada uno de esos cinco trabajos le hubiera garantizado, por sí solo, un Premio Nobel de Física.

El primero, en marzo (llamado *Sobre un punto de vista heurístico concerniente a la emisión y transformación de la luz*) se metía con los cuantos de Plank y lo extendía a la luz: Einstein sostenía que la luz, entonces representada y considerada una onda electromagnética, poseía también una naturaleza corpuscular y se comportaba como una lluvia de partículas (fotones, o cuantos de luz) y que su energía no estaba distribuida sino que se concentraba en paquetes o cuantos discretos, que se localizaban en el espacio y que podían ser absorbidos o generados solamente en paquetes. La teoría explicaba un problema que intrigaba a los físicos: el mecanismo por el cual la luz, al incidir sobre un metal, era capaz de arrancar electrones. Era una explicación

La Teoría de la Relatividad introduce una ruptura metafísica: según Einstein, el espacio y el tiempo se amalgaman en algo distinto, el “espacio-tiempo”, que depende de los observadores. Un segundo, dice, no necesariamente dura lo mismo para dos observadores diferentes. El reloj que da la hora para todo el universo ha dejado de existir.





Fuga de cerebro

¿Dónde están las 240 partes del cerebro de Einstein?

POR FEDERICO KUKSO

Ni en una ni en dos: el cerebro de Albert Einstein fue rebanado en 240 piezas luego de que muriese de una aneurisma a la 1.15 de la madrugada del lunes 18 de abril de 1955, a los 76 años, en Princeton (Estados Unidos). Su última voluntad había sido que todo su cuerpo fuera vuelto cenizas, pero al forense, un tal Thomas S. Harvey, no le importó el deseo final escrito en el testamento. Lo tenía ahí, enfrente; y no lo pensó dos veces y empezó a serruchar. Años más tarde, Harvey –enemigo número uno de la familia Einstein– se defendería diciendo que lo había hecho por el bien de la ciencia, y como un acto de amor (“Tuve la suerte de estar en el lugar preciso a la hora indicada. Fue el mejor momento de mi vida”).

Luego de trozarlo, el patólogo envolvió cada una de las piezas en celoidina, un material transparente e impermeable (que 40 años después permitiría examinar microscópicamente lo que quedó del cerebro), las guardó en un tupperware de cocina y se fue a su casa. El cuerpo –ya sin cerebro– fue cremado, y nadie se enteró del faltante hasta que a mediados de la década del ‘70 un periodista de la revista *New Jersey Monthly* hurgó en el archivo de la casa de sepelios y descubrió la tramoya. La historia no paraba de sumar aditivos bizarros: Harvey aún conservaba en su casa de Titusville (Nueva Jersey) las piezas del cerebro de Einstein en dos frascos dentro de una caja marcada con las palabras “Costa Cider”.

Lo acosaron durante años, pero el patólogo nunca devolvió del todo los sesos. Sólo accedió a repartir un poco el botín entre un instituto científico en Osaka (Japón), la Universidad de Princeton y un laboratorio en Berkeley (California).

Y entonces, cuando todos tuvieron su libra de materia gris, comenzaron a llover los *papers* de psiquiatras y neurólogos que se deleitaban con las maravillosas curiosidades de los sesos de Einstein. El primero, publicado en 1985 en la revista *Experimental Neurology* y firmado por Thomas Harvey, decía que el genio alemán tenía más neuronas y más conexiones que el común de los mortales en la región que procesa el pensamiento matemático y las relaciones espaciales; el segundo –de 1996– revelaba que el cerebro en cuestión pesaba sólo 1230 gramos (mucho menos que la media de 1400 gr); y el último, de 1999, publicado en la prestigiosa *The Lancet*, afirma que el órgano es 15% más ancho de lo normal.

Aunque ahí no termina todo. Aquel día de abril 1955, había alguien más en la sala de la morgue: Henry Abrams, oftalmólogo de Einstein, quien no quiso perder la ocasión y se llevó también a casa un *souvenir*: los ojos del alemán. “Cuando uno los mira profundamente, se ve en ellos las bellezas y misterios del mundo”, dice Abrams, sin avisar antes que ya no los quiere más y que escucha ofertas. Я

Detrás de todo gran hombre

POR F. K. Albert Einstein se convirtió en uno de los iconos pop más transversales del mundo. Tan grande como Marilyn y Elvis juntos, fue el científico cool, el del peinado electrificado, el de los pelos blancos al viento que dejó retratada su lengua en una foto para la eternidad, el que escapó de los nazis y el que se lamentó por las atrocidades de la bomba. Einstein se volvió lo que nunca quiso ser, un estereotipo: el del científico a secas, aquella figura (siempre masculina y vieja) con nula vida social y cuyo hogar es el laboratorio y su vajilla, los tubos de ensayo y los mecheros de Bunsen. De alguna manera tomó en el imaginario social el lugar dejado por los doctores Frankenstein y Jekyll (los *mad scientists* victorianos) y le aportó una cuota de paz: Einstein será siempre el científico bueno, el de los ojos tristes y el cerebro inquieto. Es como si no hubiera tenido romances, hijos y nietos, peleas o hobbies. Pero los tuvo. Además de científico, mostró varias caras y todas fueron las de Albert Einstein:

Einstein in love

Tuvo dos esposas (Mileva Maric, cuatro años mayor que él y coja desde su infancia, y Elsa Löwenthal, su prima) y se le saben tres amantes. Cuando Pauline, mamá Einstein, conoció a quien sería su primera mujer, dijo: “Echarás a perder tu futuro y cerrarás el camino a tu propia vida”. Con Mila tuvo tres hijos: Lieserl (dada en adopción), Hans Albert y Eduard (que sufría una enfermedad mental y murió en un manicomio). Nunca se la bancó del todo y, después de varios abandonos, Einstein le pidió el divorcio en 1916. Mileva accedió de mala gana con la condición de que si ganaba el Nobel la plata iría para ella (y así fue cuando Einstein recibió el premio en 1921). Con Elsa, de quien terminó divorciándose acusado de haberla golpeado, no tuvo hijos aunque adoptó a dos nenas, Ilse y Margot.

La espía rusa

Margarita Konenkova fue la más misteriosa de las tres amantes que tuvo (las otras fueron una joven austríaca llamada Margarete Lebach y su última secretaria, la checa Johanna Fantova, 22 años más joven). “Todo me recuerda a ti”, se lee en una de las nueve cartas recientemente descubiertas que le mandó Einstein a Moscú en 1945, cuando Konenkova volvió con su marido, el escultor Sergei Konenkov. El físico nunca se enteró de que la muchacha (de 51 años) era en realidad una espía cuyo trabajo consistía en seducir a todos los científicos que tuvieron algo que ver con el desarrollo de la bomba atómica.





del efecto fotoeléctrico, que resistía desde hacía años. Sobre ese trabajo descansa toda la mecánica cuántica y toda la física atómica de la primera mitad del siglo XX, y fue este trabajo el que le valió el Premio Nobel que habría de recibir en 1921 (pese a lo que piensa mucha gente, Einstein no ganó el Nobel por su Teoría de la Relatividad).

En abril, terminó su ya retrasada tesis de doctorado (*Una nueva determinación de las dimensiones de la molécula*) demostrando que el tamaño de las moléculas en un líquido podía medirse por su viscosidad (es útil recordar que en 1905 aún se discutía sobre la existencia real o meramente ficcional de las moléculas y los átomos).

En mayo, el tercer trabajo (*¿Depende la inercia de un cuerpo de su contenido energético?*) atacaba uno de los problemas heredados del siglo XIX (el del movimiento browniano) y lo cerraba de una vez por todas, al encontrar una formulación matemática acabada.

Y en el cuarto, ese joven que había creído en el éter –pero que ya no creía más– se metía en el embrollo del movimiento absoluto, el electromagnetismo y sus derivados, el tiempo y las distancias cambiantes de Fitzgerald y Lorentz, y resolvía el problema, proponiendo una visión del mundo radicalmente distinta a la que había reinado hasta entonces. Le había puesto un título en apariencia abstruso: *Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento*, pero en la historia y la ciencia, quedaría con un nombre mucho más sonoro y elocuente: Teoría de la Relatividad.

El quinto trabajo no tuvo importancia, pero se le puede perdonar.

1905, paredón y después

Salvo por un puñado de físicos, la Teoría de la Relatividad no fue aceptada de inmediato. Era demasiado audaz, demasiado imaginativa, rompía demasiado con conceptos bien establecidos, en especial con la sacralidad del tiempo y el espacio, esas intuiciones puras del entendimiento que Newton había elevado al más alto sitial: el espacio inmóvil como marco general y escenario global dentro del cual suceden los fenómenos, y donde una distancia siempre es la misma distancia. Por otro lado, en ese espacio transcurría también un tiempo absoluto, matemático y universal; tanto el espacio como el tiempo eran entidades independientes de los fenómenos y resultaba inconcebibles que las cosas fueran de otra manera. Es ahí donde la Teoría de la Relatividad introduce una ruptura metafísica: según Einstein, el espacio y el tiempo se amalgaman en algo distinto, el “espacio-tiempo”, que depende de los observadores: dos sucesos que son simultáneos para uno de ellos, pueden no serlo para el otro, y lo mismo ocurre con las duraciones y longitudes: un segundo no necesariamente dura lo mismo para dos observadores diferentes. El reloj que da la hora para todo el universo ha dejado de existir. Situación que se agudizará en 1915 con la Teoría General de la Relatividad (básicamente una teoría de la gravitación), donde la geometría misma del espacio-tiempo depende de la estructura de los fenómenos, en especial de la distribución de la masa y la energía, capaz de curvar el espacio y hacer que el tiempo transcurra cada vez más despacio.

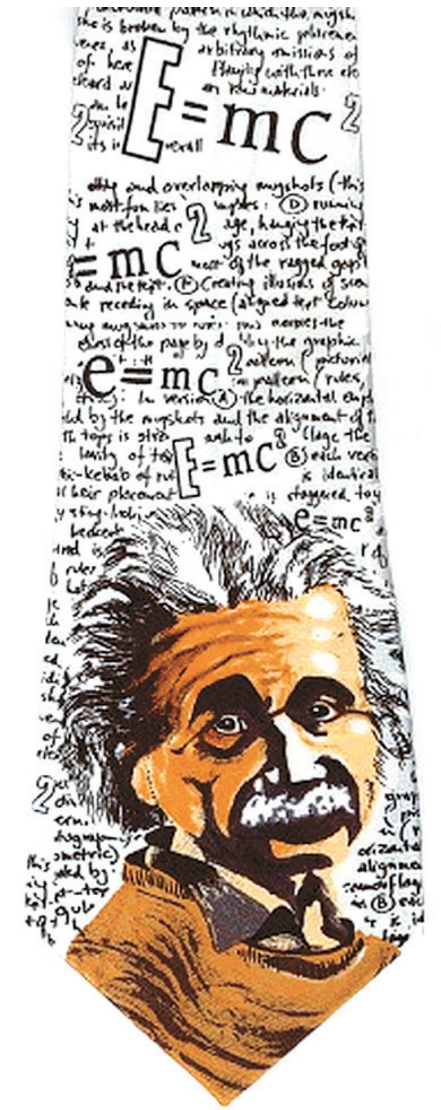
El lugar del absoluto, a partir de 1905, retrocede una vez más (como lo venía haciendo desde los tiempos de Copérnico) y se refugia en dos recovecos. Uno, la velocidad de la luz, que a diferencia de los segundos y los metros es exactamente la misma para todos los observadores, y segundo, la forma de las leyes de la naturaleza que también tienen exactamente la misma forma para todos los observadores.

Así, la Relatividad de 1905 no tenía correlato experimental posible (ya que los efectos relativistas sólo son medibles a velocidades muy altas), y no pasaba de ser una apuesta teórica (hoy la dilatación temporal ya se ha medido y comprobado experimentalmente en laboratorios y ciclotrones). Curiosamente fue la Teoría de la Relatividad General la que pasó la primera prueba empírica en 1919, cuando durante un eclipse se pudo comprobar que la masa del Sol efectivamente curvaba los rayos de luz (es decir, curvaba las líneas rectas), y que el Sol no era un actor pasivo que actuaba dentro del espacio, sino que intervenía en la estructura del espacio-tiempo.

Pero hay algo más: las dos teorías, la especial y la general, le permitieron a Einstein imaginar un modelo global del universo: en contraposición al cosmos newtoniano infinito y abierto, imaginó un universo finito y cerrado sobre sí mismo. Finalmente, la cosa no resultó ser así, pero fue la primera reformulación a fondo desde la revolución científica del siglo XVII.

Y todo empezó en 1905. Verdaderamente, se trató de un año milagroso. Como un mago, Einstein sacó de la galera al siglo XX.

El mito sostiene que Einstein mostró que la teoría de Newton estaba mal y la desbancó. Eso es falso. La teoría de Einstein es una descripción del mundo más amplia, una aproximación a la naturaleza más precisa que la de Newton. Es como si le hubiera sacado un decimal más a la realidad.



Einstein Presidente

En noviembre de 1952, murió el presidente de Israel, Chaim Weizmann, y apenas se supo la noticia los nombres de los candidatos a reemplazarlo no pararon de llover. El de Einstein fue uno de los que más sonaron en esa época: de hecho, el primer ministro David Ben Gurion le ofreció la presidencia. Einstein no lo pensó mucho y la rechazó.

Atentamente, Albert Einstein

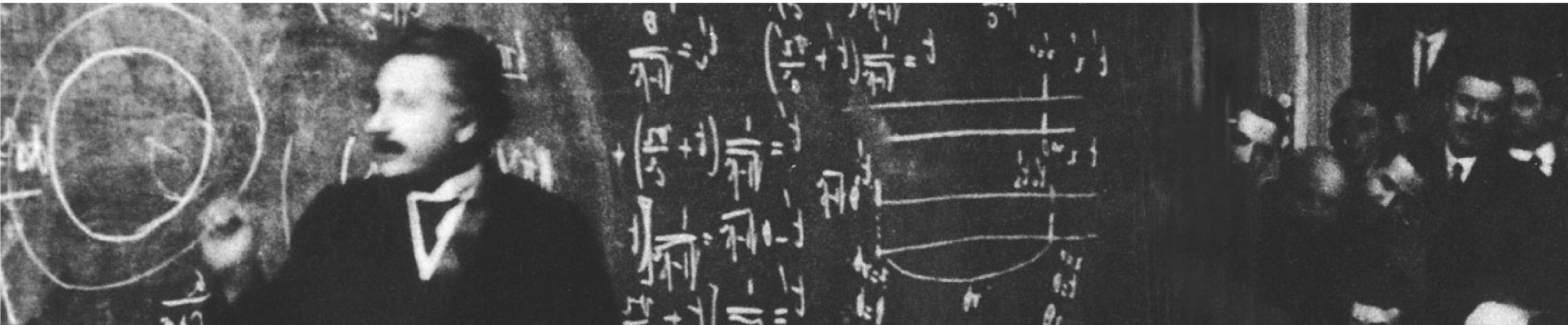
"Todos los locos del mundo me escriben justo a mí", confesó. Las cartas no paraban de llegar a su casa en Princeton. Curiosamente, muchos le rogaban que se convirtiera –para la salvación de su alma– al cristianismo. Otras (las más interesantes) son de chicos: "¿Los científicos rezan?", le preguntó una nena en 1936; "¿Usted se equivoca alguna vez?"; "Deseo saber qué hay más allá del cielo. Mi mamá me dijo que usted puede responderme"; "Mi papá y yo vamos a construir un cohete para ir a Marte o a Venus. Queremos que venga porque necesitamos un científico y alguien que sepa conducir un buen cohete".

Los dados de Dios

Entre los muchos temas que trató en sus reflexiones (espacio, tiempo, guerra, paz, música, socialismo, etc.), sus pensamientos sobre Dios ocupan un lugar privilegiado, aunque no era una persona religiosa. Es más, siempre se confesó agnóstico y descreía de un Dios personal que premia y castiga. Pero eso no evitó que una de sus frases más famosa fuera: "Dios no juega a los dados". Más que a la deidad, Einstein se refería al papel del azar en el universo y con esas palabras les contestaba a Niels Bohr y al principio de incertidumbre de Heisenberg.

Marca registrada

Después de su muerte, la Universidad Hebrea de Jerusalén heredó todo su archivo y los derechos para explotar su imagen. La agencia californiana Roger Richman maneja un negocio millonario con más de 400 licencias en el mundo; la publicidad representa el 80% de sus negocios, y el merchandising el otro 20%. Así Microsoft, Texas Instruments, Apple, Pepsi, Nikon y el departamento del tesoro de EE.UU., entre otros tantos, usaron la imagen del físico para vender sus productos; E=mc2 es el nombre de una gaseosa, el título de un bestseller de Patrick Cauvin (*E=mc2, mon amour*), diez grupos de rock la usaron como título en sus canciones y Einstein fue personaje de más de 20 películas, entre ellos la australiana *El joven Einstein* (1988) e *I.Q.* (1994), en la que fue interpretado por Walter Matthau.



En el prostíbulo de Mme. Bachelard

Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Einstein y nunca entendió.

"Si mi teoría resulta cierta, los alemanes dirán que soy un alemán, y los franceses que soy un alemán expulsado de su patria. Si mi teoría resulta falsa, los franceses dirán que soy un alemán, y los alemanes dirán que soy un judío."

Albert Einstein

POR L. M.

Tanto los habitués como las trabajadoras del prostíbulo de Mme. Bachelard no sólo aman la literatura y las artes plásticas en general, sino también la física y por eso los retratos de Einstein y Newton se encuentran al lado del de Shakespeare y los cuadros de Rououault. No es raro, por lo tanto, que organizaran un gran festejo para celebrar el centenario del *annus mirabilis* de Albert Einstein. La misma Mme. Bachelard, una mujercita vivaz y picarona, descendiente de una antigua familia de aristócratas, literalmente descabezada por la Revolución Francesa, dejó de lado sus escrúpulos y cocinó con sus propias manos pastas francesas con mignons y petit foulards, con champignons à la dolette y faisanes horneados según la receta que Mme. Dubarry impuso en el rito de las damas más sofisticadas de la corte de Luis XV. De más está decir que Mme. Bachelard era fervientemente monárquica. Mientras, disfrutaban de las cremas que adornaban los abundantes platos de paté de foie. Un indiscreto micrófono permite a *Radar* reproducir algunos fragmentos de la conversación.

–Einstein es la vera imagen del monstruo intelectual –dijo Fanny la pelirroja–, el icono del genio, de la culminación de la inteligencia humana, del siglo XX problemático y febril. Pero a veces me pregunto si se lo admira por lo que hizo o por el mito construido sobre él.

–Por lo que escucho de mis clientes –dijo Elina, que estudiaba francés en la Alianza–, me inclino por la segunda opción. Uno de ellos estaba convencido de que la Teoría de la Relatividad sostenía que todo es relativo. Me cansé de explicarle que no es así: más bien, la Teoría de la Relatividad es una teoría del absoluto; al fin y al cabo, lo que sostiene es que la velocidad de la luz y las leyes de la física son absolutas (iguales estando quietos o corriendo, las mire quien las mire), y lo que son relativos son las distancias y los períodos de tiempo.

–Bueno –dijo Ruth, la dominicana–. Reconozcamos que se trata de una revolución conceptual y ésa es la razón por la cual se piensa eso, del mismo modo que en el caso de Copérnico se retiene que sostuvo que la Tierra giraba alrededor del Sol. Es que romper con el espacio absoluto y el tiempo absolutos de Newton no es poca cosa. Pero hay otro mito, y es el que sostiene que Einstein mostró que la teoría de Newton estaba mal y la desbancó. Eso, desde ya, es falso. Simplemente, la teoría de Einstein es una descripción del mundo más amplia, una aproximación a la naturaleza más precisa que la de Newton. Es como si le hubiera sacado un decimal más a la realidad. Pero para viajar a Saturno, como acaba de hacer la sonda Cassini, se puede perfectamente hacer *à la Newton*; los efectos relativistas sólo se hacen visibles a velocidades cercanas a la de la luz, o cuando hay masas muy grandes –una galaxia, por caso– capaces de desviar rayos de luz y esas cosas.

El general Lagaña, que estaba escribiendo un tratado sobre la metafísica de la guerra, y era asiduo concurrente, se creyó en la necesidad de intervenir:

–Pero hay que agregar que la Teoría de la Relatividad no sólo no reemplaza a la de Newton, sino que es una teoría *del mismo tipo* que la de Newton; esto es, una teoría clásica, con las pautas de objetividad, medición, refutación y relación entre lo teórico y lo empírico similares alas de todas las grandes teorías desde la revolución científica. Es verdaderamente clásica, cosa que no ocurre con la física cuántica desde ya.

–Y por eso Einstein se opuso siempre a la mecánica cuántica –dijo Jezabel, la de los pies de marfil–. Era una paradoja, ya que fue él quien la inició, con su famoso trabajo sobre el efecto fotoeléctrico, pero le resultaba increíble una teoría sobre el mundo donde interviniera el azar; su famosa frase "Dios no juega a los dados" apunta en esa dirección. Einstein creía que la mecánica cuántica no sería más que una aproximación imperfecta a una "verdadera" teoría clásica, que diera cuenta de los fenómenos atómicos, y en la que no interviniera el azar. Traté de explicárselo a un cliente, hoy mismo, pero no pude convencerlo.

–Estaría interesado en otras cosas –dijo la dominicana Ruth, como si fuera sorprendente.

–Tal vez –dijo Jezabel, pensativa–, pero es difícil entender por qué a tanta gente el sexo le interesa más que la física.

–Y que la filosofía –dijo el general Lagaña, solemnemente.

–Desde ya, es incomprensible, *mes chéries* –dijo Mme Bachelard, con una sonrisa de colegiala–, pero prueben estos champignons.

–Deliciosos, verdaderamente –reconoció Ingrid, que venía de estar con seis clientes a la vez y parecía cansada– pero a mí lo que me indigna es que se lo vincule con la bomba atómica. Y mal.

–Desde ya, querida –dijo Madame Bachelard–, es el obstáculo epistemológico.

–Porque es cierto que el fenómeno que hace a las bombas atómicas y a las de hidrógeno tan temibles es la equivalencia entre masa y energía, e=mc2, descubierto por Einstein, y agregado en un apéndice a su trabajo de 1905, pero haber descubierto el fenómeno no lo responsabiliza por la explosión ni por la bomba, que él no fabricó.

–Pero mandó una carta a Roosevelt para que la fabricara –dijo Jezabel.

–Se estaba ante la posibilidad de que la hicieran los nazis –dijo Ingrid.

–Es verdad –dijo Jezabel–, y estoy de acuerdo con lo que hizo, pero simplemente explico por qué es ésa la imagen que queda.

–Pero la imagen que queda no es ésa –protestó Ruth–. La imagen de Einstein que flota en la imaginación colectiva es la de un genio, desde ya, un científico comprensiblemente distraído, un viejo bondadoso que saca la lengua, un eterno pacifista, defensor de causas justas.

–A veces me pregunto si Einstein no se fabricó esa imagen deliberadamente, si no estaba construyendo su propio mito –dijo Jezabel. –Leí algo sobre el asunto en el *New York Review of Books* –por supuesto, el prostíbulo de Mme. Bachelard estaba suscripto a la extraordinaria revista de literatura.

–Puede ser –dijo Ruth– pero no cualquiera puede construir su propio mito.

–Yo creo que hay dos Einsteins –dijo el general Lagaña–, del mismo modo que hay varios Picassos. Un primer Einstein que produce los famosos trabajos de 1905, y que inmediatamente se dedica a la Teoría de la Relatividad General, que produce en 1915. Es un personaje juvenil, mujeriego, dudoso. Y hay un Einstein posterior –siguió el general–, el que no sigue la física de su tiempo (cuando Szilard y Teller fueron a pedirle que firmar la carta famosa, tuvieron que explicarle en qué estaban) y que se dedica a la Teoría del campo unificado, que ahora llamaríamos Teoría del Todo, sin éxito, y que saca la lengua en las fotos.

–Es que Einstein cumple con el principio relativista: no es el mismo para todos los observadores –dijo Ruth–, su conducta, su nacionalidad, y los juicios que se puedan hacer son relativos, pero él es absoluto.

–¡Y sólo tenía 26 años! –suspiró Jezabel–. El otro día le dije a un clientito de 24: te quedan dos años para hacer algo que valga la pena.

–No es que me haya molestado –dijo el general Lagaña–, pero ahora debo irme, porque tengo una batalla a las nueve y media y no querría llegar tarde.

El general se fue, y al salir pisó inadvertidamente el micrófono, por lo cual *Radar* se perdió el resto de la fiesta.

Un gaucho metafísico


BRIANTE EN LA PUERTA DEL BARBARO.

Buenos Aires, 1977. En el mítico BárBaro de la calle Tres Sargentos, Miguel Briante, entrevistado por María Moreno (compañera de bares y redacciones), desmenuza sin anestesia un momento singular de la bohemia y la literatura argentinas. Destinado originalmente a la revista *Pluma y Pincel*, el texto que sigue es el retrato cómplice de un escritor cuya obra, compilada y reeditada últimamente por Sudamericana, todavía aguarda el reconocimiento que merece.

POR MARIA MORENO

–Gorriarena los saca mejor –decía Miguel Briante probando un clarito en Alexandra.

No nos habíamos ido a dormir desde que habíamos tenido que sacar a un juez de la nación del zaguán de la sastrería donde estaba tirado. El juez se llamaba Peña y vivía en la calle Peña. Qué fino.

"Yo venía de 05 cuando, de repente, la pared entró y yo me caí", había dicho el juez. Pero a 05 lo habían cerrado hacía tiempo, y hubo que acompañarlo a su departamento, donde quedó acostado bajo un crucifijo, con la frente abierta y manando sangre. "No llamen a nadie, soy un juez de la nación. No me va a pasar nada. ¿Creen que es la primera vez?"

Entonces pensamos en los anillos y en que el juez se merecía uno. Habíamos leído lo que Roger Caillois había escrito sobre un escarabajo borracho, el Goliath Regius, el Gran Zeppelin de los insectos: toda su vida consiste en emborracharse, acción que para él, como para algunos de nosotros, tiene la dimensión de lo inevitable.

Briante dibujaba en una servilleta según la descripción de Caillois, más poética que propicia para un identikit: "Bajo el arco doble de terciopelo color pulga, se abren las alas violetas, con iridaciones oscuras de aceite en descomposición. Su membrana transparente está plegada sobre sí misma como lencería de desposada o paracaídas de guerra". La versión de Briante tenía un estilo deliberado de hombre de las cavernas de Lascaux. Decía que los anillos de la orden Goliath Regius iban a ser de alpaca y el diseño del escarabajo –en lo posible– estilizado; los miembros del club debían beber bebida blanca, ser conocedores y tener resistencia o, al menos, ingenio.

–Quiero ser la única mujer del club –reclamaba yo, animada por los claritos más flojos que los de Gorriarena y por esos momentos únicos en los que se es consciente de estar participando de una fundación. De pronto Briante hizo una mueca, abolló la servilleta y la tiró por sobre el hombro.

–Te digo que no va. ¡Es igual a un anillo de Manucho!

Y los anillos no se hicieron.

Éramos los que, escapados de las redacciones en horario de trabajo al BárBaro, ponían coca-cola en el whisky. (Lo pedíamos en vasos chicos para despistar a los jefes que andaban muy cerca, entre los maníes, tomando sus puritanos cafecitos.) Así que cuando le hice una entrevista a Briante, eliminar el tuteo y el aire de entre nos me pareció demasiado artificial. Nos encontramos temprano, al menos para nosotros. Más temprano debía ser en General Belgrano, donde seguramente aún no podían detectarse, entre las sombras del atardecer, esas lucecitas de bar que orientan a los personajes de los cuentos de Briante: el loco Toledo, Marcelino Iglesias, el Moro, todos ordenados en torno del bolichero Arispe. En el BárBaro se podía sentir nostalgia de esas pulperías metafísicas de Briante en las que unos gauchos de Molina Campos hablan con sentencias zen y crean una posgauchesca cuya única política es la de la lengua.

"Poné una coma para bajar a tomar agua", solía decirme Miguel –alguna vez mi severo editor– como quien enseña a desmalezar un campo. Recuerdo sus sentencias que tenían siempre algo de consejo de viejo Vizcacha –"si ganás siempre, no vas a perder nunca"– o de cachada de peón: "Entraste como yegua sudada". Esa tarde me repitió algunos: conmigo se jactaba de tener una relación pedagógica. Pero estaba en juego algo más que cultivar aforismos: un gusto por la síntesis que comenzó con un ideal aristocrático y terminó afilándose en un estilo que hacía de lo mínimo otra cosa. Un estilo donde, si era necesario, se repetía para aclarar, y lo no dicho tenía que ver con el secreto, no con la elipsis. Borgismo, por supuesto.

LA GUERRA DE LOS BARES

–BárBaro ya no es lo que era. Mirá ahí, en esa mesa de adelante: son los amigos del barrio del turco Asís.

Hace mucho ruido aquí. ¿Por qué no vamos a otro sitio? ¿La Paz, por ejemplo?

–Detesto La Paz. La Paz es un bar de estación de tren a la madrugada. Yo siempre dije que ahí están los que perdieron el avión. Aunque ahora parece que en BárBaro se juntan los que perdieron el tren lechero. Eso que ves ahí no es BárBaro.

¿Cuándo BárBaro es lo que era?

–A lo mejor todavía los lunes a la mañana, algunas tardecitas... Pero ahora no... ¿Ves ese tipo? Es de La Paz.

¿Y?

–Cuando la gente de La Paz empieza a venir a BárBaro, acá ya no se puede venir. Hay una frase que dice: "En el BárBaro está la resaca del Moderno, pero el Moderno dio gente importante y BárBaro nada". Y de acá salió gente como De la Vega. Y de La Paz, nadie. Y hay algo muy vital aquí que La Paz no tiene. En BárBaro yo he visto mesas de siete personas donde cada uno pagaba una botella de champagne. De aquí se va a bailar a Mau-Mau y de La Paz a llorar al Ramos...

¿Cómo se gana en BárBaro?

–Sabiendo pelear, pagando más vueltas de whisky, defendiendo a una mujer. En La Paz a una chica seguramente un poco tilinga que no fue al Nacional Buenos Aires y cuya única aspiración es, quizá, ser jefa de redacción de *Vosotras*, se la seduce siendo el dueño de una mesa, comentando la última película de Bergman, largando información, contando el mejor chiste de analistas. Acá eso no pasa. Porque puede que si te ponés a hablar de pintura esté sentado el señor Rómulo Macció y te diga: "¡Un momentito!", o que si mencionás a Lacan descubras que adelante tuyo está el único tipo que lo tradujo al castellano.

¿Habría algo más genuino en BárBaro?

–Yo creo que aquí pesan más ciertos valores como la lealtad. Hay una cierta grandeza. Yo vengo aquí y no a La Paz porque, como escritor, si la clase más alta que puedo detectar en un lugar es la media, a mí esa experiencia no me interesa. Por otra parte, como experiencia *balzaciana*, si se quiere, BárBaro es más rico en discursos, en personajes. En La Paz son todos iguales o tienen algo en común.

¿Qué?

–La impotencia.

¿Las chicas de BárBaro?

–Libres. En BárBaro una chica se va con uno a las dos horas. Por otra parte, si se casan, si tienen chicos, siguen viniendo. En La Paz o porque engordaron, o porque ya no son lo que eran, se las deja de lado. Tienen que "borrarse". Es gracioso, pero BárBaro en el fondo es más familiar.

¿Qué pasa si vas con el código de BárBaro a La Paz?

–Yo creo que ganás. Si estás en una mesa donde hay una chica que es la primera vez que va y pedís una botella de champagne, perdés. Hay que esperar al tercer día que oiga hablar de Lacan, de Bergman y del libro de la semana, entonces... ése es el momento de descorchar la botella. Aquí jugábamos un juego que se llamaba "El rapto de las sabinas": consistía en ir a La Paz y traernos dos o tres chicas para BárBaro. Al poco tiempo estaban adaptadas.

¿BárBaro es más Fitzgerald?

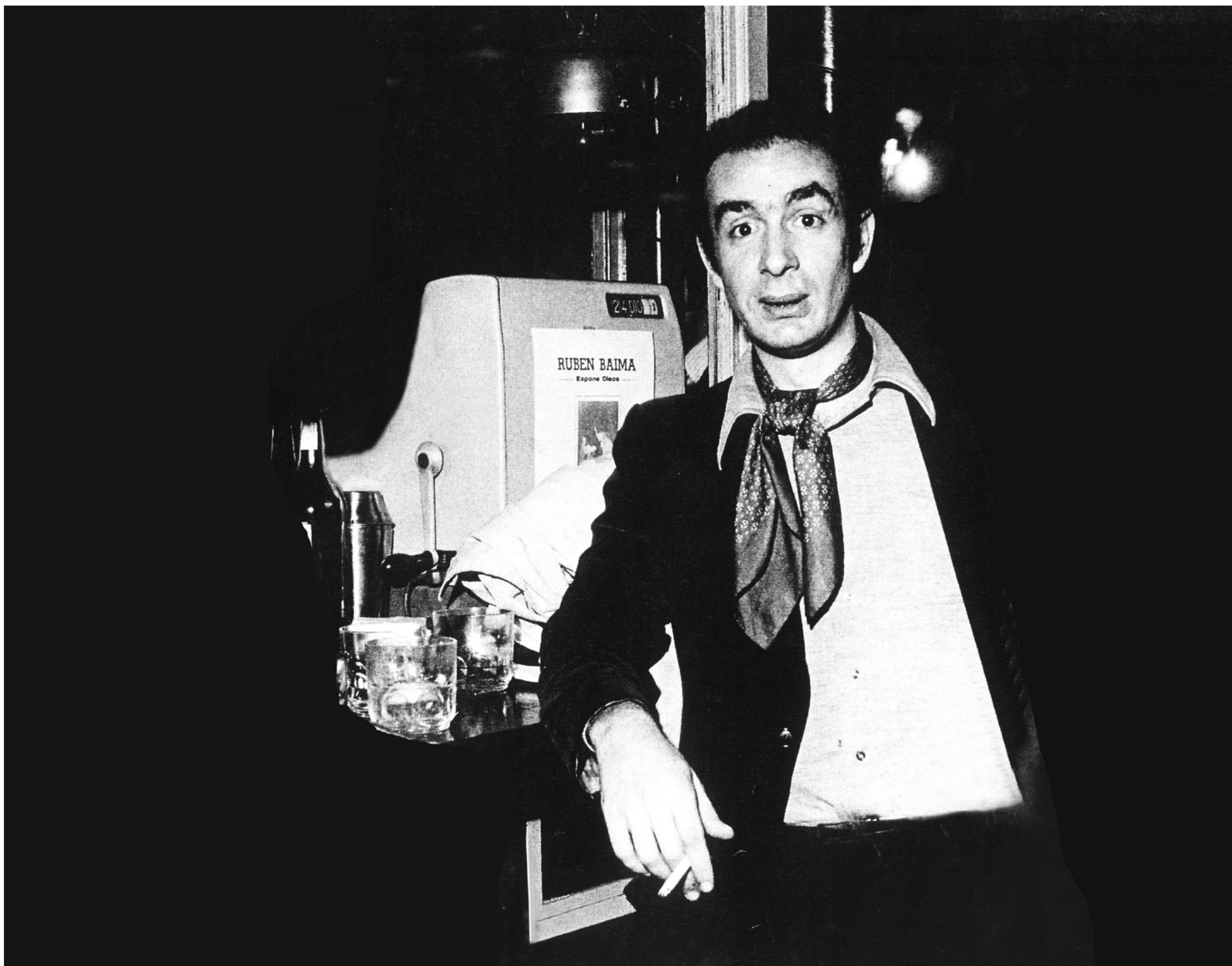
–Sí, y La Paz es Roberto Mariani.

WHISKY WHISKY WHISKY

¿Venir aquí te ayuda a escribir?

–Venir aquí me atrasa.

Cuando te llamé por teléfono me dijiste lo que muchos escritores argentinos: que acababas de llegar del campo.



–La diferencia es que yo tengo una sola hectárea.
¿Donde escribís mejor, acá o en tu campo de General Belgrano?
–En Belgrano.
¿Las mujeres?
–No, porque me gustan mucho.
¿No hubo mujeres que se propusieran ayudarte a escribir?
–Sí, y fueron las que más me lo impidieron.
¿Usás estímulos?
–Whisky, a veces. Al principio, cuando empecé con el programa de televisión *Día de cierre*, antes de salir en cámara me tomaba un té de tilo. Ahora tres whiskies. Salgo al pelo.
¿Necesitás un ámbito especial para escribir, interlocutores, diálogos en torno de la escritura?
–Mirá, en mi pueblo hay un tipo que vivió mucho tiempo en el campo y que sabe mucho de eso. Le di a leer un relato mío, la historia de un gaucho, y me marcó algo que a lo mejor a un "intelectual" se le hubiera pasado. Me dijo: ¿A vos te parece que se puede poner "una yegua de sinuosas caderas"? ¿Dónde viste vos una yegua con las caderas sinuosas? Ese tipo de lectura me interesa.
¿Te gusta todavía *Las hamacas voladoras*?
–Me gusta todavía el cuento que titula el libro: la historia de una chica que trabaja en un parque de diversiones y que, de pronto, después de una serie de castigos y humillaciones, decide aumentar al máximo la velocidad de las hamacas y provoca una catástrofe. También se podrían rescatar "Capítulo Primero" y "Ultimo día". Eran trabajos primerizos donde hacía mucho hincapié en el dominio técnico y a veces eso llevaba la historia a un segundo plano.
Hablame de *Kinkón*.
–En principio *Kinkón* era un personaje de mi pueblo, negro, que se rumoreaba había venido del Brasil, después había estado en el Uruguay y se había escapado de una revolución cruzando a nado el Río de la Plata. Cuando yo tenía nueve años me enteré de que lo habían matado de diecisiete puñaladas. Kinkón era muy viejo y usaba anteojos. Ninguna de las puñaladas lo agarró en el suelo. Mi primera mujer redactó un informe de dieciséis páginas después de ver algunos registros y hablar con un comisario de la policía. Mi novela es un intento de reconstruir la historia o, mejor dicho, la no historia de Kinkón. Es un informe más conjetural que certero, donde la mayoría de los testimonios aparecen como contradictorios. Es todavía una novela de un cuentista. Si la volviera a escribir, lo haría de otra forma, buscando más la crónica, un poco a la manera de Capote en *A sangre fría*.

LOS ESCRITORES LADINOS

¿Qué le debés al periodismo?
–Sobre todo la certeza de que hay un lector que hay que tener en cuenta. Que es preciso seducir, atrapar.
¿Complacerlo?
–No: seducirlo, pero dándole lo que yo quiero. Yo no pienso que el sentido último de un libro debe darlo el lector. Creo que, en ese caso, si el lector debe completarlo con la imaginación, en el libro hay algo que falla. Yo aspiro a que el lector entienda exactamente lo que quise decir.

"Escribir bien es algo que en la Argentina sólo parecen estar dispuestos a hacer aquellos escritores que fueron a colegio inglés o tuvieron una institutriz inglesa. La literatura fue de ellos hasta que llegó el populismo, y entonces se reemplazó la novela por la biografía: para escribir primero fue preciso haber estado en un reformatorio."

¿Con qué criterio hacés tu sección de comentario de libros?
–Fundamentalmente me enojo y condesciendo. Lo que primero le pido a un escritor es que escriba en castellano, que conozca la sintaxis, algo bastante difícil de obtener. Abriendo libros argentinos me he encontrado con cosas increíbles como "pongo los huevos en las hueveras ovales de la contratapa" –una "pastillita" de Silvina Bullrich–, o con que Beatriz Guido, para hacer un poco de historia argentina, inventa en *Escándalos y soledades* una familia donde el mayor de los hijos tiene cincuenta años y el menor uno.
¿Qué es escribir bien?
–Narrar algo de la manera más corta y lo más perfectamente posible. Un poco como decía Valéry: con la soltura y la elegancia de un hombre de mundo. Algo que en la Argentina sólo parecen estar dispuestos a hacer aquellos escritores que fueron a colegio inglés o tuvieron una institutriz inglesa. La literatura fue de ellos hasta que llegó el populismo, y entonces se reemplazó la novela por la biografía: para escribir primero fue preciso haber estado en un reformatorio. Menos mal que aquí no hubo guerra, porque a lo mejor ser huérfano hubiera bastado.
¿De qué escritores aprendiste más técnica?
–De Maupassant, por supuesto, y del Joyce de *Dublineses* y *El retrato del artista adolescente*. Creo que ese estilo suyo de historias truncas, lento, jadeante, capaz de poner un mayor énfasis en el clima que en el relato, es todavía inigualable. Borges, desde ya, el único que respira en argentino. Después de él vienen Payró y Wernicke, que para mí son los escritores ladinos de la literatura argentina, los que escribieron textos absolutamente originales y no se casaron con nadie.
–Y ahora unas últimas preguntas de estrella de cine. Si no fueras escritor, ¿qué te hubiera gustado ser?
–Estanciero.
¿A qué le temés? (No me digas que a la muerte.)
–A lo mismo que busco: la fama, la gloria, el reconocimiento.
¿Qué pensás en una noche de insomnio?
–Que me gustaría ganar el Premio Nobel para ir a recibirlo borracho. ®

agenda

domingo 30



Cherchez la femme

Sigue con sostenido éxito *Ella en mi cabeza,* el sorprendente debut como dramaturgo de Oscar Martínez. Adrián (Julio Chávez) ya no puede vivir con su mujer Laura (Soledad Villamil), pero tampoco puede estar sin ella. Y su analista (Juan Leyrado) desmenuza sin piedad la trampa sentimental en la que está empantanado. Una comedia desopilante que brilla gracias a tres actuaciones sin desperdicio.
Miércoles a las 20.30 y 22, jueves a las 20.30, sábados a las 20 y domingos a las 20.30 en Paseo La Plaza, Corrientes 1660, $ 20.

lunes 31



Tierra de nadie

Ultimas dos semanas para visitar *Los 3 estados de la tierra*, muestra en la que Teresa Pereda, Mónica Millán y Enrique Salvatierra exponen pinturas e instalaciones con la tierra como denominador común. Curada por Alberto Giudici, la exhibición no focaliza sobre la condición física de la tierra sino sobre lo que tiene de trascendental: el sustrato de una identidad recuperada.
De 11 a 22 en el Centro Cultural de la Cooperación, Corrientes 1543.

martes 1



Amenábar de estreno

El Cine Club Núcleo abre su temporada 2005 con el preestreno de *Mar adentro*, esperada película de Alejandro Amenábar que protagonizan Javier Bardem y Belén Rueda. Hace casi 30 años, un accidente dejó a Ramón postrado en una cama. Tras la aparición de dos mujeres, el protagonista se debate entre terminar con su vida dignamente o seguir viviendo pese a todo. Para asociarse al Cine Club Núcleo hay que llamar al 4825-4102.
A las 18 y 20.30 en el Espacio Incaa Km 0 - Cine Gaumont, Rivadavia 1635.

arte



Picasso Sigue en exposición en Neuquén la famosa colección de grabados de Picasso *Suite Vollard*, integrada por un centenar de obras.
En el MNBA Neuquén, Mitre y Santa Cruz, Parque Central Neuquén. **Gratis**

Mix Continúa *MIX 05*, muestra multidisciplinaria de artes plásticas, fotografía, video, instalaciones, música y poesía. Participan Magdalena Jitrik, Daniel Joglar y Leo Battistelli, entre muchos otros.
En la Fundación Proa, Pedro de Mendoza 1929.

Fantasy Ciruelo continúa exhibiendo sus obras más recientes de Fantasy Art en la muestra *El señor de los dragones*, compuesta por dibujos, ilustraciones y pinturas de grutas, dragones y guerreros.
De 14 a 20 en el Palais de Glace, Posadas 1725. Entrada: $ 3.

cine

Sangre En el ciclo *Films del color de la sangre: el "New American Cinema Group" (y algunos de sus contemporáneos)* se proyecta *La conexión* (1961), de Shirley Clarke. Un cineasta intenta filmar a un grupo de *junkies* mientras esperan que les llegue su proveedor de heroína.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

Fellini Cierra la muestra *Grandes directores italianos* con *Y la nave va* (1983), un homenaje al cine y a la ópera dirigido por Federico Fellini. Con Freddie Jones y Barbara Jefford. Al finalizar, debate y café.
A las 20 en Cineclub Eco, Corrientes 4940 2º E. Entrada: $ 5.

Varieté Se proyectan *Diario de un cura rural*, de R. Bresson; *Piano Blues*, de C. Eastwood; *Saraband*, de I. Bergman; *El amor (Primera parte)*, de A. Fadel y otros; y *La maldición de los Karnstein*, de Camillo Mastrocinque.
A las 14,16, 18, 20 y 22 en el Malba, Av. Figueroa Alcorta 3415. Entrada: $ 8 y $ 5.

música

Piano La pianista boliviana Angela Lucuy Sanz presenta un repertorio de música clásica y popular latinoamericana.
A las 17 en el Museo de Motivos Argentinos José Hernández, Libertador 2373, 4803-2384. **Gratis**

teatro

Cabaret Sigue en cartel *Panama's Affaire*, nuevo musical de Helena Tritek con Gipsy Bonafina y Alejandro Viola. Una historia de amor en un cabaret panameño hilvanada con canciones y ritmos tropicales.
A las 20 en el Teatro Maipo, Esmeralda 443 2º piso.

arte



Mujeres Durante todo febrero puede visitarse *Perpleja*, la segunda muestra de pinturas de la artista y psicoanalista Silvia Estrin. El eje: las mujeres.
De 9 a 24 en El Camarín de las Musas, Mario Bravo 960.

Naturaleza Ultimo día para ver la muestra de pinturas de Ana Perissé. Naturalezas muertas y paisajes apenas enhebrados a través de una sensible trama de pinceladas.
De 10 a 15 en la Galería de Arte Alejandro Bustillo, Rivadavia 325.

Filete Sigue en exhibición la muestra *Algo más del filete porteño*, que despliega una de las colecciones más completas de la expresión plástica característica de Buenos Aires.
De 11 a 19 en el Museo de la Ciudad, Defensa 219. Entrada: $ 1.

Verano Baja *Verano*, muestra colectiva de trastienda con trabajos de Belén Lagar (fotografía y objetos), Genoveva Fernández (pintura) y José Luis Anzizar (dibujo), entre otros.
De 15 a 20 en Elsi del Río, Arévalo 1748, 4899-0171.

cine

Sangre El ciclo *Films del color de la sangre* proyecta *Castillo de arena* (1961), dirigida por Jerome Hill. Un film casi inhallable que muestra la mirada de un niño sobre el curioso mundo adulto. También se proyecta *David y Lisa* (1962), opera prima de Frank Perry (*El nadador*).
A las 14.30 y 19.30; y a las 17 y 22, respectivamente, en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

música

Tango Ultima función de *Bandoneón solo*, ciclo de conciertos de Julio Pane con interpretaciones de grandes obras del tango. Para acompañar, exquisitas picadas "tangueras", panes caseros y bebidas.
A las 20.30 en Tango 1921, Chacabuco 454, 4334-2001. Entrada: $ 8.

etcétera

Teatro Está abierta la inscripción al seminario para actores dictado por Cristián Drut. Comienza el lunes 7.
Informes e inscripción: San José 546, 4382-9949. Arancel: $ 70.

Actuación Comienzan los talleres anuales de actuación, entrenamiento actoral e improvisación a cargo de Pablo Ruiz.
Informes: 4300-9218 .

arte

Pettoruti Sigue la exitosa muestra retrospectiva de Emilio Pettoruti, el pintor argentino moderno por excelencia. La exposición está integrada por más de un centenar de obras originales, representativas de cada uno de los períodos del artista, del cubismo en adelante.
En el Museo Nacional de Bellas Artes, Libertador 1473. Entrada: $ 5.

Lab Continúa la muestra *Z-LAB*, primera exposición de artistas que nunca expusieron individualmente en una galería comercial porteña. Curada por Victoria Noorthoorn.
En Zavaleta Lab, Arroyo 872, 4328-4553.

Violencia Sigue en exhibición la muestra *Entre el silencio y la violencia*, retrato de la situación de extrema violencia y censura que reinaba en Argentina durante los '70.
De 14 a 20.30 en Espacio Fundación Telefónica, Arenales 1540.

cine



Godard En la muestra *Films del color de la sangre* se exhibe *El soldadito* (1960), film de Jean-Luc Godard sobre el colonialismo, el terror y el lavado de cerebro. Con Michel Subor, Anna Karina y Henri-Jacques Huet.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

etcétera

Humor El 6 de febrero cierra la inscripción para los seminarios de armado de rutinas de humor y de clown básico, dictados por Walter Velázquez.
Más información: 4922-5437 / carloscalostro@sion.com

Teatro Curso de actuación para principiantes.
De 19.30 a 22.30 en Agüero 444. Informes e inscripción: 4741-2647. Arancel: $ 50.

Tambores Taller de percusión africana: ritmos tradicionales en djembé, dun dun y otros instrumentos. Primera clase gratis.
Informes de 16 a 22 en IMPA-La Fábrica, Querandíes 4290, 4583-8204.

Ajedrez Se inaugura una muestra sobre la historia mundial del ajedrez con visitas guiadas y clases gratuitas para el público. Además habrá charlas y actividades con maestros de ajedrez.
En El Ateneo, Santa Fe 1860, 2º piso. **Gratis**

Para aparecer en estas páginas se debe enviar la información a la redacción de Página/12, Belgrano 673, o por Fax al 6772-4450 o por e-mail a
pagina12@velocom.com.ar
Para que ésta pueda ser publicada debe figurar en forma clara una descripción de la actividad, dirección, días, horarios y precio, a lo que se puede agregar material fotográfico. El cierre es el día miércoles, por lo que para una mejor clasificación del material se recomienda que éste llegue los días lunes y martes.

miércoles 2



Mujeres fragmentadas

Sigue en exposición la muestra *Mujercitas*, de la artista Estela Bagnasco. La instalación intenta reflexionar sobre la peculiar representación femenina que despliega el discurso publicitario: la imagen, según la artista, de una mujer fragmentada y disociada.
De 14 a 21 en el Centro Cultural Recoleta, Junín 1930.

jueves 3



Grecia en Buenos Aires

La Fundación Konex festeja sus 25 años con un homenaje teatral a la cultura griega a 25 siglos del nacimiento de Pericles, su gran referente. El festival comienza con *Las Troyanas* según la versión de Jean-Paul Sartre del texto de Eurípides. Dirige Rubén Szuchmacher y actúan Elena Tasisto (Hécuba), Ingrid Pelicori (Andrómaca) y Horacio Peña (Talthíbios). Programación completa en *www.fundacionkonex.org.ar*
A las 20.30 en la Ciudad Cultural Konex, Sarmiento 3131.

viernes 4



Muestras que bajan

Ultimo fin de semana para visitar las exposiciones del Malba *Donaciones, adquisiciones y comodatos* y *Contemporáneo 11. La Re-colección*. La primera es una selección de 150 obras que combina donaciones con la presentación del primer plan de adquisiciones dedicado al arte argentino. Y la *Re-colección* reúne alrededor de 200 obras de artistas argentinos realizadas en pintura, dibujo, escultura y otros soportes y técnicas.
De 12 a 20 en el Malba, Av. Figueroa Alcorta 3415. **Gratis**

sábado 5



El sujeto y el poder

Primera función de *La sierva*, versión teatral de Andrés Bazzalo basada en la novela de Andrés Rivera. Una historia oscura que habla del poder y el alma humana a través de la relación entre Lucrecia, una mucama acusada de matar a su patrón, y Bedoya, un juez de la Nación. Con las actuaciones de Luis Campos, Heidi Fauth, Mario de Cabo, Leonardo Odierna y Fernando Martín.
A las 22.30 en el Teatro Payró, San Martín 776, 4312-5922. Entrada: $ 12.

arte

Africa Eduardo Mac Entyre expone, en su muestra *Percepciones africanas*, pinturas y objetos que capturan impresiones de piezas africanas. Además, un conjunto de piezas de Arte Makonde.
En el Centro Cultural Borges, San Martín y Viamonte.

cine

Sangre El ciclo *Films del color de la sangre* proyecta *El intruso* (1962), film de Roger Corman sobre la John Birch Society, una agrupación sureña racista vinculada con el Ku Klux Klan. Con William Shatner, Leo Gordon y Frank Maxwel.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

música



Cubana Se presenta la cantautora Liuba María Hevia, gran representante de la Nueva Trova Cubana.
A las 22 en el Tasso, Defensa 1575, 4307-6506. Entrada: $ 18.

teatro

Mugres Se estrena *Mugres de la María y el Negro*, de Cristina Escofet. María Laura Cali y Fabián Avalos evocan la historia de los negros y las cautivas. Con dirección de Susana Nova y música de Sergio Alem y orquesta.
A las 20.30 en Variedades In Concert, Corrientes 1218, 4382-3992. Entradas: $ 15 y $ 10.

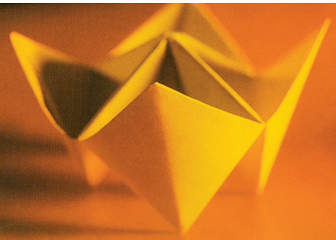
Cabaret Se estrena *El 3340 (con humos de cabaret)*, una cabalgata de números de teatro, humor, clown, canciones y melodías con Jorgelina Aruzzi, Gustavo Monje, Andrea Fiorino y Pablo Palavecino.
A las 21 en Anfitrión, Venezuela 3340, 4931-2124. Entrada: $ 10.

etcétera

Borges Comienza el curso *Borges desde la Kabalah, los mitos y los símbolos*, cinco encuentros sobre el universo borgeano a cargo de Beatriz Borovich. Se entregan certificados de asistencia.
A las 19 en el Malba, Av. Figueroa Alcorta 3415.

Psicodrama Sigue abierta la inscripción al taller de psicodrama *Juegos de vida* coordinado por Silvia Gurevich.
Informes en el Centro Cultural General San Martín, Corrientes 1530, 4374-1251/59.

arte



Brillos Abre la muestra *Brillos & silencios*, una selección de fotografías en las que la cámara de Mauro López resignifica objetos de la infancia de un niño crecido en el clima represivo del golpe del ‘76.
A las 19 en el Centro Cultural Recoleta, Junín 1930.

Estampa Se inaugura la muestra de pinturas del taller de serigrafía *La estampa*, del Instituto Correccional de Mujeres Unidad Nº 3 de Ezeiza.
A las 18 en el Museo Nacional del Grabado, Defensa 372. **Gratis**

cine

Whisky Comienza la *VII Semana de la Crítica* organizada por Fipresci con la proyección de la multipremiada *Whisky*, de Juan Pablo Rebella y Pablo Stoll.
A las 11.30, 13.25, 15.30, 17.40, 19.50 y 22 en los Hoyts General Cinema Abasto. Entrada: $ 6.

Polanski La muestra *Films del color de la sangre* exhibe el film polaco *El cuchillo bajo el agua* (1962). Un jovencísimo Roman Polanski dirige esta historia de un matrimonio agobiado por la rutina que planea un fin de semana en un yate e invita a un intruso que terminará aguándoles (o animándoles) la fiesta.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

Varieté Se exhiben *El amor a los veinte años*, de François Truffaut, Renzo Rossellini, Marcel Ophüls, Andrzej Wajda y Shintaro Ishihara; *Repulsión*, de Roman Polanski; *La nona*, de Héctor Olivera; *Un burgués pequeño, pequeño*, de Mario Monicelli; *The Road to Memphis*, de Richard Pearce; y *Yojimbo*, de Akira Kurosawa.
A las 14, 16, 18, 20, 22.15 y 24, respectivamente, en el Malba, Av. Figueroa Alcorta, 3415. Entradas: $ 5 y $ 8.

literarias

Mafias Se presenta el libro *Asuntos internos, las mafias contadas desde adentro*, del periodista Andrés Klipphan. El autor dialogará con Elisa Carrió.
A las 20 en el Aula Magna de la Facultad de Derecho, 25 de Mayo 2865, Mar del Plata. **Gratis**

etcétera

Teatro El Ensamble Teatral de Mayores inicia su temporada de cursos teatrales 2005.
A las 19 en el Teatro IFT, 4861-4675 / 4961-9562. Arancel: $ 50.

cine

Sangre En la muestra *Films del color de la sangre* se proyecta la estadounidense *Aleluya, las colinas* (1963), de Adolfas Mekas. Además, el corto *Cosmic Ray* (1964), de Bruce Conner.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

Rayo Estudio Uno proyecta *El rayo verde* (1986), de Eric Rohmer. Unas vacaciones que, más que una evasión, son la búsqueda de una verdad.
A las 19.30 en Estudio Uno, Bonpland 1684 PB 1. Entrada: $ 4.

Kinsey Sigue la *VII Semana de la Crítica* con la exhibición de *Kinsey*, de Bill Condon, sobre el polémico sexólogo Alfred Kinsey.
A las 12.10, 14.40, 17.15, 19.50, 22.30 y 1.10 en los Hoyts General Cinema Abasto. Entrada: $ 6.

Varieté Se exhiben *El ciudadano*, de O. Welles; *Shock Corridor*, de S. Fuller; *Don Quijote*, de G.W. Pabst; *Saraband*, de I. Bergman; *Una Eva y dos Adanes*, de B. Wilder; y *Alphaville*, de J. Godard.
A las 14, 16.15, 18, 20, 22 y 0.15, respectivamente, en el Malba, Av. Figueroa Alcorta 3415. Entradas: $ 5 y $ 8.

Bergman Comienza el ciclo *Ingmar Bergman: entre el ser y el existir* con *Juventud, divino tesoro* (1950).
A las 20 en el Borges, San Martín y Viamonte. Entrada: $ 5.

música

Orquesta Pablo Dacal & la Orquesta de Salón adelantan *13 Grandes Exitos*, su primer disco próximo a editarse.
A las 19 en Belleza y felicidad, Acuña de Figueroa y Guardia Vieja. Entrada: $ 3.

teatro



Clown Se reestrena *Popovoski (“El Chow”)*, espectáculo de clown que reflexiona sobre la última crisis nacional a partir del humor. Escrito y protagonizado por Octavio Bustos, con dirección de Enrique Federman.
A las 21.30 en el Teatro Belisario, Corrientes 1624. Entrada: $ 8.

Ballet El Ballet Argentino, dirigido por Julio Bocca, festeja sus 15 años con el estreno de *Tango*, obra basada en *Histoire du Tango* de Piazzolla.
A las 21, y también mañana, en el Borges, San Martín y Viamonte. Entradas: $ 20 y $ 10.

Griego En el marco del festival de teatro griego se estrena *Hipólito y Fedra*, de Alejandro Ullúa, inspirado en Eurípides y Racine. Con Raúl Rizzo, Perla Santalla y Celeste Cid.
A las 22 en la Ciudad Cultural Konex, Sarmiento 3131.

cine

Godard En la muestra *Films del color de la sangre* se exhibe la francesa *Los carabineros* (1963), de Jean-Luc Godard. Con Marino Masé, Albert Juross y Genevieve Galea.
A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Lugones, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

Claudel Comienza el ciclo “Directores franceses” con la exhibición de *Camille Claudel* (1988), de Bruno Nuyten, sobre la amante y musa inspiradora de Auguste Rodin. Con Isabelle Adjani y Gerard Dépardieu.
A las 21 en Cineclub Eco, Corrientes 4940 2º E. Entrada: $ 5.

Varieté Se exhiben *Vidas secas*, de N. Pereira dos Santos; *Sonrisas de una noche de verano*, de I. Bergman; *Warming by the Devil’s Fire*, de C. Burnett; *El amor (Primera parte)*, de A. Fadel y otros; *Nuevo Cine Mudo Argentino*; y *Hermanas diabólicas*, de Brian De Palma.
A las 16, 18, 20, 22 y 24 en el Malba, Av. Figueroa Alcorta 3415. Entradas: $ 5 y $ 8.

Eastwood Sigue la *VII Semana de la Crítica* con la proyección de *Million Dollar Baby*, dirigida por Clint Eastwood. La historia de Maggie Fitzgerald, una boxeadora pobre pero perseverante.
A las 11.15, 13.50, 16.40, 19.30, 22.30 y 1.30 en los Hoyts General Cinema Abasto. Entrada: $ 6.

música



Jazz Celebrando sus ocho años de trayectoria, el dúo de Raúl Malosetti (guitarra) y Rolando Goldman (charango) presenta un repertorio de raíz folklórica y popular.
A las 22 en La Biblioteca Café, Marcelo T. de Alvear 1155, 4811-0673. Entrada: $ 10.

Guitarra Segundo encuentro del ciclo de guitarreadas *Una que sepamos todos*, que convoca a quienes se animen a demostrar sus habilidades a la hora de entonar canciones populares.
De 18 a 21 en Parque Centenario, Díaz Vélez y Marechal. **Gratis**

teatro

Danza La compañía Grupo Reverso estrena *Centuria Cero*, espectáculo con dirección y coreografía de Gabily Anadón que recrea la tragedia de la existencia en las grandes urbes.
A las 20.30 en el Centro Cultural Recoleta, Junín 1930. Entrada: $ 7.

Griego Se estrena *Electra Shock*, de José María Muscari, inspirada en la *Electra* de Sófocles. Con Carolina Fal, Luciano Suardi y Stella Galazzi.
A las 22.30 en la Ciudad Cultural Konex, Sarmiento 3131.

Paisaje

Antes de convertirse en el formidable éxito de Hollywood protagonizado por Jim Carrey, la saga de los desdichados huérfanos Baudelaire fue un fenómeno literario de culto, alimentado por los temas más sombríos del siglo XIX –villanos persiguiendo a niños, parientes benéficos pero inútiles, finales al borde de la catástrofe– y un autor timidísimo que juega a las escondidas con la prensa. Con los once primeros libros de la serie ya publicados, algo está claro: Harry Potter ya puede empezar a preocuparse.

POR RODRIGO FRESAN

Mientras que uno de los síntomas distintivos de haber alcanzado cierta ¿madurez? sea quizás el soñar cada vez más seguido con un paraíso donde se esfumen y/o tengan prohibidísima la entrada buena parte de las personas que conocemos (“El infierno son los otros”, dictaminó Sartre), está perfectamente claro que uno de los primeros y más universales terrores infantiles es la temible e inesperada y trágica desaparición de los padres.

Recuerden el drama de esas salidas nocturnas de nuestros progenitores todavía frescos y jóvenes. Y nuestra angustia solitaria e insomne bajo temblorosas frazadas, fantaseando y sufriendo (¿y de algún modo gozando?) con la posibilidad de su muerte en el camino de regreso a casa. Y nuestra inmediata entrega a un orfanato o, lo que es peor, a algún familiar monstruoso.

La culpa, claro, la tenían y la tienen y la seguirán teniendo, siempre, las sufridoras profesionales del tipo Cenicienta & Blancanieves Inc., las psicóticas hermanas Brontë, el tenebroso Mr. Dickens, la neurótica señorita Alcott y –por supuesto– esas siniestras telenovelas mexicanas que nos obligaba a ver la mucama (sucedáneo de institutriz) cuando los señores de la casa estaban ausentes. Agregar a todo esto –a modo de remedio homeopático que acabará fortaleciéndonos a partir de dosis controladas del miedo y del mal en cuestión– la espeluznante saga de los sufridos huerfanitos Baudelaire.

Son, hasta la fecha, once peripecias –ya se ha anunciado que acabarán al alcanzar el fatídico número 13– narradas con exquisito y desopilante sadismo por el misterioso escritor Lemony Snicket y su “portavoz” Daniel Handler. Y ahora, por fin, las desventuras de los Baudelaire llegan al cine en una luminosa y oscura película con Jim Carrey, que se ha convertido en uno de los grandes éxitos de la temporada norteamericana. Así que Harry Potter –comparación inevitable: otro huerfanito– puede irse preocupando. Ya era hora. Aunque la diferencia es atendible: mientras los fans del niño brujo sólo desean que venza al final de cada aventura, los seguidores del trío huerfanito sólo quieren que los Baudelaire la pasen cada vez peor y sólo sobrevivan, para así poder enfrentar una desgracia aún más grande que la anterior. Siempre lo supimos: los niños son malas personas. Y está bien que así sea.

EL AUTOR/LOS AUTORES

¿Y quién es Lemony Snicket? Buena pregunta y varias respuestas todavía mejores:

1) Lemony Snicket es el alias con el que Daniel Handler, que lo creó como escudo protector mientras realizaba una investigación sobre grupos extremistas, se ha hecho rico y amenaza con desalojar a J.K. Rowling de los difíciles y duros corazones de los niños lectores del mundo. Handler es también autor de dos novelas muy interesantes y perversas para adultos: *The Basic Eight* (una feroz parodia de la “cultura adolescente”, las series de Aaron “Beverly Hills 90210” Spelling y la novelística “de campus” con formato de diario de Flannery Culp, adolescente acusada de asesinato y satanismo) y *Watch Your Mouth* (una tortuosa fantasía operística y/o saga familiar donde no faltan las obsesiones cabalísticas –golem incluido–, la condena a la *new age*, el sexo desatado y el incesto enredado). Handler ha declarado que la novela que más le ha impactado es *Lolita*. Y se nota.

2) Lemony Snicket es un escritor misterioso y recluso que se vale de Handler como fachada pública y muy de vez en cuando concede una entrevista. Las pocos fotos que se le conocen lo muestran siempre de espaldas y de pie junto a un acantilado. Sus respuestas a las contadas y eventuales preguntas periodísticas llegan por correo y son igualmente difusas e inquietantes. Ejemplos: *Usted ha sido definido como alguien “altamente elusivo”. ¿Por qué esa timidez?* Respuesta: “Ser tímido significa preferir quedarse mirando desde un rincón en lugar de bailar; ser elusivo es bailar con disimulo hasta acercarse, paulatinamente, a una de las ventanas y descolgarse por allí huyendo así de tus enemigos”. *¿Cuál es la mejor pregunta que ha recibido de parte de un joven fan?* “¿Hay algún otro poema de Swinburne que debería examinar con particular cuidado?” *¿Qué opina del gran éxito de público y crítica con que acaba de estrenarse la adaptación cinematográfica de las aventuras de los huerfanitos Baudelaire?* “No me preocupa que los Baudelaire hayan llegado al cine; pero me inquieta la posibilidad de que no puedan salir de allí.” *¿Nunca ha sentido la necesidad de, para variar, escribir acerca de personas felices y afortunadas?* “De ser posible, prefiero no discutir mis necesidades con representantes de la prensa.”

Para mayor información, conseguir ya mismo y sin dudar un ejemplar de *Lemony Snicket: The Unauthorized Autobiography*. Un libro formidable que revela múltiples misterios de la saga, a la vez que propone numerosos nuevos enigmas a partir de una panoplia de fotografías, mapas, jeroglíficos, recortes de periódicos, extractos de un *journal* íntimo, criptogramas, un intimidante índice onomástico, frondosos árboles genealógicos y hasta un falso obituario del sujeto en cuestión. Y un detalle encantador: la edición en tapa dura viene con una sobrecubierta reversible que permite camuflar un material tan *classified* y “extremadamente peligroso” bajo el inofensivo y empalagoso título de *The Pony Party,* novela de un tal Lenoy M. Setnick, autor de la popular y muy feliz serie de libros *The Luckiest Kids in the World!* (*¡Los chicos más afortunados del mundo!*), donde los niños son felices y la vida es linda y el mundo desborda de colores y caramelos.

Qué aburrido.

LOS LIBROS

Está demostrado que hay pocos materiales más ricos en posibilidades narrativas –como bien revisitó y honró el neodecimonónico John Irving a la hora de *Las reglas de la casa de la sidra*– que la marioneta de un hijo súbitamente liberada de los hilos de sus padres/titiriteros y arrojada al escenario de un mundo rebosante de trampas escenográficas y actores tramposos.

Lo que hace Lemony Snicket, entonces, es acelerar a fondo y elevar el síntoma y el estigma a la novena potencia a través de “las cavernosas profundidades de las vidas de los huerfanitos Baudelaire, tres auténticos imanes de infortunios”. A saber: Violet Baudelaire (14 años), la mayor, inventora *extraordinaire* que antes de alumbrar un nuevo y maravilloso artilugio siempre se ata el cabello con un lazo; Klaus Baudelaire (12), el del medio, lector voraz y de memoria ortográfica y la bebé Sunny Baudelaire, dueña de una dentadura a la que nada se le resiste, creadora de un lenguaje que sólo sus hermanos mayores están capacitados para decodificar (de ahí que, en la película, sus sarcásticos balbuceos estén subtitulados para el público).

El primer libro de Lemony Snicket apare-







con huerfanitos

ció en 1999, y fue fácil comprender que era algo diferente ya desde la dantesca dedicatoria –*"Para Beatrice: querida, amadísima, muerta"*– y, enseguida, desde la advertencia incluida en su primera oración: "Si están interesados en una historia con final feliz, mejor búsquense otro libro". De hecho, la cosa ya perturbaba desde el título: *El mal comienzo.*

Recientemente reunidos en inglés en una hermosa caja con el título general de *The Cumbersome Collection*, los hasta hoy once títulos de la serie –los primeros de los cuales ya fueron traducidos a nuestro idioma– gozan de las barrocas y amenazantes ilustraciones de Brett Helquist y de títulos tan escalofriantes como *El carnaval carnívoro*, *El hospital hostil*, *La academia austera*, *La villa vil*, *El molino miserable*... Todos y cada uno de los libros insisten en una rutina inalterable: villano persiguiendo a niños (que van creciendo a lo largo de los libros), finales abiertos siempre al borde o en lo alto o en el fondo de una catástrofe, sucesivos parientes benéficos pero cada vez más excéntricos e inútiles, los insistentes catalejos dorados y las omnipresentes iniciales VFD, cuyo verdadero significado siempre se escurre y se escapa. Y –por encima de todo y de todos– la figura metaficcional del difuso Lemony Snicket: un hombre inexplicablemente obsesionado con los huerfanitos Baudelaire, que llora sin cesar la muerte de su Beatrice, interviene en las tramas con su mantra/muletilla –*"palabra que aquí significa..."*–, hace guiños/tics nerviosos a obras maestras de la literatura (por ahí, por ejemplo, aparece un submarino llamado Queeqeg) y nos advierte, siempre, que lo peor está siempre por llegar. Y está visto y leído –más allá de las reticencias de algunos padres asustadizos y escandalizables, para quienes Snicket es "una mala influencia" o un "provocador de pesadillas"– que a los pequeños y no tan pequeños lectores de la serie les encanta que así sea.

LA PELICULA

Alguna vez, interrogado sobre cuál había sido la peor mentira que había dicho, Daniel Handler respondió: "Mi peor mentira ha sido decir demasiadas veces: 'He disfrutado mucho de su película'". Buenas noticias para Handler: aquí y ahora no tendrá que mentir.

La formidable película dirigida por el alguna vez mediocre –*Ciudad de Angeles*– y ahora más que atendible y noble Brad Silberling reúne y adapta los primeros tres libros de la serie bajo el título de *Lemony Snicket, una serie de eventos desafortunados*. Y lleva la gracia y la desgracia todavía más lejos. En el guión –coescrito por Handler– hay un falso principio en el que un elfo dulzón y primoroso se ve violentamente interrumpido por un paisaje triste donde los hermanitos Baudelaire, desde ahora eternamente desafortunados, son arrancados de las playas de un mar gris para visitar los restos todavía humeantes de la mansión donde acaban de perecer sus progenitores. Todo esto narrado con la voz *en off* entre amable y sinuosa de Jude Law, como se nos informa recién en los imperdibles créditos finales. Y, sí: la cuidada y demencial dirección de arte de Rich Heinrichs, que combina lo victoriano con la retromodernidad de los *fifties,* a Londres con Nueva York, lo dice todo. Pensar en el neogótico de Tim Burton, los *cartoons* de Charles Addams ("familia muy normal"), el desprecio por la idiotez de los mayores de Roald Dahl, el ingenio de Edward Gorey, los extravíos psicotemporales de Peter Hook y el sentido de lo absurdo de los Monty Phyton.

A continuación, en poco menos de dos horas, asistiremos a varios intentos de asesinato (y varios asesinatos consumados) con la ayuda de locomotoras, serpientes, explosiones, sanguijuelas (¿o eran anguilas?), lentes de aumento flamígeros, una boda macabra y varias disquisiciones acerca del mejor modo de cocinar spaghetti *puttanesca.* Todo esto y mucho más condimentado con las formas aparentemente infinitas de sufrimiento para los hermanitos Baudelaire, a medida que, entregados una y otra vez por Mr. Poe, un albacea tan bondadoso como estúpido, van pasando de pariente en pariente, siempre seguidos de cerca por la sombra monstruosa de su tío, el megamediocre actor Conde Olaf, siempre dispuesto a ser lo que sea para recibir la tutela de los Baudelaire, despacharlos velozmente al otro mundo y quedarse con su cuantiosa fortuna.

Olaf, por supuesto, es Jim Carrey en uno de sus mejores trabajos: interpreta varios personajes y consigue por fin lo que siempre quiso hacer, lo que hacían Alec Guinness en *Kind Hearts and Coronets* y Peter Sellers en *Dr. Insólito*: ser muchos. Ser, por ejemplo, un ordeñador de serpientes y un absurdo marino con pata de palo. Y Carrey está muy bien acompañado: Meryl Streep como la sollozante Tía Josephine, Billy Connolly como el audaz Tío Monty, Catherine O'Hara como la ingenua Jueza Strauss, Timothy Spall como el obtuso Mr. Poe, y el nunca del todo bien ponderado Luis Guzmán, aquí calvo, parecen estar pasándola genial ahí adentro. Y –por supuesto– los huerfanitos Baudelaire, más que a la altura de las circunstancias, ya no podrán tener otros rasgos a la hora de leerlos y releerlos en los libros: la bella Emily Browning como Violet, Liam Aiken como Klaus y –por disposiciones laborales– el dueto de bebés de Kara y Shelby Hoffman (¿será este apellido la explicación para el breve pero sabroso *cameo* de Dustin H?) como Sunny se entregan con pasión y cejas enarcadas a esta fábrica de desgracias. La fotografía de Emmanuel Lubezki y la música entre marcial y absurda de Thomas Newman son el moño de este paquete envuelto para regalo. Con una bomba adentro, por supuesto.

EL FRIO

Escribo todo esto lejos, en un sitio al que se aproxima a toda velocidad una portentosa ola de frío. Se pronostican máximas de 0 grado y mínimas de 15 bajo cero. Un clima ideal para huerfanitos con tío asesino y para compaginar el miedo con el frío. Y todo parece indicar que la temperatura seguirá bajando para que siga subiendo el temblor: no hace mucho, con motivo del estreno de la película, Lemony Snicket volvió a pronunciarse y dijo que, faltando apenas dos entregas de los Baudelaire, "los acontecimientos se precipitarán", "todo quedará debidamente claro y explicado" y –por supuesto, como nos lo había sido advertido desde el mismísimo comienzo– "las cosas acabarán muy mal" y será "el final más infeliz que jamás se haya escrito en toda la historia, no sólo de la literatura infantil sino de la literatura a secas".

Qué horror.
Qué bueno. Ⓡ

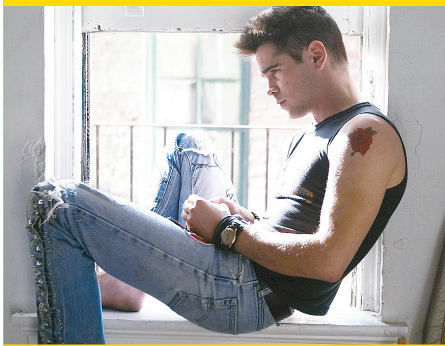




LAS ILUSTRACIONES PERTENECEN AL PRIMER VOLUMEN DE LA SAGA (QUE SE CONSIGUE A MODICO PRECIO EN LAS MESAS DE SALDOS DE LA AV. CORRIENTES).



Hallazgos > La adaptación de *Una casa en el fin del mundo*, otra novela del autor de *Las horas*.



CUANDO BOBBY CONOCIÓ A JONATHAN

POR MARIANA ENRIQUEZ

Michael Cunningham publicó *Una casa en el fin del mundo* –su primera novela– en 1990. Fue un debut extraordinario y un libro entrañable para la generación que lo descubrió. Los nuevos vínculos, Nueva York a principios de los '80, el sida, la fragilidad de los lazos afectivos, el sueño de crear familias no convencionales, eran todos temas cercanos para quienes se hacían adultos a principios de la década pasada, y Cunningham tuvo además el talento y la empatía suficientes para volverlos universales. Sus novelas siguientes, *De carne y hueso* y *Las horas*, exploraron territorios similares y también fueron libros brillantes. Sin embargo, Cunningham no tuvo suerte con la única adaptación al cine de su obra: *Las horas* resultó una película pomposa, que confundía solemnidad con profundidad.

Quizá por eso, cuando llegó el momento de adaptar *Una casa en el fin del mundo*, el escritor decidió involucrarse con el proyecto, escribió el guión y fue consultado durante la producción. El resultado –que se estrenó hace poco en Estados Unidos y aquí ya se consigue en versiones pirateadas– no es una maravilla, pero está mucho más cerca del espíritu del libro que aquella enormidad con música aterradora de Philip Glass que fue *Las horas*. Dirigida por el debutante Michael Mayer, con producción de Tom Hulce (el Mozart de *Amadeus*), *Una casa...* es la historia sencilla pero emocionalmente compleja de Bobby (Colin Farrell) y Jonathan (Dallas Roberts), dos amigos que se conocen en la adolescencia y tienen una fugaz relación homoerótica. Jonathan, abiertamente gay, se muda a Nueva York y deja atrás a Bobby. Ya en la gran ciudad comparte casa con Clare (Robin Wright Penn): ambos intentan formar una familia no convencional, que se materializa cuando Bobby se une a ellos y Clare queda embarazada. Entonces los cuatro se mudan a Woodstock, viaje hacia un desenlace a la vez dulce y amargo.

Como siempre, es inútil comparar el libro con la película: la bellísima prosa de Cunningham no es trasladable al guión. Pero gracias a un clima nostálgico que captura la esencia del legado emotivo de los '60, una banda sonora perfecta (Dusty Springfield, Leonard Cohen, Bob Dylan, Patti Smith), la cotidianidad de la vida gay mostrada sin subrayados y una actuación perfecta de Colin Farrell –que en esta película deja por fin de ser una "promesa"–, *Una casa...* se acerca mucho a lo que Cunningham se merecía del cine, aun cuando por un exceso de celo el personaje de Eric –un amante de Jonathan enfermo de sida– haya sido eliminado. Su ausencia, que en la novela precipita el final, es significativa: sin él, los personajes son menos mezquinos, más íntegros y no tan creíbles. Tal vez el clima hostil que se respira en EE.UU. tenga como consecuencia un exceso de corrección política y cierta exigencia de personajes gays "positivos". Aun así, la sencillez y honestidad de *Una casa en el fin del mundo* es un bálsamo en un paisaje cinematográfico que derrocha dramas crispados sin alma y superproducciones tan bobas que parecen pergeñadas por productores y guionistas con muerte cerebral. Ⓡ

Teatro > Los Susodichos después del teatro para chicos

livinglavidaloca

Liberados del estigma del teatro infantil, definitivamente emancipados de tutores y/o encargados, Los Susodichos vuelven al ruedo con *Magoya*, su quinto espectáculo, donde la vida cotidiana, además de ridícula, se pone sorprendentemente caliente.

POR FERNANDO PEREZ SOLIVELLA

"Vimos una escalera y pensamos: 'Qué bueno lanzarnos los seis desde ahí arriba'." Así, con esa alucinación espontánea de suicidio colectivo, nació *Magoya*, la última creación de Los Susodichos, compañía teatral que ya lleva 13 años pintando cuadros costumbristas desde el absurdo y la ironía, alejados de las convenciones teatrales y los clichés experimentales. Antes de *Magoya*, su quinta obra, estos ex *enfants terribles* de la escuela teatral de Hugo Midón sorprendieron con la exitosa *Marea*, improvisando con carisma un collage de situaciones playeras y estética setentista. Y en *Total* se independizaron de la directora Nora Moseinco, maestra del grupo, para arriesgarse solos a mostrar con ironía diferentes momentos juveniles y provocar con un recordado final donde las chicas luchaban fogosamente en el barro.

Magoya, su último "experimento", como ellos prefieren nombrarlo, mantiene los elementos que estamparon una identidad propia original al grupo: personajes reconocibles en situaciones tan grotescas como cotidianas, diálogos o monólogos que bordean el ridículo, oscuras fantasías liberadas en escena (como la de un joven que se ratonea con su abuela), música equívoca pero coherente con la promiscuidad de la propuesta (abre la obra una versión para iglesia de "Aserejé" de Las Ketchup). Y cuadros calientes protagonizados por el histriónico trío femenino como la fiesta final, donde bailan desnudas un gato compuesto por Axel Krygier mientras se cachetean enardecidas unas a otras bajo la lluvia.

–Ese final, como toda la obra, fue el resultado de la improvisación –cuenta Azul–. Un día estábamos ensayando en la Ciudad Cultural Konex *(donde presentaron algunas funciones el año pasado en el Festival Verano Porteño)* y se largó a llover con todo. Entonces las tres nos pusimos a bailar desnudas ante la mirada atónita de los obreros.

La historia de *Magoya* se inicia con el deambular de seis personajes muertos que luego recuerdan distintos momentos de sus vidas. El zapping de algo más de 30 minutos tiene como hilo conductor el absurdo y la parodia. Así se suceden las escenas: una charla delirante entre Sandrita, una mucama sumisa (Cecilia Monteagudo), y su patrona (Azul Lombardía), una excéntrica que habla desnuda mientras se toca los pechos; una psicóloga social recién recibida (Lucila Mangone) relata su intento de separación en un registro irritante que recuerda a las protagonistas de las publicidades de Dove o de toallitas femeninas; un encuentro sexual bizarro vía Internet entre Ezequiel Díaz y Lucas Mirvois; y una caricatura de un oficinista (Federico Vaintraub) de chomba piqué y náuticos que veranea en Cancún. Todo atravesado por la música en vivo de la violinista Marilina Calos.

En el Centro Cultural Recoleta, donde estrenan la obra este viernes, los seis Susodichos planifican cómo trasladar la estructura de la fábrica de Konex al Patio del Tanque entre bizcochitos de grasa y reproches cruzados ("¡Hoy me despertaste a las 9 de la mañana!"). Es que algunos comparten casa y experiencias cotidianas, algo que los inspira tanto como el fanatismo por las *sitcoms*, el cine ("incluso el pochoclero") y otras expresiones de la cultura pop.

Después de *Marea*, el desafío fue llevar adelante una obra (*Total*) sin la dirección de Nora Moseinco. ¿Cuál es el reto con *Magoya*?

–Al tercer año de *Marea* nos parecía que estábamos haciendo un infantil –dice Azul–. La obra nos quedaba chica: la habíamos creado a los 15 años. Con *Total* tuvimos una sensación de liberación. Queríamos hablar de otras cosas: nos habíamos enamorado, habíamos cogido, vivíamos solos, nos peleábamos con nuestros novios. También había mucha inquietud: era la primera vez que dirigía Ezequiel. Y *Magoya* fue el desafío de hacer una obra en sólo tres semanas, que era el tiempo que tuvimos para armarla. Pero el miedo que teníamos con *Total* ya no estaba. El experimento fue exitoso: en el Festival Verano Porteño, *Magoya* fue una de las obras más vistas, pese a ciertos conflictos con los organizadores, el escaso tiempo para ensayar y los pocos recursos.

–La experiencia nueva fue trabajar con ideas puntuales y desarrollarlas en ese tiempo –dice el actor-director Ezequiel Díaz–. Y también experimentamos con la forma de ensayar: no hace falta machacar tanto cada escena: cuando trabajás demasiado una escena se pierde la esencia. Queríamos ver qué pasaba cuando no había demasiada elaboración.

–Y nos gusta el concepto de una obra corta –dice Azul–. La verdad es que nos costaría mucho una obra de tres horas en el San Martín, o incluso de una hora y media. ¡Quedamos cansadísimos! Además te dan ganas de hacer pis en el medio, querés fumarte un pucho...

¿Vagancia juvenil? Para nada. Mientras estrenan *Magoya*, Los Susodichos ya están craneando su próxima producción: una obra para estrenar en octubre en la que por primera vez protagonizarán una historia lineal: seis personajes que pasan un fin de semana en una quinta.

¿Qué pasó con la escena del suicidio de *Magoya*?

–Estábamos tan apurados que compramos un colchón carísimo por teléfono –cuenta Lucas Mirvois–. Nos gastamos el 30 por ciento del presupuesto en eso para tirarnos de la escalera. ¡Pero casi nos matamos! Un amigo de Fuerza Bruta [*un desprendimiento de De La Guarda*] nos dijo que era una locura tirarnos ahí. Así que el suicidio te lo vas a tener que imaginar. Ⓡ

Magoya se estrena el viernes 4 de febrero en el Patio del Tanque del Centro Cultural Recoleta, Junín 1930. Funciones: los viernes y sábados a las 21.30 y los domingos a las 21. Entrada: $ 3.



FOTO: CECILIA SALAS

Sé lo que quiero y lo quiero ya

Después de que Tom Cruise hiciera la remake de su segunda película (*Abre tus ojos*) y él mismo filmara en inglés con Nicole Kidman la tercera (*Los otros*), **Alejandro Amenábar** se convirtió, con sólo 30 años, en el director extranjero favorito de Hollywood. Ahora, **Mar adentro** tiene todo para sentarlo en el trono: una nominación al Oscar, una tapa de *Newsweek*, una de esas historias reales imbatibles (la de un hombre que queda tetrapléjico y lucha durante años por su derecho a la eutanasia), una actuación formidable (Javier Bardem) y una polémica feroz sobre la eutanasia.

POR MARIANO KAIRUZ

Como era de preverse, el estreno de *Mar adentro*, la película sobre Ramón Sampedro, el marinero gallego que quedó tetrapléjico tras echarse un clavado en la playa con muy mala suerte y que luchó durante varios lustros por el derecho al suicidio asistido, reimpulsó en España el larguísimo debate sobre la eutanasia. Al mismo tiempo disparó, en espacios más acotados, otro debate distinto pero perfectamente pertinente que no tenía que nada que ver con estar a favor o en contra de la eutanasia sino con estar a favor o en contra de que sigan filmándose, estrenándose y premiándose películas sobre discapacitados, enfermos terminales y enfermos en general.

Basta tipiar "mar adentro" más el nombre de su director en cualquier buscador en Internet para encontrarse enseguida con muchas voces irritadas por la identificación inmediata que asume la película respecto del punto de vista de su protagonista, lo cual la convertiría, presuntamente, en un film monolíticamente pro-eutanasia. (Algunos se enfurecieron especialmente por la escena en la que Sampedro intercambia opiniones con un sacerdote jesuita tetrapléjico y en la que queda ridiculizada la postura eclesiástica; también pueden leerse entrevistas a Luis De Moya, cura paralítico –aunque no jesuita– que visitó al verdadero Sampedro, y que vendrían a confirmar que la secuencia está inspirada en una anécdota real.) "Apología estetizante de la eutanasia", se lee por ahí y algún trasnochado llegó a escribir que *Mar adentro* "es un canto al suicidio de un tetrapléjico sin esperanza, como lo prueba el hecho de que en la cinta el suicida es el amigo del espectador... Un canto a la muerte, diga lo que diga Amenábar".



Como argumento contra la película, no es muy riguroso que digamos (aunque hay que reconocer que permite plantearse una idea al menos interesante: la de una película que se autodefiniera, que se propusiera desde su afiche publicitario, desde las puertas de los cines, como "un canto a la muerte") porque en *Mar adentro* no hay nada de eso: a pesar de su firme decisión de defender una postura polémica, se parece demasiado a todo aquello a lo que nos tienen acostumbrados las películas sobre discapacitados y enfermos, y abraza, en todo caso, el "canto a la vida" de siempre. Los subrayados musicales, las dosis exactas "de sonrisas y de lágrimas": todo está ahí. La sola decisión de mostrar a Ramón Sampedro levantándose de su cama y escapando a través de la ventana de su habitación para sobrevolar el deslumbrante paisaje coruñés hasta arribar a la playa, al mar que, dice, le dio y le quitó la vida, indica que no se trata precisamente de una película temeraria dispuesta a deprimir a su público todo lo que sea necesario y convencernos de su causa justa y humanitaria sino de contar la historia de un personaje con una gran personalidad y una gran fuerza vital, un viajero, un hombre enormemente físico que sufre su desgracia quizá mucho más de lo que la sufrirían otros mortales en su lugar.

Carne trémula y jamones

Una de las claves de todo el asunto consistía en embutir a un tipo enorme como Javier Bardem, acostumbrado a actuar con todo el cuerpo, en un personaje que sólo puede mover la cabeza. Un crítico de la revista *Salon.com*, al que la película le gustó mucho, comienza su reseña diciendo que "hay un elemento de perversidad en que Javier Bardem haga de tetrapléjico. Ya sea que la use de manera exuberante (como en *Antes que anochezca*) o lo mantenga en reserva (como en *The Dancer Upstairs*), Bardem se define por su robusta condición física". No es la primera vez que Bardem se sube a una silla de ruedas (lo hizo en *Huevos de oro* y *Carne trémula*), pero parecía estar tan en lo suyo cuando se batía literalmente a jamonazos con Penélope Cruz (como en *Jamón Jamón*) o sacudiéndose violentamente como el poseído Romeo Dolorosa (en *Perdita Durango*). Acá se ofrece con pelo escaso y canoso, bajo cinco horas diarias de maquillaje –su Sampedro tiene veinte años más que el actor, de 35–, muestra la cara y las manos y esconde el resto: una sola vez en toda la película se ve el cuerpo atrofiado de Sampedro, semidesnudo, en un efecto evidentemente digital apenas disimulado tras una pantalla televisiva. La imagen contrasta de manera bestial con la de su propio físico joven, tal como aparece en el flashback que recrea el accidente y de la que fue tomado uno de los afiches de la campaña publicitaria con que la película se estrenó en los Estados Unidos: allá, sus distribuidores probablemente temieron que una película sobre un paralítico, subtitulada, que no aprovechara las escasas imágenes de un Bardem lozano, de cabello oscuro y al viento, estuviera comercialmente condenada.

Lo de Bardem es encomiable, una vez más, pero las declaraciones que ha hecho en las entrevistas sobre la preparación de su personaje y las múltiples lecciones de vida aprendidas en el proceso ("interpretar a Ramón Sampedro me quitó el miedo a la muerte", "me puso en contacto con mis limitaciones"; "todos los que intervenimos en esta película conseguimos un gramito más de paciencia para nuestras vidas"), suenan un tanto excesivas.

Globos, copas y chico de tapa

La película fue recibida por parte de la crítica como una operación de cierto cálculo y poco riesgo. Se trata, es cierto, de un combo de casi-consagrados compuesto por un director de apenas 32 años al que, tras una obra circunscripta al terreno del terror y el fantástico (el cine *snuff* en *Tesis*, la distopía futurista en *Abre tus ojos*, un film de fantasmas considerablemente "refinado" en *Los otros*), le llegó la hora de abordar un drama de esos "verdaderamente humanos"; del actor español nominado al Oscar, el más importante para Hollywood después de Antonio Banderas; y una producción de capitales exclusivamente europeos (españoles, italianos y franceses), pero con serias posibilidades de premio a film extranjero. Ahora que *Mar adentro* está finalmente nominada como mejor película extranjera (desde el martes pasado, y habiéndose llevado ya un Globo de Oro en esa misma categoría y la nominación a otro por la actuación de Bardem) y tiene la mayor cantidad de nominaciones a los premios Goya –que se entregan hoy– y ya tuvo lo suyo en Venecia (el premio especial del jurado al director y la Copa Volpi para Bardem); que Amenábar ocupó la tapa de la edición europea de *Newsweek* en diciembre (con una nota que comenzaba diciendo que "si no fuera por Alejandro Amenábar, Nicole Kidman no sería estrella de cine", sic) y que la película lleva recaudados más de dos veces su costo de producción y a partir de esta semana va por mucho más, se puede decir que, si hubo una maniobra especulativa de parte de sus autores y productores, les salió bastante bien.

Amenábar no es un mejor director ahora que cuando hizo *Los otros*, pero debe admitirse que seguramente él (como Bardem) tenía la opción de asumir riesgos menores; después de todo, aquella película costó menos de 20 millones de dólares y recaudó casi 100 sólo en Estados Unidos, lo cual debe haberlo convertido automáticamente en toda una garantía para Hollywood. Y preguntarse si no deberían dejar de filmarse y premiarse películas sobre discapacitados y enfermos al menos por unas cuantas temporadas no implica negar su capacidad de conmovernos sino identificar justamente todo lo contrario, que a veces no hay manera de ganarle a la manipulación a la que suelen someternos; esa costumbre de dejarnos como lisiados emocionales. Ⓡ

Personajes >
Gerardo Abboud, el ingeniero que terminó siendo traductor del Dalai Lama

Encuentros con lamas notables

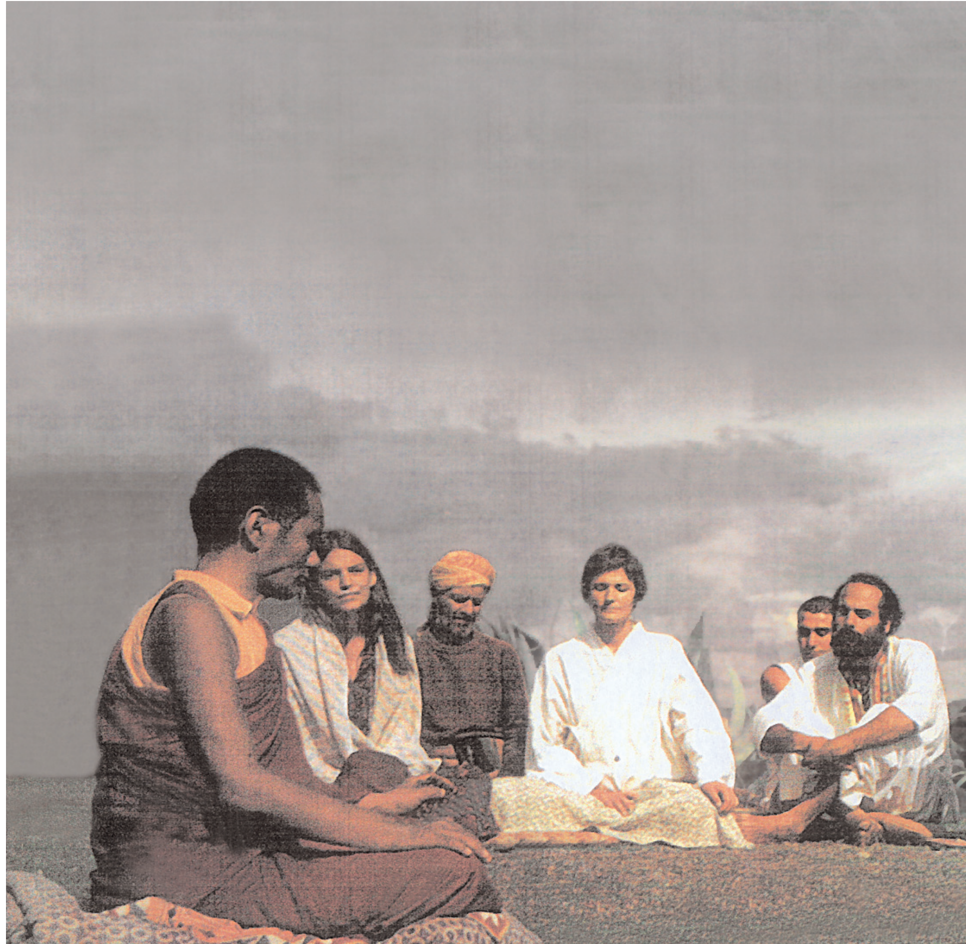

Abboud (a la derecha), recién llegado, con el Lama Thubten Yeshe (a la izquierda), en una foto tomada para un informe sobre extranjeros en el Tíbet publicado en *París Match* en 1971.


FOTO: NORA LEZANO

Abboud, en la foto tomada la semana pasada en Buenos Aires para **Radar.**

Ingeniero, con trabajo, perspectivas y un futuro promisorio, a fines de los '60 cayó en sus manos el libro del matemático P.D. Ouspensky sobre su aprendizaje junto a Gurdjieff. Eso detonó en él un viaje espiritual que lo llevó primero a Europa y de ahí al Tíbet... en auto. Lo que era una búsqueda se convirtió en una vida: se quedó 14 años, estudió tibetano y se convirtió en el traductor de los grandes lamas, incluido el Dalai. Instalado en la Argentina, **Gerardo Abboud** cuenta por qué el budismo es un viaje de ida.

POR SANTIAGO RIAL UNGARO

Después de alcanzar la iluminación, tras 49 días de paz infinita, Buda les transmitió a sus discípulos sus primeras enseñanzas. Las cuatro nobles verdades: 1) Hay sufrimiento. 2) Hay una causa para el sufrimiento. 3) Hay un fin del sufrimiento. 4) Hay un camino que lleva al fin de sufrimiento. Nada de esto sabía Gerardo Abboud, un promisorio ingeniero de 25 años. No se sentía para nada seducido por su futuro profesional, ni con la idea de casarse, tener hijos, comprarse una casa, progresar económicamente, etcétera. Si para los demás su primer año de experiencia laboral había sido excelente, para él la frustración era insoportable. Así, a fines de los '60, se fue de viaje. Lo único que parecía tener claro era el primer punto: en la vida hay placer, sí, pero también hay sufrimiento. Primero se fue a Estados Unidos, con la idea (o con la excusa) de instalarse allí para trabajar. Alguien le había pasado los *Fragmentos de una enseñanza desconocida* de P.D. Ouspensky y la narración del matemático ruso de sus años de aprendizaje junto a Gurdjieff lo llevaron a hacerse muchos cuestionamientos. "Cuando empecé a leerlo, al igual que muchos otros, empecé a entender por qué había tanta insatisfacción. Pero a la vez, paralelamente, esa insatisfacción empezó a crecer y a crecer hasta que finalmente me di cuenta de que no iba a encontrar nada de Ouspensky o Gurdjieff en Estados Unidos. Lo mismo me pasó en Londres. Y la India soplaba en el oído: era la época en que todo el mundo iba a la India", recuerda sonriente Gerardo, que aclara que por entonces no sabía nada sobre budismo o hinduismo; sin embargo, intuía todo, o por lo menos algo. La inercia que lo llevó a la India sigue siendo inescrutable: "Me compré un autito en Alemania y me fui por el norte de Africa". El camino habitual era ir por Europa oriental, pero Abboud necesitaba un cambio total de cultura. "Estaba saturado, así que me fui por Marruecos, y llegué hasta Turquía. Fue un viaje fantástico, pero también con mucha angustia, porque no sabía bien qué iba a buscar. Pensaba que por ahí no encontraba nada." A los 15 días de llegar a Katmandú, Nepal, Gerardo conoció a un lama. "Me despertó un interés enorme que se tratara de una religión no teísta. Era una tradición en la que no había ningún dios creador. Yo venía de haberme hecho grandes cuestionamientos religiosos: era más bien agnóstico, así que la idea de una religión sin dios me interesó enseguida. De repente me encontré con que el budismo me decía que ese sentimiento de insatisfacción era una manifestación de inteligencia, una forma de entender que sí, las cosas son huecas: las ves huecas porque son así. El problema es que uno siente que no es hueco. Y uno también es hueco. La otra cuestión importante fue entender que meditar no era 'pensar', que es lo que uno interpreta cuando alguien dice que se retiró a 'meditar' sobre tal o cual problema. Eso me pareció muy revolucionario. Había encontrado un lugar en el que me sentía cómodo. Por primera vez había encontrado un camino espiritual que estaba a tono con lo que tenía adentro. Y eso se abría ante mí en el Himalaya, con toda esa belleza fantástica. Así que me quedé 14 años."

CAMINO AL SATORI

A poco de llegar, se encontró con el célebre Lama Thubten Yeshe. Lo curioso es que en su primer encuentro con un lama, en 1971, dos fotógrafos del *Paris Match* lo retrataron para una cobertura que mostraba a los extranjeros que se iban a Katmandú. (De esos años, Gerardo recuerda que, en la ruta hacia Goa, los más destruidos solían ser los franceses...) El camino para alcanzar el fin del sufrimiento lo llevó a Dharamsala. Allí empezó a estudiar en la Library of Tibetan Works & Archives, suerte de fuente de la sabiduría tibetana que terminó signando su destino. Por entonces, el Dalai Lama había abierto en esta biblioteca (que guarda todos los archivos de textos tibetanos) un instituto destinado a enseñarles a extranjeros. "En ese momento pensé que tomar un curso para aprender tibetano no me iba a venir mal, ya que quizá me iba a permitir comunicarme directamente con los lamas." Finalmente, instalado en la ciudad de Manali, conoció a su gurú: Apho Rinpoche. Así, mientras se sucedían los encuentros con lamas notables, Abboud se convirtió en un budista hecho. Y derecho, porque a la vez que experimentaba el espíritu de la tradición budista con los lamas, la interpretaba y la transmitía desde su trabajo como traductor. Todo esto generó un proceso de aprendizaje permanente. "Mi aprendizaje del budismo proviene de mi contacto con los lamas. Por haber dominado el idioma de los lamas desde hace tanto tiempo y también por mi trabajo. Hay una exposición natural como traductor. Si uno tiene que traducir al Dalai Lama ante 150 personas, uno se encuentra con que el público hace una variedad de preguntas que también te llevan a aprender. Y a su vez, todas las preguntas que yo tengo se las hago directamente a los lamas. La tradición oral tiene algo muy importante, que es la idea de continuidad, y es algo que se remonta a Buda. Por eso los lamas insisten en que la enseñanza no se detenga. Un libro es algo seco, en cambio un maestro es un libro húmedo, está impregnado con esa fuerza espiritual. A veces hay maestros que no tienen la experiencia, la vivencia y que son grandes eruditos, y cuando viene un discípulo, que quizá viene bien rumbeado, lo desvían porque le pregunta algo que está fuera de los libros. En cambio, un maestro que no tiene un saber académico, pero tiene la experiencia, nunca va a desviar a un discípulo. Las experiencias de satori que describen las iluminaciones de los maestros zen provienen de este tipo de maestros."

EL HOMBRE QUE RIE

Cuando se le pregunta a Abboud si en su experiencia hubo algún instante de iluminación, algo similar a lo que el budismo zen llama satori, se ríe. Se ríe mucho, tanto que al final la risa termina resultando contagiosa. La misma alegría que se le observa al Dalai Lama, la misma síntesis de liviandad y profundidad la tiene este ingeniero argentino, de familia siria, que tampoco quiere exagerar su rol de traductor del Dalai Lama. "En el año '73 ya empecé a hacer mis traducciones más elementales. Al Dalai Lama lo traduje recién en el '92, en una gira por la Argentina, Chile y Venezuela. En realidad ya había tenido una entrevista muy larga con él en el '72. En aquel entonces él tenía mucho más tiempo. Mientras tanto, iba traduciendo a otros lamas." En 1985, Gerardo, alentado por el regreso de la democracia, decidió volver. En 1983 ya había pasado por Buenos Aires, en coincidencia (como traductor) de la llegada del primer lama al país. Entonces, las 300 personas que concurrieron a aquel encuentro le sirvieron como muestra del creciente interés que había ya por el budismo.

Hoy en día, Gerardo imparte instrucciones de meditación y enseñanzas budistas en el Centro de Budismo Tibetano Dongyuling (*gabboud@uol.sinectis.com.ar*). También estuvo con el Dalai el '99, durante su visita a la Argentina y en Chile. Y el año pasado, en Miami y en cuatro países de Centroamérica y México. "Yo mayormente traduje a otros lamas. Y de vez en cuando traduzco al Dalai", sintetiza a la vez que destaca el buen humor no sólo del Dalai sino de todos los lamas: "El saber que todo es como un sueño, y que todo es hueco, da una gran liviandad. Yo fui muy afortunado, porque en la década del '70 alcancé a conocer a muchos de los lamas de la vieja camada, que fueron mis maestros. Y a la vez también conozco a los de la nueva generación. Tengo todo el espectro".

"Toda la terminología budista está en tibetano y es muy precisa. ¿Por qué? Porque el idioma tibetano fue creado para traducir las enseñanzas budistas, así que las palabras carecen de un trasfondo cultural anterior; no es un idioma que esté cargado de otras connotaciones y significados."

Perseguidos por la República Popular China, los lamas se escaparon del Tíbet en el '49. Cuando Gerardo llegó, hacía sólo 6 o 7 años que se habían establecido en el Himalaya. "Eran pocos los extranjeros que llegaban por entonces. Lo bueno es que de entrada logré enganchar con la doctrina budista, que es muy rica y muy profunda. No te saciás nunca. Conforman un cuerpo muy orgánico de enseñanzas. Aprendiendo distintas partes te das cuenta de que está todo muy interconectado. Es una fuente de conocimiento, pero además es una fuente de vida espiritual."

Las singularidades de la lengua tibetana tuvieron un rol fundamental en su conversión al budismo: "Toda la terminología budista está en tibetano y es muy precisa. El idioma fue creado para traducir las enseñanzas budistas, así que las palabras son muy claras: no tienen un trasfondo cultural anterior, no es un idioma que esté cargado de otras connotaciones y significados. Todos los traductores tenían un código y todos las traducían de la misma manera, no importaba qué traductor era".

El primer rey del Tíbet que decidió instituir el budismo como religión se encontró con que no había en las lenguas locales un idioma con la sofisticación necesaria para expresar cuestiones tan profundas. Así que mandó un equipo de gente a la India para crear un idioma escrito, formal, con gramática, con un alfabeto, etcétera. Y nació el tibetano. "Es un idioma que te traduce la mente con una precisión formidable y que quizá se queda muy corto para describir una turbina de avión, porque es un idioma que se desarrolló de otra manera. En Occidente, las palabras también pueden describir muchas cosas de la mente, pero a la vez tienen un contenido cultural muy fuerte. Si hablás de sabiduría, el sentido que se le da en Occidente no coincide con el que tiene el tibetano. Las palabras tienen un sentido etimológico, pero después de varios siglos van adquiriendo otro sentido además del etimológico. Esa es la diferencia que aportan las culturas. El problema es cuando hay dos culturas que son muy distintas: las palabras occidentales son fantásticas para la cultura occidental. Y las palabras del alfabeto tibetano son fantásticas para el budismo."

Para Abboud, su experiencia como ingeniero le resultó positiva. Parece ser que la tradición espiritual budista es muy científica. "Es una tradición que, a diferencia de otras, alienta los cuestionamientos. Buda dijo que no servía de nada que se tomaran sus palabras con una fe ciega. Eso no genera una transformación. Ese cuestionamiento es justamente el proceso de comprobar la verdad de su enseñanza, de poder asimilarla y aceptarla. En última instancia, el budismo es un entrenamiento de la mente, un estudio minucioso de la mente, para que la mente aprenda cómo investigarse. La causa del sufrimiento es la ignorancia. Si uno no destruye la causa del sufrimiento, todas las alegrías van a ser efímeras. Que Buda haya encontrado con tanta exactitud cuál es la causa del sufrimiento es algo que le da al budismo un valor universal. Como dice el Dalai Lama, el principal objetivo del budismo es encontrar la verdad. ¿Por qué? Porque el encontrar la verdad significa eliminar la ignorancia, y eliminar la ignorancia significa eliminar el sufrimiento. Es así de simple y de práctico." Ⓡ

saliradar@pagina12.com.ar

INEVITABLES

teatro



Maratón de humor

En un inusual maratón teatral, el grupo (H)umoris Dramatis comienza las funciones 2005 con el estreno de *El día que siembre adioses...*, una obra de Guillermo Ghio sobre textos de Jorge Luis Borges, José Hernández y Atahualpa Yupanqui (domingo 30 de enero a las 17); también repone *Beckett Argentinien* (lunes 31 a las 21) y estrena *Azul metalizado*, de Susana Torres Molina (viernes 4 de febrero a las 24). Será sólo un *training* para el estreno del Copi –inédito y a puro impacto– que promete para marzo.

Todo en el Teatro Anfitrión, Venezuela 3340, 4931-2124. Entradas: $ 10 y $ 7 (anticipadas), *www.humorisdramatis.com.ar*

Todo por un agujero

Llueve en la casa de una boxeadora, horadada por un agujero en el techo. Monólogos frenéticos y golpes en *La parte pendiente*, una obra escrita y dirigida por Bea Odoriz, con actuaciones de Carla Baglivo y Gustavo Kamenetzky y música de Ariel Hagman. Una bacanal de cuerpos, palabras y música. Ah, el exceso.

Sábados a las 21 en El Camarín de las Musas, Mario Bravo 960, 4862-0655. Entradas: $ 5 y $ 8.

música



Out of Nothing

Embrace es una banda británica que surgió en 1996, a la sombra de Oasis, lo que los obligó a conformarse con el incómodo lugar de segundones. Ahora, casi diez años después de su debut, acaban de lanzar su mejor disco, que debutó en un merecido primer puesto en Inglaterra. "Ashes", la primera canción, sirve como muestra de un pop de guitarras de estribillos grandiosos y emocionantes. Cualquier tema podría ser un hit, así que es casi injusto que el más difundido sea "Gravity", escrito por Chris Martin de Coldplay. Pero si hacía falta un nombre famoso para que estas canciones se conocieran, bienvenido sea. Gran sorpresa.

Electro viaje porteño

Yira es una flamante agrupación de tango electrónico comandada por Mariano Rucci y Daniel Greco. Su álbum debut combina dos géneros urbanos: el tango y la música electrónica. Un disco esencialmente instrumental que se pasea entre lo nuevo y lo viejo, usa herramientas digitales e instrumentos acústicos y aprovecha tanto la sugestión rítmica de la música electrónica como la gran expresividad armónica del tango.

Salí



Para balconear estudiando a los forasteros que invaden Buenos Aires.

Turista en Buenos Aires

POR CECILIA SOSA

Más que terraza es una pasarela, un balcón o casi un puente suspendido entre cielo y tierra. Ocho o diez mesitas en el pasillo de un angosto primer piso de lo que alguna vez fue: 1) una casona de aristocrática familia argentina de fines del XIX; 2) un conventillo; 3) el primer colegio de sordomudos del país; y 4) ahora, la galería comercial *Paseo de la Defensa*.

Se entra por Defensa, apenas unos metros antes de dar con San Juan y a menos de una cuadra de la Placita Dorrego. Pero llegar al cielo no es sencillo: hay que atravesar patios de damero y enfrentar el tráfico tumultuoso que despiertan los locales de ropa de cuero, fotos antiguas, lectura de tarot y sales de baño; trepar luego una escalera de hierro y al fin descubrir *A San Telmo Sur*, un bar-espacio arte atendido por sus dueñas que se extiende sobre una terraza y conserva algo del vértigo del conventillo. El menú no ofrece mayores novedades: sandwiches, algunas pastas, carnes y ensaladas. Lo que se agradece es el oasis confuso y a cielo abierto que, desde abajo de una sombrilla, permite espiar a turistas y autóctonos que beben cerveza mientras consultan sus guías de viaje y distraerse con los posters de Elvis, Madonna, Gardel y el Che Guevara que decoran un interior casi desierto.

La galería cierra a las 20, horario perfecto para volver al mundo tratando de conservar ese inquietante efecto de sentirse extranjero en la propia ciudad.

A San Telmo Sur, en el primer piso del Paseo de la Defensa, Defensa y San Juan. Abre de miércoles a domingos de 8 a 20.



Furor regionalista en Las Cañitas.

Chola en alza

POR C. S.

No es una novedad que *Las Cholas* cumplió la casi imposible proeza de popularizar las comidas regionales en Las Cañitas. Pero desde octubre, cuando inauguró su enorme terraza, la mejor estirpe local se mata cada noche por un plato de humita en las alturas. Con espacio para 120 comensales, la terraza choleña tiene un aire playero: mesas de madera y sillas con respaldo de paja, piso cubierto de piedritas y clásicos manteles de papel y canasta con crayoncitos de colores.

Si corre brisa, qué mejor que unos tamales norteños, una deliciosa cazuela de calabaza y choclo a la miel o un arrocito choleño (con vegetales, hongos y queso cremoso). Pero para un patriota, como se sabe, no hay clima reacio a la parrilla, así que si el hambre es grave y verdadero nada mejor que el "Gran bife Las Cholas", un bife de chorizo con huevo frito, puré de calabaza, cebollas grilladas, pimiento asado y provoleta. También triunfa la provoleta completa, arden las milangas y alivianan los vegetales a la parrilla. Y en el rubro "con la mano", descuellan las hamburguesas caseras. De postre, la casa sugiere Tres leches (una especie de tiramisú mexicano que viene casi ahogado en ron y con mucha crema), pero ganan los panqueques de dulce de leche, el vigilante y las insoslayables bananas "Las Cholas".

Ahora, la incorporación vespertina de *Las Cholas* es .... ¡el mate!, servido en bandeja y acompañado de bizcochitos o pan, manteca y mermelada. "Queríamos revalorizar un producto nacional y darle un poco de onda", explica el encargado, confirmando los burbujeantes aires de pueblo chico que siempre tuvo y tendrá Belgrano.

No se aceptan tarjetas ni reservas. Para tener lugar en el cielo, hay que llegar temprano.

Las Cholas queda en Arce y Arévalo, 4899-0094. Todos los días de 12 a 1.

video



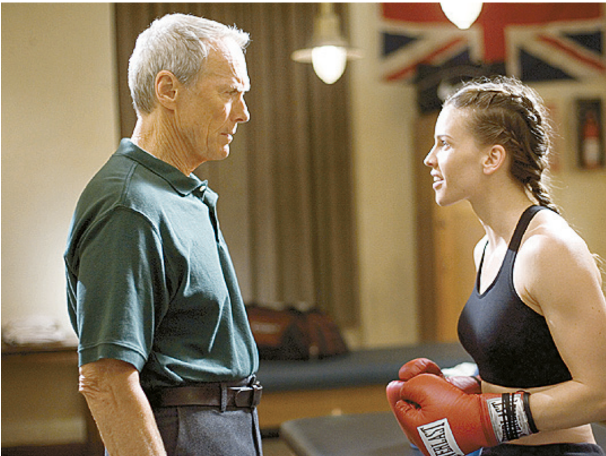
Si tuviera 30

Remake apenas disimulada de *Quisiera ser grande* con algunas ideas a préstamo de *Peggy Sue: su pasado la espera*. *Si tuviera 30* es una película perfectamente "generacional": nadie podrá apreciarla tan bien como los que hoy bordean los treinta, que la valorarán, ahora, en sintonía con esa entelequia que es la "nostalgia de los '80". La protagonizan una muy simpática Jennifer Garner (la espía de la serie *Alias*) y el versátil Mark Ruffalo. El *soundtrack* combina los sonidos potentes y ochentosos de Rick Springfield, Talking Heads, Belinda Carslile, Billy Joel y la canción "El amor es un campo de batalla" de Pat Benatar.

La venganza de Sweetback

Un film escrito, dirigido y protagonizado por Mario van Peebles. No es poca cosa: Mario hace de su propio padre, Melvin van Peebles, autor de *Sweet Sweetback's Baadasssss Song*, film seminal del *blaxploitation*, el boom del cine negro de bajo presupuesto de los años '70. Didáctica (señala el lugar que ocupó aquella película en la historia racial de los EE.UU.), autorreflexiva, enérgica y militante, no pasó por las salas y va directo al video.

cine



Semana de la crítica

Del jueves 3 al miércoles 9 de febrero se realiza la VII Semana de la Crítica organizada por Fripesci. Se preestrenarán siete películas nacionales y extranjeras: *Million Dollar Baby* de Clint Eastwood (sábado), *Entre copas* de Alexander Payne (domingo) y *El aviador* de Martin Scorsese (miércoles), tres candidatas fuertes al Oscar. También se verá *Whisky* de Juan Pablo Rebella y Pablo Stoll (jueves), *Kinsey* de Bill Gordon (viernes); *Otra vuelta* de Santiago Palavecino (lunes); y *Como una imagen* de Agnès Jaoui (martes).

En el Hotys Cinema del Abasto.
Entrada: $ 6.

New American

Continúa el ciclo "New American Cinema Group" con la proyección de *La conexión* de Shirley Clarke (domingo 30); *Castillo de arena* de Jerome Hill y *David y Lisa* de Frank Perry (lunes 31); *El soldadito* de Jean-Luc Godard (martes 1º); *El intruso* de Roger Corman (miércoles 2); *El cuchillo bajo el agua* de Roman Polansky (jueves 3); *Aleluya, las colinas* de Adolfas Mekas (viernes 4); y *Los carabineros* de Jean-Luc Godard (sábado 5).

A las 14.30, 17, 19.30 y 22 en la Sala Leopoldo Lugones
del Teatro San Martín, Corrientes 1530. Entrada: $ 4.

televisión



American Idol

Cuarta temporada del show cazatalentos más famoso de Estados Unidos. Ahora, que recién empieza, es el mejor momento: el casting. La colección de orates cantantes que los jueces tienen que soportar es inimaginable, tanto como es enorme el alivio cuando aparece alguno medianamente carismático que, además, es capaz de afinar. El jurado, mejor que nunca: Paula Abdul, toda dulzura y pena; el simpático Randy Jackson y el extraordinariamente maligno Simon Cowell, que debe pasarse noches en vela pensando esas evaluaciones tan pero tan hirientes que propina.

Los lunes a las 20
por Sony

3 Interview

Con un formato sencillo, este programa ilumina nuevas facetas de celebridades locales. Tríos improbables –por ejemplo Marley, Matías Martin y Ronnie Arias– unidos por un cuestionario común que pregunta sobre gustos, fantasías, temores y ambiciones revelan preferencias que pueden resultar sorprendentes. Un programa de Iván Larsen.

Los lunes a las 15.30, 19.30 y 23
y los sábados a las 15.30 por Canal (á)



Con La Farmacia abierta

Cocina-arte, masajes y boutique en pleno San Telmo.

POR C. S.

Una terraza de verdad, con macetas y malvones, baldosones rojos y esos balcones altos y amurados que obligan a ponerse en puntitas para espiar qué pasa en la calle. Música suave y manteles negros con lunares fucsias o verdes, sombrillas para el día y velas para la noche. El bar-restó *La Farmacia* ocupa una esquina de Bolívar y Estados Unidos: una vieja casona que supo ser farmacia y ahora evoca su pasado en unos enormes frascos de vidrio que guían el ascenso a la terraza.

Atenta a la fiebre de hostels de la zona, la "cocina arte" del lugar ofrece promociones de merienda y desayuno con tortas caseras (manzana, chocolate, brownie, lemon pie) y menús de mediodía con plato principal, bebida y postre entre $15 y $18. ¿Ejemplos? Fetuccini negros con salsa de salmón o medallón de lomo con puré de espárragos; mousse de frutilla o flan casero. Todo con ese *touch* de modernidad recién aprendida de la despuntante República de San Telmo.

La Farmacia figura en las guías de viajeros como *gay friendly*. En la bañadera con patas del cuarto de baño antiguo, en medio de una alegre selva de macetas y a la luz de lamparitas rojas, se remojan Adonis y nínfulas en estricta división sexual. Menos metafórico, acaso, el tarjetero de servicios @, que ofrece pubs, salidas, masajes, chat, depilación masculina y programas de radio gay desde el confidencial living del primer piso. Durante la semana hay talleres de plástica y cursos de teatro en inglés, y en la planta baja funciona una boutique donde imperan camperitas ajustadas, jeans caídos y bufandas artesanales. ¿Consejo? Calzarse un gorro tejido hasta las orejas, enfilar a la terraza y no moverse hasta que refresque.

La Farmacia, Bolívar 898 (y Estados Unidos), 4300-6151.



Sol del Alto Perú

Clásicos peruanos y cocina de autor en un clima diáfano y perfumado.

POR C. S.

Son ocho mesitas blancas como la nieve protegidas por un techito de caña y rodeadas de glicinas, piedritas y enamoradas del muro: blanca, límpida y luminosa, lejos de la historia y ajena a todo drama, la terraza de Zadvarie es un verdadero primor. El restó reúne la sofisticación palermitana con la más exótica cocina de "inspiración peruana". ¡Cuánto glamour adquiere de pronto el ceviche mixto o el seco de cordero si viene con pisco sour y se disfruta a la luz de las estrellas! Ni qué hablar del chaufa de pescado y mariscos o las deliciosas papas a la huancaína.

A los que prefieran los interiores, Zadvarie ofrece una planta baja igualmente transparente, despojada y blanca, a lo que se suma el confort del aire acondicionado y un amplio frente aventanado. Arriba y abajo reinan los platos de Hugo Cevallos Varas, un peruano auténtico que deleita con comidas típicas y cocina de autor. Si atemoriza el crocante de cerdo o el chicharrón de mar, se puede optar por una delicada lasaña de rabo y conejo o una ensalada de quinoa, cereal al que los incas otorgaban poderes mágicos y que la nouvelle cuisine rescató por lo sanito y sabroso. Los precios también tienen alma. Al mediodía se puede acceder por sólo $10 a una terrina de cous-cous, hongos y alcauciles y un plato principal de pechuguitas marinadas con crôute de frutos secos y ensalada de garbanzos, cebollas moradas y cilantro. Para la noche se recomienda las carnes (lomo, salmón o entraña) con milhojas de zanahoria y endivia o batatas horneadas. ¿De postre? Flan de miel de caña con quesillo, parfait de mango o volcán de chocolate.

La carta de tragos es larga y sofisticada. Pero los *must* son los que vienen con pisco (peruano y del verdadero), el mojito y la caipirinha. El secreto mejor guardado: la *chica morada*, un jugo de maíz hervido con manzanas, canela y ananá que se sirve *frozen*, con lima y azúcar. Ideal para tomar en la terraza y planear la próxima vacación a Machu Picchu.

Zadvarie: Uriarte 1423, 4831-2719. Mediodías de lunes a lunes de 12 a 16, y noches de martes a sábados de 20 a 24.

EL OTRO NUREMBERG

Casi veinte años después del juicio de Nuremberg, sin jueces extranjeros ni bajo leyes internacionales, y con la indiferencia de buena parte de la población, se llevó a cabo en Frankfurt el juicio más importante de la historia germana: el que sentó en el banquillo no a los autores sino a los cómplices, ayudantes y miembros de la segunda línea involucrados en el genocidio de Auschwitz. Una edición en DVD recupera, por primera vez para el gran público, el material completo de aquel polémico proceso que condenó a 22 criminales considerados hasta entonces invisibles.



EL HORROR EN SERIE: AUSCHWITZ EL INVIERNO DEL 1942.



QUIEN QUIERA OIR QUE OIGA: FRENTE A LA PRENSA PERO CASI IGNORADOS POR EL PAIS, SE LLEVAN ADELANTE LOS JUICIOS EN FRANKFURT.

POR ARIEL MAGNUS

Dieciocho años después de la liberación de los sobrevivientes de Auschwitz, no en Nuremberg sino en Frankfurt, y no frente a jueces extranjeros y bajo leyes internacionales sino ante una corte alemana regida por el código legal de ese país, 22 asesinos nazis tuvieron que responder por los crímenes cometidos en el campo de concentración liberado por los rusos hace ahora sesenta años. La acusación abarcaba 700 páginas y se basaba principalmente en las declaraciones de 252 testigos, dos tercios de los cuales eran sobrevivientes y el resto ex miembros del personal de la SS del campo. El juicio, donde el número de testigos ascendió a 360, incluyó una visita al lugar de los hechos, que en ese momento se encontraba detrás de la Cortina de Hierro. Después de largos 183 días de litigio, en agosto de 1965, se dictaron las controvertidas sentencias, que incluían algunas cadenas perpetuas pero varias penas menores e incluso algunas absoluciones. El así denominado Auschwitz-Prozess o Juicio de Auschwitz es el más importante de la historia de Alemania, además del mejor documentado: 430 horas de grabación (pensadas en un principio como ayudamemoria para los jueces), 20.000 folios, centenas de planos, fotos y demás documentos engordan las actas, razón por la cual nunca fueron trabajadas para el gran público. Una edición encuadernada habría insumido 60 volúmenes, y una en formato de Audio-CD más de 350 discos. Recién con el DVD se tornó factible la posibilidad de acercar este material por un precio accesible, y eso es precisamente lo que se propusieron el Fritz-Bauer Institut y la Biblioteca Digital de Directmedia para conmemorar los 40 años del evento.

INDIFERENCIA MADE IN GERMANY

Aunque el DVD no contiene absolutamente todo el material del juicio (de las 430 horas de grabaciones magnetofónicas sólo se reproducen 100), los ensayos sobre las instancias previas, sobre los problemas jurídicos a los que se enfrentaron los jueces y sobre la historia del campo de concentración, así como las bio y bibliografías, los índices y las más de 500 fotos facilitan el manejo del material, a la vez que lo ponen dentro de su contexto histórico. En ese sentido, el DVD no sólo ofrece por primera vez los pormenores del juicio de Auschwitz en una edición accesible al público (45 euros), sino que de alguna manera reproduce también lo que el juicio significó dentro de la historia de Alemania. Cuarenta años después de dictadas las sentencias, el gran público puede acceder a los documentos de un juicio que instauró el tema dentro de una sociedad alemana que hacía veinte años venía haciendo todo lo posible por ignorar que "los asesinos –como se tituló la primera película alemana filmada después de Auschwitz– están entre nosotros".

"Creo que habría que terminar de una vez de enjuiciar a personas por hechos que cometieron hace muchos años; me parece que sería bueno poner un punto final." A esta respuesta adhirió el 54% de los alemanes en una encuesta realizada en octubre de 1963, pocos meses antes de que empezara el juicio. Sólo un tercio de los encuestados apoyó la idea de que los crímenes no prescriben, por mucho tiempo que haya transcurrido. Durante el juicio mismo, aun cuando la prensa nacional e internacional lo siguiera paso a paso, la mayor parte de la ciudadanía prefirió no darse por enterada. Tampoco es de extrañar. Alemania se encontraba por ese entonces en el medio de su milagro económico. Demasiado le había costado transformar el "Made in Germany" peyorativo de los primeros años de posguerra en símbolo de calidad y eficiencia como para ocuparse de pronto de su pasado. Para colmo, la anacrónica afrenta no provenía de afuera sino de las propias filas.

Pocos meses antes de que empezara el juicio, sólo un tercio de los encuestados apoyó la idea de que los crímenes no prescriben, por mucho tiempo que haya transcurrido. Durante el juicio mismo, aun cuando la prensa nacional e internacional lo siguiera paso a paso, la mayor parte de la ciudadanía prefirió no darse por enterada.

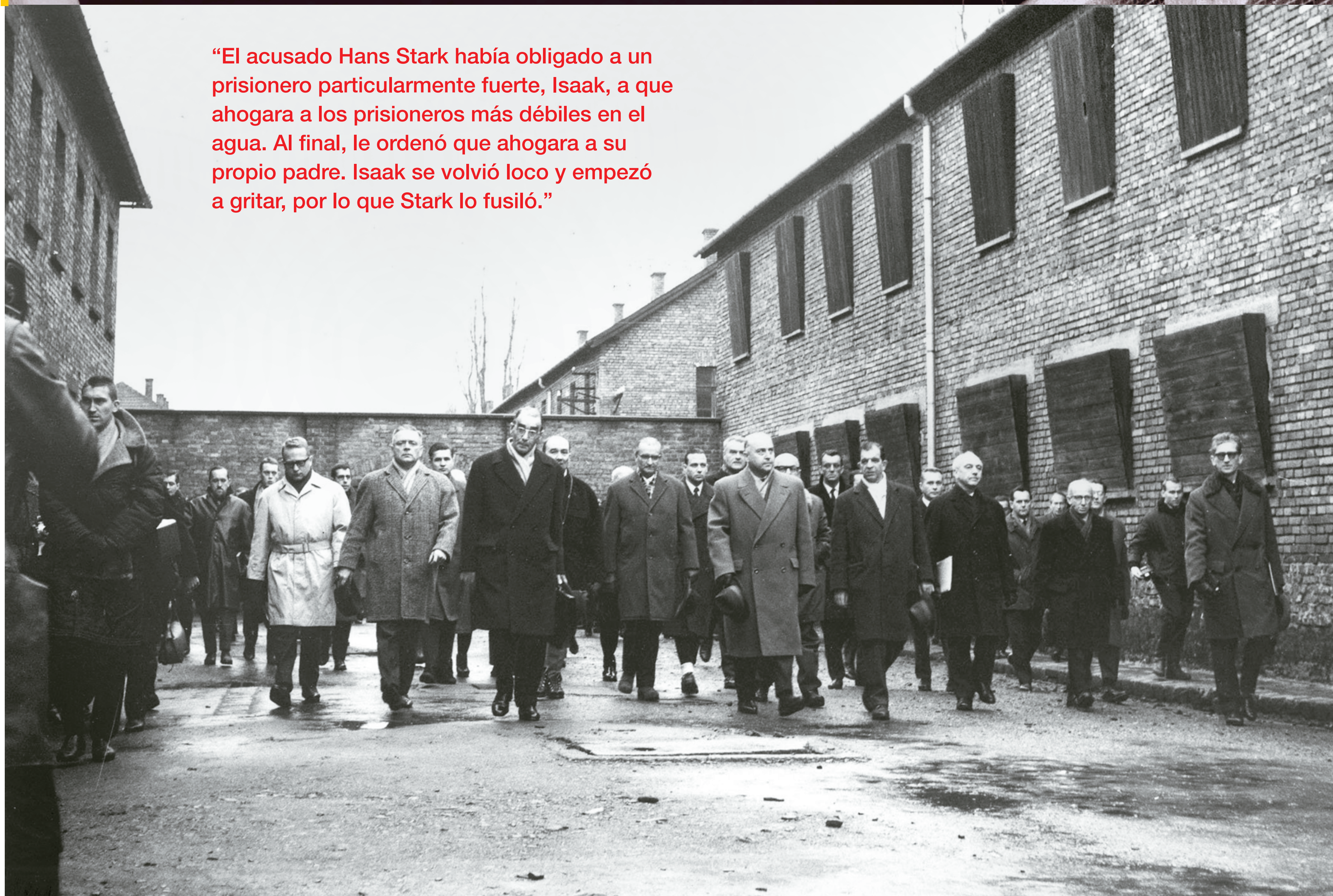
LOS CRIMINALES INVISIBLES

Fritz Bauer, quien antes de ser el nombre de un instituto fue el mentor principal del Auschwitz-Prozess, nació en Stuttgart en 1903 y tuvo que huir de los nazis en 1936. En 1949, volvió a Alemania y, siete años más tarde, fue nombrado fiscal general en Frankfurt. Fue él quien puso a la Mossad en la pista de Adolf Eichmann. Como temía que la Justicia alemana negara la extradición, o que miembros del Poder Judicial allegados a Eichmann lo alertaran a tiempo antes de su captura, se dirigió en secreto a la policía secreta israelí, que en 1960 dio con Eichmann en Argentina y secretamente se lo llevó a Israel.

"El Auschwitz-Proze. fue el juicio más largo de la historia alemana, cuando en realidad podría haber sido el más corto –declaró Bauer poco antes de su muerte en 1968–. Lo cual no significa que eso hubiera sido deseable desde un punto de vista pedagógico." Bauer sabía que no era tanto el juicio en sí sino su significación simbólica lo que importaba. El juicio de Nuremberg en 1948 se ocupó de los cabecillas del régimen y el juicio a Eichmann en 1961 mostró un ejemplar del "criminal de escritorio", pero recién con el juicio de Auschwitz se pudo investigar a fondo la fábrica de la muerte que había funcionado bajo Hitler en el ejemplo de su máquina más perfecta. Por primera vez también, los acusados eran "gente común", por lo que los "criminales invisibles", muchos de ellos ciudadanos "normales" de la Bundesrepublik, adquirían por fin un rostro, un oficio, un acento peculiar de acuerdo a su lugar de origen.

Pero lo que por un lado servía en términos sociológicos, era la mayor dificultad desde el punto de vista jurídico: en todos los casos se trataba no de autores sino de cómplices, ayudantes, soldados de segunda línea. La estrategia de los fiscales apuntó entonces a registrar "excesos" en el cumplimiento del deber, algo que incluso con la cantidad de testigos no fue fácil de demostrar, y que no pocas veces dio lugar a situaciones delicadas. "El código de procedimiento penal era para muchos más importante que la humanidad –recuerda Inge Deutschkorn, periodista y escritora alemana que sobrevivió a la guerra escondida y cubrió el juicio para el diario israelí *Maariv*–. Esto se vio no sólo en las bajas penas que recibieron los acusados, sino también en el trato personal durante el proceso. Cuando un testigo contaba que su mujer y sus hijos habían sido gaseados y el juez le preguntaba: '¿Lo vio con sus propios ojos?', yo pensaba si la investigación no se podría haber hecho de otra manera." Como explica el responsable de la edición en DVD: "Por eso es que el Auschwitz-Prozess muestra también la incompetencia y las deficiencias de la Justicia alemana al ocu-

> **“El acusado Hans Stark había obligado a un prisionero particularmente fuerte, Isaak, a que ahogara a los prisioneros más débiles en el agua. Al final, le ordenó que ahogara a su propio padre. Isaak se volvió loco y empezó a gritar, por lo que Stark lo fusiló.”**



RECONSTRUCCION DE UN GENOCIDIO: LOS 22 ACUSADOS VUELVEN A AUSCHWITZ JUNTO AL JUEZ, LOS ABOGADOS Y LOS FISCALES EN 1964.

parse de estos crímenes en base a las leyes vigentes”. Concretamente: gracias al anacrónico código penal de 1871, sólo seis de los acusados fueron sentenciados a cadena perpetua. La mayor parte de los que alcanzaron el final del juicio (dos recibieron la justicia biológica en el ínterin) salieron con penas que iban de ridículos 3 a 14 años de prisión. Tres, incluso, fueron absueltos. Pero no hay que quitarles méritos a los acusados mismos, quienes según escribió Hannah Arendt –presente durante el juicio– “demostraron una notable tendencia a la adaptación al respectivo entorno, la cualidad de por así decirlo ‘ponerse en sintonía con los otros’ en un instante”.

EL ESTRUENDO Y LAS VOCES

“Un estruendo: la/ verdad misma/ comparece/ entre los hombres/ en medio del/ revoltijo de metáforas”, escribió Paul Celan basándose en las palabras del testigo Alexander Princz, quien habló de “un estruendo” para explicar qué es lo que se escuchaba dentro de las cámaras de gas cuando se abrían las ventanillas donde se echaba el Zyklon B. Como tantos otros escritores, también Peter Weiss se valió del juicio para hacer literatura. El mismo año en que se cerró el juicio dio a luz “La indagatoria”, un espeluznante oratorio en 11 cantos construido exclusivamente con las voces de jueces, testigos y acusados. Hasta hoy era prácticamente imposible escuchar las voces originales. Con los audios del proceso, es posible trasladarse ahora a esa sala del juzgado de Frankfurt que imaginamos opresiva y tensa para oír en vivo la voz de víctimas y victimarios. El DVD es por eso, ante todo, una experiencia. Nada agradable, por cierto:

◆“En noviembre de 1944 llegó un camión con niños –cuenta la testigo Dounia Zlata Wasserstrom, traductora del SS Wilhelm F. Boger–. Paró cerca de la barraca. Un niño de cinco o seis años bajó de un salto del camión. Tenía una manzana en la mano. Boger fue hasta donde estaba el niño, lo agarró de las piernas y lo tiró de cabeza contra la pared. La manzana se la guardó. Después me ordenaron limpiar ‘eso en la pared’. Lo hice. Una hora más tarde vino Boger y me llamó para que le tradujera. Estaba comiendo la manzana.”

Boger: “Todo eso es un invento”.

◆ “El testigo Józef Kral declaró que el acusado Hans Stark practicaba un así denominado ‘deporte’ –explica el juez–. Esto es, metía a los prisioneros una y otra vez dentro de una cuba o un agujero con agua hasta que la debilidad ya no los dejaba levantarse. Para colmo había obligado a un prisionero particularmente fuerte, Isaak, a que ahogara a los prisioneros más débiles en el agua. Al final, le ordenó a este Isaak que ahogara a su propio padre. Isaak se volvió loco y empezó a gritar, por lo que Stark lo fusiló.”

◆ “Ayudé a matar a muchas personas, lo supe desde el principio y sin reservas –declaró Stark, que al momento de los hechos tenía menos de 21 años–. Después de la guerra me pregunté varias veces si eso me convertía en un criminal. No encontré ninguna respuesta satisfactoria. Yo creía en el Führer, quería servir a mi pueblo. En ese entonces yo creía que lo que hacía era correcto. Hoy sé que las ideas en las que creí están mal. Lamento mi equivocación, pero no puedo deshacer lo hecho.”

◆ “De repente vi delante mío a un oficial de la SS con una moto –cuenta el húngaro Albert Ehrenfeld–. Según sus señas, las personas recién llegadas como yo debían ir hacia la izquierda o hacia la derecha. Al lado mío había un farmacéutico llamado Deutsch. Acababa de llegar de Ucrania con los pies congelados. Él conocía a ese hombre, se llamaba Capesius. Se acercó a él y le preguntó qué significaba que a algunos los mandaran para la izquierda y a otros para la derecha. El Dr. Capesius respondió que los que iban hacia la izquierda no tenían que hacer trabajo pesado. Que la tenían fácil, que la pasarían mejor. Las mujeres con hijos fueron todas hacia la izquierda. Incluidos mi mujer y a mis hijos. Nunca más los volví a ver.”

◆ “En Auschwitz no le hice daño a nadie –declara el Dr. Capesius, encargado de la farmacia de Auschwitz y cómplice activo en el gaseamiento con Zyklon B de por lo menos 8000 personas–. Era amable con todos, amistoso y servicial en todo lo que podía. Estuve varias veces en la rampa, pero nunca seleccioné. Cumplí con mi tarea de farmacéutico lo mejor que me permitieron las circunstancias. Con mi ayudante, el prisionero judío Strauch, mantuve una amistad aun terminada la guerra. Yo no hice nada en Auschwitz que me transforme en culpable, pido por eso mi absolución.” R

valedecir

TV *VIL METAL*, EL PROGRAMA DONDE COBRA EL MAS TRAMPOSO

Codicia



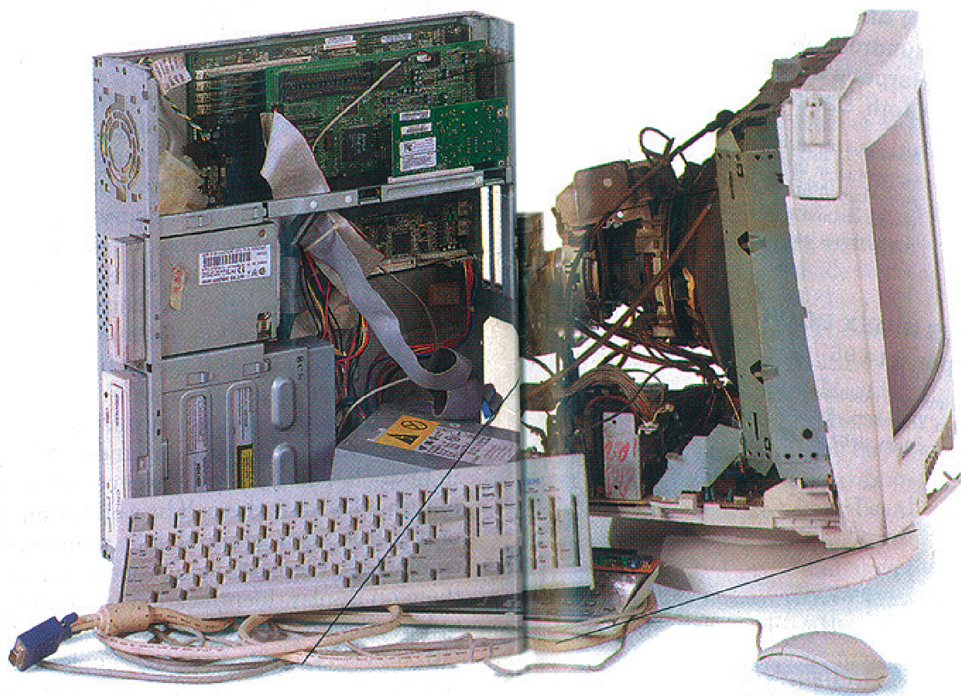
POR MOIRA SOTO

De caballero, minga. Poderoso, sin la menor duda. Los billetes contantes y sonantes que están en una caja de cristal en el centro de la mesa redonda presumiblemente suman 50 mil nacionales. En torno de ellos, seis jugadores ávidos mentirán, se confabularán y estafarán para quedarse aunque más no sea con 5 mil en el programa *Vil metal* (América, de lunes a viernes a las 23). El dinero, ese medio de cambio que a su vez ha cambiado tanto a través de los siglos –desde las conchas y caracoles iniciales hasta las distintas monedas de metal, antes de llegar al papel– siempre ha estado ligado a la pasión de la codicia, tan envilecedora. Porque si por la plata baila el mono (y cobra el amo), por las herencias se rompen familias antes unidas, y cuando se mezclan amistad y negocios las consecuencias –es bien sabido– suelen ser nefastas.

Este poder del dinero es el que explota con minuciosidad y alevosía el programa dirigido por Marcelo Bassi que hace algunos puntitos de rating, los suficientes para esa hora y ese canal. Entre los seis participantes que relatan sus motivos para apostar, hay algunos que fingen con tranquilo cinismo, y no es fácil descubrirlos. Recién en el último bloque se conoce la verdad de la milanesa.

Las historias son variadas: se pueden inventar desgracias personales, apelar a niñitos enfermos o a la necesidad de un tratamiento para tener un bebé (cosa que hizo Paula el martes pasado, y estuvo a un pelito de ganar). En el curso de varias rondas de votaciones, los jugadores se van eliminando entre sí, luego de establecer alianzas que generalmente pisotean sin pestañear. Y no es raro que los traicioneros avancen y que gane el mentiroso más taimado a la hora de engatusar a los otros.

Si *Vil metal* funciona como un entretenimiento de pasable suspenso es gracias a una sintética edición que condensa en diálogos breves las largas charlas conspirativas que mantienen, de a dos, los concursantes. Y también porque se plantea un enigma (¿quiénes mienten?, ¿quiénes dicen la verdad?) difícil de descifrar para el público: los jugadores, obviamente aleccionados, no trasparentan emociones, y la documentación que traen puede ser fraguada. Se podrá alegar que es un juego como tantos otros, donde gana el más tramposo, y que nadie está obligado a jugarlo. Pero la expresión desconsolada de Patricia –la chica que de verdad quería repatriar a una amiga varada en España– frente a la deslealtad ruin de Guillermo –cuyo pretexto, por otra parte, era falso– dejó flotando en el aire una inconfortable sensación de indecencia triunfante. Ⓡ



El fantasma en la máquina

Cómo las computadoras rotas están aniquilando al mundo.

La información digital será etérea, pero las computadoras que la contienen son bien materiales. Tanto, que ya existen cementerios a los que van a parar los modelos obsoletos para ser desarmados por ejércitos de desdichados en la peor pobreza. Esos cementerios son pesadillas de veneno, servidumbre infantil y vidas cortas marcadas por el cáncer y la intoxicación. La clave está, por supuesto, en los materiales con que se hacen las computadoras.

La vida útil promedio de una computadora en el primer mundo es de dos años. Cada día, los norteamericanos sacan de servicio 163.240 unidades: 3513 toneladas de tecnología transformadas en basura. Para fines del 2002 se habían tirado a la basura –o "entregado para reciclaje", como se dice entre gente educada– 12.800.000 computadoras, de las cuales una ínfima cantidad se recomercializa como repuestos. Uno en cinco de estos cadáveres es desarmado, reciclado, compactado o enterrado en EE.UU. El 80 por ciento es retirado del país por *brokers* a los que se les paga para que los lleven a desarmaderos en lo más profundo del tercer mundo.

Los tres más grandes son el de Chennai, en India; el de Karachi, en Pakistán; y el de Guiyu, en China, un pueblito al este de Hong Kong donde hasta hace pocos años se cultivaba arroz y en el que viven ahora 100 mil cartoneros del plástico, desarmando computadoras.

Lo que buscan son sus componentes químicos. Con un martillo, se rompe la cobertura del tubo catódico del monitor para sacar el alambre de cobre de la bobina, que se revende al equivalente de dos pesos y cuarenta centavos. Los martillazos siempre quiebran el tubo, que es de vidrio revestido internamente de plomo, y los pedazos van a parar a los desagües y arroyos. No sorprende que Guiyu tenga 190 veces el nivel de plomo aceptable en su agua potable, y que los informes sobre defectos de nacimiento, tuberculosis y problemas respiratorios sean astronómicos.

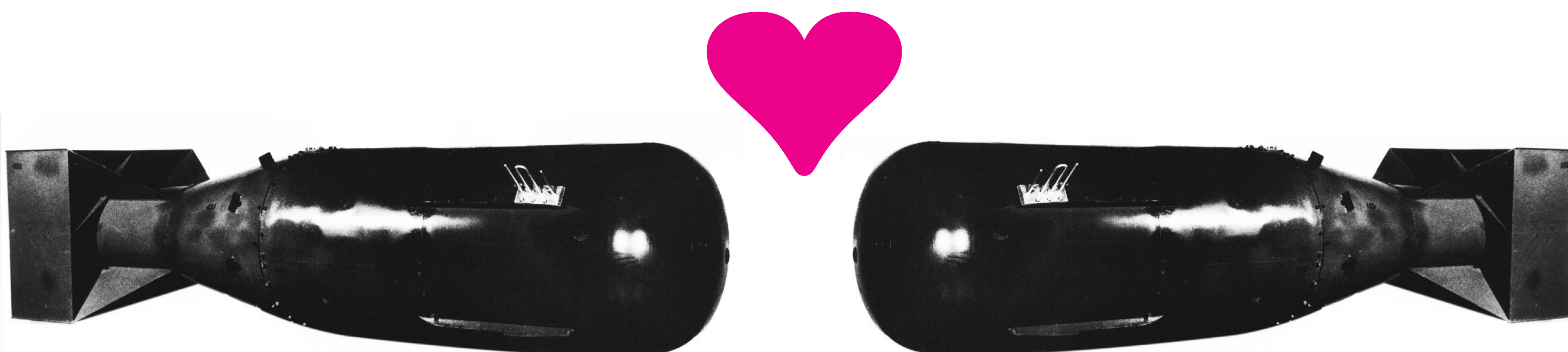
Luego viene el wok. Sobre un fueguito de carbón, al aire libre, se pone estaño de soldadura a hervir y se sumerge cada placa de circuitos. Al minuto, ya flojos, se pueden sacar con una pinza los chips, que se sumergen en una mezcla de ácido hidroclórico y ácido nítrico. Esto desprende cantidades ínfimas de oro de los conductores, que son rescatados porque valen el equivalente a seis pesos argentinos. El ácido es arrojado sin más en el desagüe (junto al plomo), lo que explica que la tierra en Guiyu tenga un Ph de 0 y que desde hace cinco años el gobierno lleve agua en camiones para que nadie pruebe siquiera la de las napas locales.

Mientras se rescata el oro, otros queman los cables en zanjas al aire libre para rescatar los 27 centavos de cobre que contiene cada uno. El problema es que los cables están cubiertos de PVC, que al quemarse expide cantidades de dioxinas, un carcinógeno de particular eficiencia.

En todos los cementerios de computadoras, los chicos caminan por el barro contaminado y respiran el aire envenenado mientras separan por colores los plásticos en grandes pilas para reciclado, éste sí industrial. El ingreso promedio por día de sus padres es el equivalente a cuatro pesos. ¿Por qué? Porque, como siempre, la parte del león se la lleva el intermediario, el que recibe en EE.UU. entre 10 y 30 dólares por computadora para llevárselas a alguna parte y que luego se las vende a los desarmadores chinos, paquistaníes o indios. Ⓡ

Cómo aprendí a amar la bomba

Increíble: el Pentágono trabajó en una bomba capaz de convertir en gay al enemigo



Después de la Gran Guerra, la Guerra Nuclear, la Guerra Fría, la Guerra Bacteriológica y la Guerra Sucia –entre otras guerras con menos personalidad–, el Proyecto Sunshine, una organización que se dedica a exponer investigaciones sobre armas químicas y biológicas, acaba de revelar unos planes para un nuevo tipo de enfrentamiento bélico en los que estuvo involucrado el Pentágono y que podrían haber marcado la última tendencia de la moda en guerras para fines del siglo XX y comienzos del XXI. Según documentos secretos recientemente desclasificados, los habitantes del edificio de las cinco caras intentaron, hace unos diez años, generar un nuevo tipo de arma capaz de arrasar con la disciplina y la moral de las tropa enemigas, en pleno combate. Así fue como dieron con el proyecto más acariciado de la historia de la inteligencia militar: un arma afrodisíaca cuyo poder, una vez detonada entre las tropas enemigas, sería el de volver a los hombres "sexualmente irresistibles entre ellos", provocando "un golpe a la moral y la disciplina" del ejército de enfrente. La inducción de una conducta homosexual entre las filas del enemigo, estimaron los cráneos detrás de "la bomba gay", tendría un efecto devastador, "de mal gusto" (sic) pero "para nada letal".

El artefacto encabezaba una larga lista de ideas, invaluables todas ellas, para el desarrollo de armas químicas destinadas a atraer enjambres de abejas enfurecidas o ratas rabiosas; un químico capaz de provocar una severa halitosis (en otras palabras: mal aliento) que facilite la identificación de guerrilleros que intenten pasar desapercibidos entre la población civil; una sustancia que torna la piel demasiado sensible para la luz solar, y un largo etcétera. Las propuestas, provenientes del laboratorio de la Fuerza Aérea norteamericana en Dayton, Ohio, datan de 1994. Por aquel entonces, el laboratorio se contactó con el Pentágono en busca de fuentes de financiamiento con un proyecto que se describía como "químicos para el acoso, desconcierto e identificación de los malos".

No se sabe si el Pentágono procedió con la bomba Gay o con alguno de los otros proyectos; pero seguro que fue el plan más bizarro y enrevesado desde la Bomba que Desnuda del Super Agente 86. Ⓡ



1855. Berlín. Como todos los años, los más célebres filósofos alemanes participan del concurso Das Koppen Aforitz que premia la frase o aforismo más copado.
He aquí los tres finalistas con sus respectivas frases



2005. Punta del Este. Leticia Bredice y Alan Faena vuelven a juntarse al enterarse de que están esperando un hijo. La buena noticia pronto llega a Sri Lanka



Insomnia *(Jeff Wall, 1994, transparencia en caja luminosa, 172 X 213 cm).*
Wall nació en Vancouver en 1946, donde vive y trabaja actualmente. Su trabajo durante el último cuarto de siglo consistió principalmente en enormes transparencias montadas sobre cajas luminosas que, según se expresa en la introducción del libro dedicado a su obra que editó Phaidon en 1996, combinan "el brillo de la pantalla cinematográfica con la presencia física de la escultura minimalista". A favor de la composición en fotografía, opuesto a la tecnología digital, sus "cuidadosas puestas en escena muestran relaciones sociales cotidianas y exploran el corazón de las tinieblas que late detrás de la fachada destellante, saturada de pantallas electrónicas, del siglo XX".

Hasta que el sueño venga

POR MARCELO GROSMAN

La de Jeff Wall es una obra que sólo habría que ver en vivo: tratándose de cajas de luces gigantescas con imágenes casi de tamaño natural (que hacen referencia a la cajas luminosas publicitarias de la calle), está claro que algo se pierde en las reproducciones.

La sensación que tengo con esta foto es que pertenece a la etapa de la fotografía post-heroica; de cierta cotidianidad. Eventualmente, a las personas nos acontecen más cosas personales en estos instantes que en los grandes momentos épicos: ¿quién no pasó una noche así? No sé si debajo de la mesa de la cocina, que es casi una vuelta animalesca, que es como lo hacen los perros, pero me imagino una noche de insomnio interminable. La foto tiene un componente de tiempo importante: hace absolutamente transparente la instancia del tiempo, que en un principio estaría como congelado. Me imagino la cantidad de horas de insomnio de este tipo.

Y lo que me interesa de Wall y de esta foto en particular es que las suyas son producciones casi cinematográficas, así como ésta es como una película obsesiva de ocho horas. Y algo más: las fotografías siempre hacen referencia más a lo que está fuera de campo que a lo que está adentro; y existe la paradoja de que a pesar de que sabemos que son momentos reales no son necesariamente verdaderos. Pero en este tipo no existe el fuera de campo: como es *su* creación, su obsesión, su universo, la foto es sólo lo que está adentro. Entonces, al no haber fuera de campo, por más que sean "falsas", son absolutamente verdaderas. En la obra de Wall sólo importa "lo que está adentro", son universos cerrados.

Las fotografías de Wall tienen esa cosa de sobreactuación: es hiperreal, falsa e hiperreal a la vez, es una paradoja constante. Son más reales que la realidad porque todo el mundo sobreactúa lo que está haciendo en ellas. Hace unos años se puso de moda una fotografía doméstica, que era absolutamente, verdaderamente doméstica, pero que por su sobreabundancia se hizo menos interesante: imaginémonos todos seres humanos haciendo fotos domésticas e intentando convertirlas en obras de arte; sería desquiciante. Todo lo privado hecho público. Y este tipo utilizó una estrategia inversa que fue ficcionalizar lo doméstico, ya que llegar a un instante mínimo como el de esta imagen era absolutamente improbable. Lo que produce entonces es esta inquietud, como si fuese absolutamente verdadero pero a la vez está saliendo de la mente de este tipo, que parece que entiende algo de la vida. Hay que poder llegar a eso, hay que poder imaginarse ese tipo de situación. Esta fotografía post-heroica, a pesar de ser un instante privado, es igualmente político, y el mérito de Wall es utilizar una serie de competencias que posee para decir que lo que condujo a este señor debajo de la mesa esa noche, es indudablemente un "estado de cosas", y eso es de origen público o político.

Creo que Wall, a pesar de ser alguien del Primer Mundo, un artista de un país central, hace con esta foto algo universal: ésta podría ser la cocina de un departamento de Constitución, la de cualquier persona que viva en una ciudad moderna, digamos. La ropa, el detalle del salero; hay un montón de cosas mínimas que son, me parece, de suma importancia. Y que a la vez están fuera de escala; él es más grande de lo que debería; hay algo que lo hace desproporcionado, como un 10% más grande que los objetos que lo rodean. Uno podría imaginarse que en realidad el tipo está soñando en su cama, y que sueña que está en la cocina, y por eso es que nada es preciso y él es más grande que los muebles. Es algo raro y me refuerza la sensación de inquietud. Algo que, como decía al principio, si bien no cuenta nada épico, dice algo sobre el alma humana, algo que tiene una dimensión enorme dentro de su instancia mínima. ®





ROBAR LIBROS

¿Quién no robó y huyó con un libro bajo el brazo? Algunos jamás lo hicieron pero estuvieron tentados. O no ven mal que otros lo hagan. Los escritores confiesan aquí sus pecadillos de juventud mientras que los libreros revelan la verdad actual –mercantilista y organizada– del romántico asunto de afanarse un libro para leerlo en la buhardilla a la luz de una vela.

POR ANGEL BERLANGA

¿Robar o no robar un libro? *Nunca en mi vida. Una sola vez. Uf, tantos. Jamás me animé. Me acuerdo de una muy justiciera. Ese libro era para mí y no tenía plata. Todo el mundo tiene en su historia un robito que no ha confesado*. Estas declaraciones –las de los escritores consultados para esta nota– despliegan un abanico de posturas en torno de ese interrogante existencial: del ascetismo absoluto al oficio desarrollado trabajosamente, pasando por las tentaciones ocasionales más o menos irresistibles. "Imagínese –dice Carlos Fuentes–, he estado en las mejores bibliotecas del mundo, en la Biblioteca Nacional de Francia, en la Universidad de Cambridge, en la de Harvard. Hay tentación, pero no, nunca: jamás en mi vida he robado un libro."

Vicente Battista, en cambio, no pudo resistir los cantos de sirenas que destilaban las imágenes de uno que lo llamó en plena calle, desde un escaparate. "Por una suerte de extraño rito, normalmente no suelo... Ni en los años mozos robaba en las librerías", explica Battista. "No es por cuestiones de ética, ni porque me parezca mal", aclara y se larga a contar: "Hace ya mucho tiempo, cuando estaba viviendo durante la dictadura en Barcelona, y mientras visitaba París, en uno de los estantes de una librería que habían puesto en la vereda encontré un libro sobre el erotismo en el arte con muchas ilustraciones. Lo empecé a hojear y era una cosa bellísima, que recorría desde los egipcios hasta la época actual, lo cual me pareció maravilloso. Y era muy caro. Disimuladamente, entonces, lo escondí; como era invierno, me lo escabullí en el sobretodo y me lo llevé. Pero como es sabido, aquello de robarle a un ladrón... Luego de llevármelo lo usé mucho, y ya de vuelta en Barcelona le propuse a la gente de Bruguera, que en ese momento andaba pidiendo ideas, hacer un libro sobre el erotismo. Era un poco copiarlo, digamos. Fusilarlo, así le decían. Dijeron que era una idea magnífica, y entonces se los llevé. Conclusión: no se hizo nunca y lo perdí, nunca me lo devolvieron; luego Bruguera quebró y yo me quedé sin esa joya. Era mi orgullo, porque creo que fue el único libro que robé en mi vida. Insisto: si no reincidí no es por razones morales, porque no tengo ningún problema en robar lo que sea".

Además de tener en común con Battista la experiencia en la redacción de la mítica revista *El escarabajo de oro*, Liliana Heker comparte con él la declaración de ha-

ROBAR LIBROS



"La aventura de robar un libro fue eso: una aventura." **HEKER**

ber robado un único libro en su vida. Le ganó de mano, eso sí: esto ocurrió a mediados de la década del '60, en una librería cuya ubicación se le perdió en la memoria. El título del volumen sintoniza: *Las relaciones peligrosas*, de Choderlos de Laclos. "Fue una satisfacción, porque es un libro que yo amo, y me lo robé –cuenta Heker–. Me acuerdo que ya estaba escribiendo lo que después sería mi novela *Zona de clivaje*, y entonces me interesaba muchísimo por el vínculo entre los personajes. Era una edición hermosísima, con ilustraciones, y me pareció que me la merecía. En esa época no había cuidadores, así que aprovechando un tumulto, porque creo que había una presentación de libro o algo así, lo tomé. Salí muy feliz con él."

Heker dice que en aquel momento robárselo le parecía muy apropiado: "Sentía que lo tenía que tener y no había ninguna posibilidad de comprarlo. No creo que pudiera tomar eso como un hábito: no tiene nada que ver conmigo. Pero la aventura de robar un libro, precisamente ése, para mí era fundamental. Fue eso: una aventura".

Para Martín Caparrós y sus compañeros de la adolescencia la aventura era también un deporte. De entre las frases iniciales, el *uf, tantos*, le pertenece. "Todo esto debe haber prescripto, porque yo fui adolescente hace tanto tiempo... –dice–. A principios de los '70 con varios compañeros de colegio teníamos como una competencia para ver quién se robaba el mejor libro. Debo decir que perdí: la ganó un amigo al que mataron después, durante la dictadura, con un libro ilustrado de Dalí, extraordinario y bastante pesado. No sé cómo habrá hecho. De esa época deportiva recuerdo un libro muy sesudo sobre no sé qué problemas idiomáticos de *La celestina*, de María Rosa Lida de Malkiel, que robé sólo porque me permitía en ese momento encabezar la tabla de posiciones, porque era grandote. Pero más allá del deporte, durante mucho tiempo no tuve la plata suficiente para comprar los libros que leía y muchas veces los robé."

Hubo un tiempo, años '60, '70, en el que afanarse un libro andaba muy cerca de lo heroico, de lo "robinhoodesco"; una postura un tanto más fundamentalista podía llegar a contener cierta carga despreciativa, pronunciable más o menos en estos términos: *esos burgueses comerciantes libreros tienen algo que nos pertenece, que es nuestro alimento, y es además nuestra herramienta de trabajo*. Bueno, como el librero es ahora visto como un laburante más, para los escritores ya no es tan enfatizable la nobleza del asunto. Aunque la mayoría de las opiniones sigan alejadísimas de la condena.

"En los '70 había una posición: era como noble robarse un libro. Pero no creo que ningún robo sea muy noble que digamos." **VALENZUELA**

Podría decirse que por amor, hasta el mismo Caparrós se retiró de la práctica deportiva: "Dejé de hacerlo en una época en la que conviví con una librera –cuenta–; entendí a los que estaban del otro lado. Veía su zozobra, justa, ante los ladrones de libros, y no lo hice más. De todas maneras, cuando viene un joven y me dice *ay, no tengo plata para comprar un libro tuyo*, le digo *qué sé yo, hermano, robalo, buscate la vida*".

"No seas boludo", le dijo Daniel Guebel a un amigo, al que prefiere no identificar, cuando fue a visitarlo a la Librería Santa Fe donde Guebel había empezado a trabajar una semana atrás; boludo o no, el caso es que no le hizo mucho caso y se llevó un libro que, cree, era una antología barthesiana acerca de cómo escribir que luego, dice, ni siquiera le prestó. Lo echaron ese mismo día por hacer la vista gorda: "Los dueños me llamaron –cuenta Guebel– y me dijeron *esto no va más*. La escena me genera una especie de íntima violencia; primero, por el riesgo de mi trabajo, y después por la torpeza infinita con la que mi amigo, claro que sin mi consentimiento, se llevaba el libro. Hizo una especie de giro de ballet y se lo colocó en la cintura, tratando de ocultarlo con un saco que tenía. Creo que lo vieron hasta en la 9 de Julio". Hacerle eso justo a Guebel, que jura que jamás robó un libro.

Luisa Valenzuela no recuerda si alguna vez de joven, cree que no; las tentaciones le parecen comprensibles y no condena a quien se deja seducir por ellas. "Sí, había una posición de que era como noble robarse un libro, pero no creo que ningún robo sea demasiado noble que digamos", dice. "Jamás me llevaría uno a cuyo dueño le resultara valioso, de una biblioteca personal. Yo creo que un libro es una cosa muy sagrada. El robo sería a una librería, que es como robarse un banco... En realidad me parece más noble robar el banco y después ir a comprar los libros. Porque al librero hay que fomentarlo, hay que alentarlo a que viva de lo suyo para que el libro circule lo mejor posible, no entorpecer su maquinaria de circulación. Si los robos fueran demasiados las librerías terminarían cerrando, se acabarían."

A esta altura queda claro que los libreros tienen mucho para contar sobre el asunto. Pero eso es otra nota *(ver aparte)*. En ésta, Federico Jeanmaire evoca una historia "muy justiciera" de sus tiempos de estudiante de Letras. "Cuando estábamos en segundo año de la facultad nos pidieron un libro que se llamaba ***La princesa de Clèves***. Como en ese tiempo, mientras uno es estudiante, jamás se compra una primera edición, con mis compañeros teníamos como un circuito de lugares de usados y baratos, Parque Rivadavia, Plaza Italia, Corrientes. Cuando alguno de nosotros descubría en uno de esos lugares que había varios libros que nos interesaban, compraba el suyo y les avisaba a los otros. Me acuerdo que en una de estas librerías había cuatro o cinco ejemplares de ***La princesa de Clèves***, una edición de bastante mala calidad, a un precio que hoy sería unos cincuenta centavos. Y entonces yo compré el primero y le dije al encargado *Guárdeme estos cuatro, que los van a venir a buscar mis compañeros*; cuando fueron, de cincuenta centavos habían pasado a diez pesos. Por eso digo que fue un robo justiciero que hice. Como los domingos a la mañana en ese lugar había un solo cuidador, aproveché mientras estaba en una punta y me afané los dos que quedaban. Me había dado mucha rabia... El capitalismo salvaje, viste."

"Yo debo haber robado alguno en mis excursiones por las librerías de viejo, hace muchísimos años", recuerda Noé Jitrik sin darle mayor relevancia. "Pero ni me acuerdo qué pude haber sustraído. En todo caso no fue ni sistemático, ni repetido, ni con designios. Todo el mundo en su historia tiene algún robito que no ha confesado y que además no tiene por qué confesar, porque eso ha perdido toda densidad, toda importancia." Tampoco le parece demasiado relevante que le robaran a él: "Una vez, en mi casa de México, descubrí que justo al día siguiente de la visita de un tipo en mi biblioteca faltaba un libro que acababa de recibir. Cuando me lo encontré le pregunté y me confesó que sí, que lo tenía; y ya lo tenía marcado, rayado. Se hizo el tonto o fingió demencia: *creí que me lo habías prestado*, me dijo. Pero si no le decía, el libro no aparecía nunca más".

"Que me roben un libro es una ofensa: esa persona no recupera jamás mi confianza –asegura Carlos Fuentes, un tanto más enfáticamente que Jitrik–. "No le haría a nadie lo que no me gustaría que me hicieran a mí. Y si yo robara un libro merecería irme también al infierno. Si lo hiciera, le estaría quitando la oportunidad de leer ese libro al siguiente lector; adjudicarme a mí ese derecho sería un acto despótico." ¿Qué le robaron? "Se dice el pecado, no se dice el pecador –responde–. Esa persona cometió un pecado mayor, y nunca volvió a entrar en mi casa. Se congeló. Me robó una primera edición del *Ulises* de Joyce."

Uh.

Daniel Guebel describe el modus operandi de un extraño ladrón que bien podría dejar pegado a más de uno. "En una época –cuenta– había un personaje muy interesante, un tipo que algo escribió y cuyo nombre no voy a dar, que por ejemplo le robaba de la biblioteca a Fogwill las obras completas de Roberto Arlt, y me las traía a mí. Y a mí me afanaba alguno y se lo llevaba a Sergio Villa, y así sucesivamente. Ponía en circulación los libros, y de golpe cambiaba de objeto, y pasaba a una lapicera Montblanc de Caparrós. Hacía circular los objetos de las casas de los escritores por las que andaba. Este mismo tipo, del que no sé nada desde hace años, me dijo que las obras completas de Arlt que tengo en casa eran de Fogwill. Ahora, qué se llevó de la mía, nunca lo descubrí."

"Nunca entré a una librería para robar, aunque lo haría, absolutamente –dice Esther Cross–. No estaría mal que entre las listas de

best sellers también se incluyera la de los más robados. Lo que sí hago, más que robar, es no devolverlos *a propósito*. Por la misma razón por la que perdono que no me devuelvan libros míos. Un buen ejemplo de ambos casos es ***El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson***, de Ezequiel Martínez Estrada, que me lo prestaron y como me gustó muchísimo fui quedándomelo: se traspapeló en la memoria del dueño, aunque no en la mía. Pero ahora lo presté, y todavía no me lo devolvieron."

"Se trata de un sistema de reciprocidades –dice Guebel–, uno presta y no te los devuelven, y viceversa. Yo veo libros en mi biblioteca que no recuerdo haber comprado y tampoco a quién puedo habérselos pedido prestados." "Bueno –tercia Vicente Battista–, yo tengo en la biblioteca de casa un cartel que dice que hay dos clases de idiotas: los que prestan libros y los que los devuelven. Y es rigurosamente cierto: cuando presto un libro ya lo doy por perdido. Y si me prestan uno y lo devuelvo me convierto en una especie de marmota. A menos que el libro sea malo, claro." "A veces me desaparecen libros, pero nunca sé si los presté, ni a quién –agrega Liliana Heker–. Muchas veces hacía fiestas en casa, cuando algún amigo o alguien del taller literario publicaba, y como por ahí venía mucha gente que ni conocía, no sé si alguien se robó algo de mi biblioteca. Si así fuera, tampoco me parecería criminal."

En fin: este universo anda cerca del equilibrio y la comprensión. Contiene injusticias, mesura, un toque de indignación y abundante fomento de la lectura. Los más jodidos son los libreros, pero ya se dijo: eso es la otra nota. Y Carlos Fuentes, bueno, que se quedó sin *Ulises* y sin amigo.

Entre estas historias de robos de libros, para terminar, no podían faltar las que quizá resulten más románticas para los propios escritores: enterarse de que un lector se jugó la honradez –acaso por única vez, teniendo en cuenta a los autores involucrados– por un volumen suyo. Aquí están, otra vez hermanados, Liliana Heker y Vicente Battista. "En plena dictadura –cuenta ella–, cuando empecé a dar talleres literarios en el teatro IFT, una de las chicas que participaba ahí me contó que en 1978, en medio de un gran tumulto que se había formado alrededor de Martha Lynch, mientras firmaba ejemplares en un stand de la Feria del Libro, aprovechó para robar un libro mío, *Un resplandor que se apagó en el mundo*. Y me llenó de alegría, porque dije *se la jugó para leer algo mío*."

"A mí me pasó una cosa muy divertida, también en la Feria del Libro –cuenta Battista–. Estaba firmando ejemplares en el stand de Emecé. Como se comprenderá, al no ser Bucay ni nada por el estilo, usaba la lapicera cada media hora o veinte minutos, cuando aparecía algún amigo para disimular. Pero yo estaba ahí y de pronto viene un señor desconocido: éste no era amigo. Y me da *El final de la calle*, mi libro de cuentos. Y yo se lo autografié, con toda pasión; le pedí el nombre, se lo firmé, el tipo agradeció y se fue. Y un segundo después apareció, desesperado, el vendedor del stand: *¡Qué barbaridad!*, me dijo. *¿Qué pasó? El que firmaste se lo acaba de robar de acá*. Maravilloso. Yo, contentísimo: que alguien se robe así un libro mío me parece el mejor homenaje." Ⓡ

El otro lado del mostrador

De afanes y afanos


Los ladrones ya no roban por amor al arte sino que lo hacen por su valor de reventa.

POR MARTIN DE AMBROSIO

Del otro lado del mostrador, los libreros que sufren económicamente estos afanes (o afanos) literarios, coinciden en una cosa: el romanticismo se acabó. No existe más el ladrón amante de la literatura que roba ese libro que tanto deseaba y que no puede comprar porque vive, bohemio, en alguna pensión perdida de San Telmo o Constitución. Nada de eso. Según los libreros consultados por **Radar**, ahora los choreos están organizados minuciosamente. Por ejemplo, con maletines o bolsos especialmente forrados con aluminio para evitar que suene el mecanismo de alarma a la salida, o con estrategias de distracción en las que intervienen varias personas. Pero estos ladrones no roban por amor al arte sino que lo hacen –como lo hacen con cualquier mercancía– por su valor de reventa.

"Ojalá nos robaran un libro por día para uso personal", se lamenta Luciano Levín, encargado de Gandhi con diez años en el oficio. El robo es uno de los problemas clave en el manejo de esa librería, de las más tradicionales de la calle Corrientes, que pierde unos 1000 pesos semanales en manos de los profesionales del hurto. Levín cuenta que alguna vez llegó incluso a armar un ranking con los libros más robados allí, en el que figuraba al tope Eduardo Galeano con *Las venas abiertas de América latina* seguido por Borges y Saramago, y lecturas más clásicas para adolescentes como Jack Kerouac o Charles Bukowski.

Pero la cosa ha cambiado de escala. "Acá nos han llegado a robar de un saque los veinte tomos de las *Obras Completas* de Freud", dice Levín. "Otra vez fui al stand de Anagrama y vi que faltaba todo Ian McEwan". Algo está claro, los robos los hace gente que vive de esto y lo robado no va a parar a la biblioteca de un fanático. O al menos no directamente: "Una vez me pasó que me faltaron 40 libros de *Asterix* y después los encontré en uno de los parques donde se venden usados, con el precio en la primera página escrito a mano por una compañera", dice Levín, quien termina con un dato concluyente: "Si vas un domingo temprano a los parques (*donde se revenden libros no-siempre-usados*) vas a ver a tipos con handy levantando pedidos". Para completar el panorama, Carlos, vendedor de Prometeo Libros, cuenta que si bien por las dimensiones del local que atiende en la calle Corrientes no sufren robos sistemáticos, sí ven la otra parte de la cuestión: cada día se aparecen seis o siete personas ofreciendo "libros usados", claramente "levantados" en otras librerías de la zona.

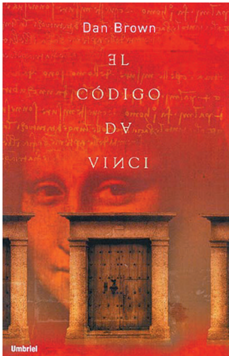
Por su parte, para Miguel de Avila, de la Librería de Avila (ex Librería del Colegio), otro de los clásicos porteños, lo del ladrón por necesidad literaria también es apenas un sueño romántico del que ya despertamos. "El ladrón hoy está institucionalizado, hay familias bien organizadas, con sus reducidores y todo. Ellos saben perfectamente bien qué robar, y ninguno roba para leer. Aquello que podía sonar simpático o contracultural, ya no existe. Hasta se roba por encargo, como sucede con el *Código Da Vinci* o las *Obras Completas* de Borges, que tienen la salida asegurada", afirma De Avila. Respecto de la cantidad de libros perdidos, De Avila sostiene que no puede hacer el cálculo porque es difícil determinar el faltante en un local con 150.000 libros. Pero, a ojo, no es poco lo que falta.

Y, aunque hay anécdotas de peleas a golpes de puño entre libreros y chorros literarios, tanto Levín como de Avila coinciden en que estos descuidistas no son violentos, entre otras razones posibles porque saben que gozan de una relativa impunidad: lo único que pueden hacer los libreros es decirles que no aparezcan nunca más, amenazarlos levemente y finalmente dejarlos ir. Además de la profesionalización del robo, los libreros destacan como novedad la participación de chicas en el asunto, aprovechando que "el librero tiene fama de baboso", según Levín.

Como sea, la cuestión del robo se ha puesto tan peliaguda que constantemente se piensan mecanismos para burlar a los ladrones. La cadena de librerías Cúspide, aunque sufre de un modo desigual el robo en sus distintos locales (la sucursal de Corrientes al 1300 es una de las preferidas, mientras que a la de Corrientes al 1200, un local chico, apenas si logran robarles algo de vez en cuando), tiene pensado contratar un servicio especial de empleados sólo para controlar el afano, gente a la cual se le paga sólo por mirar y ver que nadie se vaya sin pagar. Este método preventivo es el que le está dando muy buen rédito a la librería y disquería Zival`s, en la esquina de Corrientes y Callao. Según cuenta el vendedor Daniel Lago, desde que incorporaron a una persona "de civil" que relojea a los sospechosos los libros afanados se redujeron a la mitad. Lago cuenta que ha detectado otro *modus operandi* al que recurren los ladrones no-espontáneos: arrancan de los libros los parches que hacen sonar las alarmas, luego dejan los libros con prolijidad en un lugar conveniente para que después aparezca alguien impecablemente vestido y complete la faena. Ⓡ

BOCA DE URNA

Este es el listado de los libros más vendidos en Monk en la última semana:



FICCION

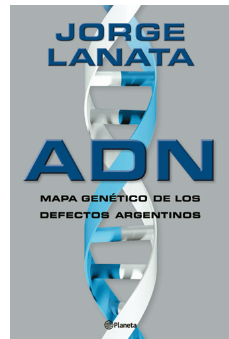
1 **El Código Da Vinci**
Dan Brown
Umbriel

2 **¿Tienes miedo a la oscuridad?**
Sydney Sheldon
Emecé

3 **Memoria de mis putas tristes**
Gabriel García Márquez
Sudamericana

4 **Valfierno**
Martín Caparrós
Planeta

5 **Angeles y Demonios**
Dan Brown
Umbriel



NO FICCION

1 **ADN**
Jorge Lanata
Planeta

2 **Los mitos de la historia argentina**
Felipe Pigna
Norma

3 **El pelotudo argentino**
Mario Rubén Kostzer
Ediciones B

4 **Enemigos**
Ernesto Tenembaum
Norma

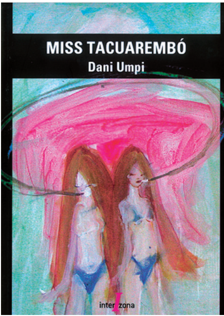
5 **Curvas peligrosas**
Maitena
Sudamericana

Pibes y Coqueterías



Cara y ceca de la banalidad en la educación sentimental de una chica de provincia.

Miss Tacuarembó
Dani Umpi
Interzona
204 páginas



POR PATRICIO LENNARD

A algunos textos se les nota más que a otros la lista de ingredientes. Aunque no es obligatorio que los libros aclaren en la contratapa el valor energético de la intriga o la composición centesimal de sus personajes, la inspiración de *Miss Tacuarembó*, del uruguayo Dani Umpi, en la celebrada novela de Alejandro López, *La asesina de Lady Di* (2001), no sólo es algo que quienes leyeron la novela de López notarán de inmediato sino también un motivo (y que Harold Bloom disculpe) de celebrar lo insalvable que son las influencias.

Situado en la delgada línea rosa que hay entre Puig y Copi, y dueño del acelerado ritmo de *cartoon* de algunas de las novelas de César Aira, el texto de Umpi cuenta la historia de Natalia, una joven que pudo huir hacia Buenos Aires de la atmósfera opresiva de su pueblo con el sueño de llegar a ser modelo, y que luego de seis años de no ver a su madre es invitada a un *talk show* televisivo en que ésta pretende reencontrarla. Frívola, neurótica, hija de la educación sentimental que la cultura de masas promueve a través de las telenovelas, la protagonista narra su presente de promotora en una perfumería (¿hay algo más parecido al arquetipo de la modelo frustrada?) en medio de constantes remisiones a su niñez de provincia. De allí surge la historia de Carlos, ese "amiguito medio rarito" con quien Natalia jugaba a las modelos, y junto al que siempre iba a misa a pedirle a Cristo desde una tarta de frutillas hasta el primer televisor color que a ella le obsequiaron.

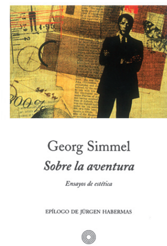
El kitsch del pop latino que inundaba *La asesina de Lady Di* es reemplazado en el texto de Umpi por el empalago *new age* que echa a volar en Enya, mientras la dimensión ochentosa que emerge en los recuerdos de la protagonista trae una ensalada de *Gremlins*, *Parchís*, Pibes y Coqueterías. De hecho, Enya (a través del *racconto* obsesivo que el personaje hace de su historia artística y discográfica) es objeto de unos de los tantos parlamentos que recuerdan los meticulosos fichajes de bandas musicales del *American Psycho* de Easton Ellis. Eso sí: con la salvedad de que en *Miss Tacuarembó* si algo se describe minuciosamente son las fragancias de perfumes importados que encharcaron los cuellos argentinos en la década del '90, y que hoy apenas balbucean en las imitaciones que puede vender algún cuentapropista. Así, si el Jazz de Yves-Saint Laurent es el perfume que más excita a Natalia, es lógico que imagine que "Cristo debe usar CK Be" de la variada gama de fragancias de Calvin.

Escritor, poeta, cantante, *performer* y fotógrafo de eventos sociales, Dani Umpi adquirió cierta relevancia en la Argentina cuando montó una obra en el Centro Cultural Recoleta en que Natalia Oreiro festejó su cumpleaños, rompió una piñata y miró un video con saludos de sus vecinos. Es, en efecto, en ese terreno engañoso en que parece no haber más que superficie, frivolidad y obnubilado bovarismo, que la novela de Umpi –valiéndose del humor y la ironía– arma una operación crítica sobre la religión cristiana y su aparato iconográfico, así como sobre la banalidad entendida como dominante cultural contemporánea. Decir que *Miss Tacuarembó* hace reír y entretiene no necesariamente pone bajo sospecha un texto que no es apto para sabuesos de citas culturales. Nada más lejos del deseo de Umpi, quien al lado de Puig, Copi y Alejandro López (lo que para nada significa una deshonra) se queda con la banda, la corona y las flores de una sonriente Miss Simpatía. Ⓡ

Las aventuras de la intimidad

Una recopilación de ensayos con epílogo de Habermas recupera todo el potencial sociológico de Georg Simmel.

Sobre la aventura
Georg Simmel
Península
442 páginas



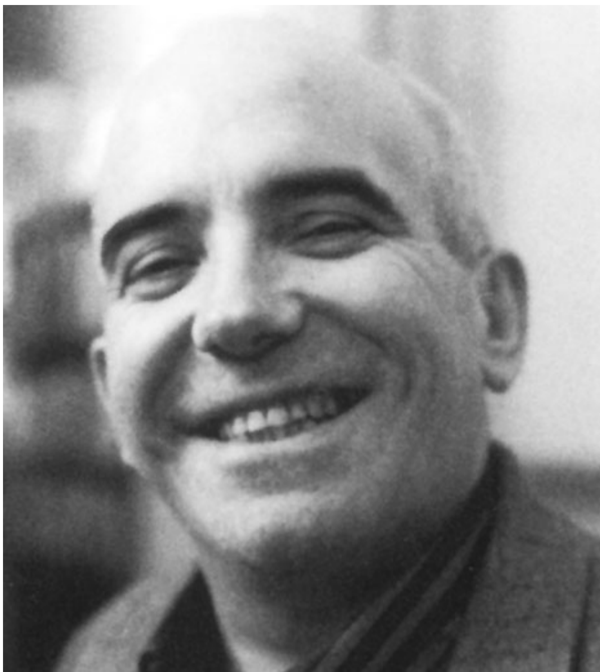
POR SERGIO DI NUCCI

En el epílogo a esta póstuma recopilación de ensayos, el filósofo alemán Jürgen Habermas señala que Georg Simmel (también alemán, filósofo y sociólogo) representó un tipo *diferente*. Casi cien años después, no parece difícil comparar la influencia actual de Simmel a la que ejerció durante los años en que vivió y escribió. El Simmel que inspiró a tantos intelectuales que durante el siglo XX reverenciaron generaciones de profesores, escritores y críticos argentinos, norteamericanos, italianos o eslovacos, de derecha a izquierda, es el mismo a quien hoy se evoca con un entusiasmo que habría halagado pero sorprendido al sociólogo de Berlín. Simmel representó la desobediencia al absolutismo del deber kantiano, sin que esto implicara la renuncia a las premisas fundamentales de Kant ni a la modernidad. El suyo ha sido un espíritu sensible y curiosísimo, dispuesto a observar las conductas, la práctica social, la polémica política y el arte. Simmel es el coetáneo ideal de los movimientos de "emancipación" o de "decadencia" del fin del siglo XIX: del radicalismo escandinavo o de la impaciencia de Ibsen contra la presión de los ideales sociales a las fábulas polémicas contra el matrimonio burgués y la estratificación por castas en el teatro de Alejandro Dumas hijo.

Había nacido en Breslau en 1858 y murió en Estrasburgo en 1918. Sus años de formación son los de la incontestable hegemonía cientificista, triunfante durante la segunda mitad del siglo XIX en un marco religioso y filosófico que se veía cada vez más asediado. Pero Simmel supo ofrecer también una alternativa consistente a las seducciones, tan siglo XX, del irracionalismo filosófico y sus crueldades. La exaltación que realizó de los tipos morales, de los sentimientos, de las ideas que están en la base de la reconstrucción histórica ejerció una influencia decisiva en la formación de figuras como Ernst Bloch y Georg Lukács, pero también de Max Horkheimer y Theodor Adorno, y aun de Martin Heidegger, Karl Jaspers y Walter Benjamin. Justamente, Adorno señaló que "Simmel fue el primero que operó ese giro de la filosofía hacia el tratamiento de objetos concretos que luego ha sido canónico".

Por lo general, Simmel emprendió esta tarea desde el ensayo, que es "liberador" –según Adorno– sobre lo que ha sido objeto de odio y de amor. Los textos que reúne esta colección tratan sobre la moda, la "coquetería", el "problema de los sexos", sobre Miguel Angel y Rodin, sobre los Alpes y "la personalidad de Dios", sobre la "cultura femenina", las "ruinas" y "el concepto y la tragedia de la cultura". En todos ellos se revela un arte sutil de la reconstrucción a partir de indicios. A través de un análisis minucioso de las costumbres desnudas y de las vestimentas que las disimulan, de las modas sociales e intelectuales, de las frases dominantes y de los lugares comunes, Simmel busca reconstruir las inclinaciones típicas y los principios reguladores de un mundo histórico, y, más allá de éste, de la esquiva intimidad humana. El modelo sirvió de base al ensayismo de los años '20, como el de Ortega y Gasset en España, y posteriormente fue una de las inspiraciones para la moda de la historiografía de la vida cotidiana y de la vida privada.

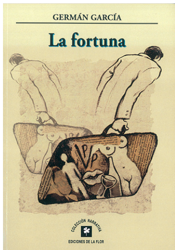
Algunos de los títulos de sus libros podrán resultar obsoletos para el lector actual (*Introducción a la ciencia de la moral*, 1892; *Problemas de la filosofía de la historia*, 1892; *Filosofía del dinero*, 1900). Pero después de todo, este autor al que se identifica con el relativismo fue fiel hasta el fin a la reflexión, a la serenidad y al rigor de la ética. Ⓡ



El azar de una década vertiginosa

Los ’70, el exilio y el azar según Borges, se dan cita en esta novela vital y tramada mediante conversaciones de Germán García.

La fortuna
Germán García
Ediciones de la Flor
285 páginas



POR OSVALDO AGUIRRE

En “La lotería en Babilonia”, un cuento de *Ficciones*, Borges imaginó un orden fundado en el caos: la vida de un pueblo librada a los sorteos de una lotería infinita. Una compañía secreta, que detenta la suma del poder público y funciona silenciosamente, gobierna allí el azar. Esa historia, y el carácter de la empresa supuesta, recibieron distintas interpretaciones, a partir de las que ofrece el propio texto. En *La fortuna*, Germán García propone una lectura nueva para esas viejas argucias, pero su interés en el juego apunta al orden de la escritura: la novela, por empezar, se despliega a través de nueve capítulos, cuyos títulos y epígrafes provienen del cuento de Borges.

La fortuna se pone en movimiento con una pregunta. Braun, el protagonista, es abordado por una mujer que investiga la vida de Paula, una desaparecida. El interrogante, sin embargo, queda virtualmente en suspenso hasta las últimas páginas, desplazado por un relato que parte de principios de los años ’ 70 y llega hasta la actualidad. Pasa que ese nombre tiene un significado especial para Braun, no por la relación amorosa que ambos mantuvieron, tampoco porque se haya tratado de una persona extraordinaria: Paula es una cifra, “una constelación de acontecimientos” que él desearía olvidar pero que, además de constituir su pasado, se proyecta como algo inquietante en el presente. En Barcelona, donde se exilia durante la dictadura, logra la suficiente distancia para devanar aquello que está ligado a ese nombre, que es al mismo tiempo aquello que lo vincula con su ciudad de origen y lo separa de su lugar de residencia (“despertaba en la noche con cualquier imagen de Buenos Aires”). Esa distancia es el modo en que Braun puede hablar de lo que ha pasado, por ejemplo de “la noche del secreto”, la forma en que denomina a los acontecimientos que en la primera mitad de los años ’70 prenunciaron la instauración del terrorismo de Estado.

Antes del exilio, Braun trabaja como redactor en una agencia publicitaria, sueña con ser escritor y parece intrigado por saber sobre aquellos que han sido beneficiados por la suerte: los millonarios y los pobres a los que el azar convierte de pronto en ricos. Desafortunado en términos económicos, tampoco disfruta demasiado en el amor: después de separarse de su mujer, seduce a una estudiante valiéndose de *Ferdydurke* como anzuelo, aunque termina enterándose de que en vez de conquistador jugó el rol de conquistado, y por otra parte esa relación fue un modo de neutralizar a Paula, “el poder de su presencia y de su palabra”. Primero ausente y después desaparecida, sin manifestarse más que de modo indirecto, a través de lo que otros dicen de ella, Paula es el centro de la novela y no deja de producir efectos en Braun: su recuerdo lo lleva al exilio y lo trae de regreso.

Si no cumple su deseo de dedicarse a la literatura –justamente por falta de fortuna, en términos económicos, pero también porque le interesa más la filosofía–, Braun puede en cambio situarse como un testigo lúcido de los clichés y las manías de los supuestos escritores, con su propósito inocente de intimar con “gente de la cultura”. Esa posición se afirma en Europa, donde asiste a una serie de mesas redondas, conferencias y congresos y, en Barcelona, a las discusiones de los intelectuales exiliados y catalanes con sede en el bar Bocaccio. De manera vertiginosa se suceden homenajes, rescates (de Reynaldo Mariani, de Emeterio Cerro) y críticas, y se reelaboran discusiones e ideas que componen una especie de friso de época. Germán García puede tomar a un personaje muy conocido, por ejemplo Oscar Masotta, y revelarlo, en un instante, por primera vez: “Le gustaba reír, tocar el piano, y las mujeres. Y estudiar para escribir”. Al mismo tiempo prodiga en forma incesante pequeñas historias (entre otras, una muy divertida de Gombrowicz sobre Borges), juegos de palabras que funcionan como definiciones, reflexiones notables sobre cultura y política (en los años ’ 70, “el líder podía decir la verdad, y así mentir de la manera más eficaz. Puesto que la verdad no se dice en público, cuando se la dice es para engañar”). En el centro de esa compleja trama aparece la interpretación de “La lotería en Babilonia”, redescubierto como un texto político que anticipa algunos de los aspectos más siniestros de los ’70 y leído contra el propio Borges como una descripción de “la manipulación del terror y la esperanza”, una figuración del terrorismo de Estado.

Germán García reescribe sus novelas anteriores –ésta es la primera en tercera persona– y reescribe sus lecturas, pero lo determinante en *La fortuna* es cómo se inscribe lo que ha sido escuchado. La clave formal de la novela es su trama de conversaciones, la construcción de los personajes con voces con frecuencia veladas como en un criptograma, con frecuencia reconocibles: el personaje de Paula ha sido elaborado con la voz de Pirí Lugones (“soy nieta de un poeta, hija de un torturador”), figura que en virtud de cierta coincidencia se relaciona con Paul Celan. De esa manera se explican los giros inesperados de la narración, la mezcla imprevisible de circunstancias, lugares y personajes, las distintas velocidades del tiempo. La sucesión de los años, explica Braun, se esfuma, el calendario se mide por el retorno de ciertos nombres y lugares. Esos elementos están fuera del tiempo, pertenecen a la escritura, un orden que sigue los dictados, que son iluminaciones, del azar. Ⓡ

NOTICIAS DEL MUNDO



CUMBRE NEGRA

El fin de semana pasado se llevó a cabo en Barcelona el Primer Encuentro Europeo de Novela Negra del que participaron unos 20 destacados autores del género, entre los que se encontraban el sueco Henning Mankell, el griego Petros Márkaris y la estadounidense residente en Italia Donna Leon. El encuentro se hizo con el lema “De Dublín a Moscú” y sirvió también como homenaje a Manuel Vázquez Montalbán –fallecido en 2003 en Bangkok– y uno de los mejores expositores del género negro en la península. La cumbre negra tuvo como punto de partida un orgullo europeo: si en el segundo tercio del siglo XX los maestros del género negro escribían en los Estados Unidos, desde los años sesenta se produjo en Europa una singular renovación que ha hecho del panorama negro europeo el más fecundo del planeta. Entre otras cosas los escritores reunidos –el encuentro buscó mezclar lo académico con lo popular– se preguntaron si el género contribuye a generar una identidad común europea. Y entre la serie de homenajes que se le hicieron a Vázquez Montalbán, se destacó la carta que remitió el escritor italiano Andrea Camilleri, en cuyas novelas el comisario se llama no casualmente Montalbano. Camilleri contó que Vázquez Montalbán le pidió que escribieran un libro a cuatro manos. “Un libro sobre nuestra formación civil y literaria bajo diversas dictaduras y tiempos históricos diversos, debido a nuestra diferencia de edad, pero nos dimos cuenta de que era muy difícil hacerlo porque, como él me dijo, un libro como ése sólo lo podíamos escribir mirándonos a los ojos.” Como parte de los homenajes, los escritores también recorrieron las rutas catalanas por donde anduvo de correrías Pepe Carvalho.

CUANDO DE CUBA SE FUE

De gira por España promoviendo su último libro *El inútil de la familia* el escritor chileno Jorge Edwards, Premio Cervantes 1999, comentó que su próximo libro será un ensayo memoria de lo ocurrido desde que fue expulsado de Cuba. El libro se llamará *Treinta años después* y aunque inevitablemente será leído de ese modo, Edwards, de 73 años, se ocupó de aclarar sin embargo que no será una continuación de *Persona non grata*, el libro en el que abordaba su expulsión por parte del gobierno de Fidel Castro.

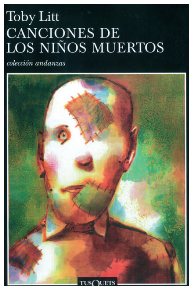
DE CULTO

Juegos de guerra



La novela de Toby Litt se ha convertido en libro de culto con su visión terrible de la pubertad y su velado homenaje a aquel clásico de la maldad infantil llamado *El señor de las moscas*.

Canciones de los niños muertos
Toby Litt
Tusquets
354 págs.



POR MARIANA ENRIQUEZ

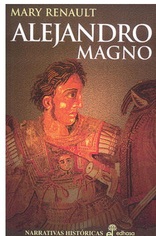
Pandilla está integrada por Peter, Paul, Andrew y Mathew, cuatro chicos que pasan las vacaciones en un pueblo del norte de Londres, a principios de los años '70. Pandilla juega a la guerra, o mejor, se prepara para el encuentro post Guerra Fría con los rusos. Tiene campamentos secretos, vías de escape, barricadas, guardan archivos. Los soldados se toman el juego muy en serio, como suelen hacerlo los chicos. Pero lo que da miedo cuando se avanza en la lectura no es sólo la crueldad con que el juego se desarrolla: es la certeza de que los chicos están preparados para morir y matar con tal de exterminar al enemigo. Y el enemigo no son los rusos: son los adultos. Pandilla llama a la contienda "la guerra entre los Jóvenes y los Viejos".

Hace cincuenta años, William Golding se internó en el mundo amoral y violento de la infancia con *El señor de las moscas*. La novela de Toby Litt casi homenajea a su influencia más obvia, pero en *Canciones de los niños muertos* los adultos están presentes; cuando no son las futuras víctimas de los niños, son su objeto de desprecio. En este sentido no es sólo una novela sobre la infancia, sino también sobre la paternidad. Los padres de Paul, pacifistas de izquierda, no tienen influencia alguna sobre su hijo que, hacia el final de la novela, entra en una competencia cruel y monstruosa por el control de Pandilla. El padre de Andrew –líder de Pandilla– es un golpeador que estimula la violencia de su hijo y sus amigos con irresponsabilidad criminal. Los padres de Peter parecen perpetuamente estupefactos. Y los abuelos de Mathew –más tarde llamados "Los Dinosaurios"– desencadenan la espiral de violencia final cuando, por confiados, desatienden la meningitis fulminante que mata a su nieto.

La novela de Litt maneja varias voces: cuando Pandilla habla, en plural, el relato es monolítico. Pero luego se desdibuja, y aparecen las versiones de los hechos narradas por cada uno de los chicos. Son sutilmente diferentes, en ocasiones confusas, y desordenan el relato. Los chicos, embarcados en una espiral de sutil violencia criminal, se traicionan, mienten, conspiran, temen. Los cambios de punto de vista expresan ese nerviosismo y las contradicciones de Pandilla. "Las cuatro identidades son fluidas", dice Litt. "Se copian, se parodian, se intercambian. El libro es su historia contada por los cuatro, y a veces por uno pensando como los cuatro. Es el Nuevo Testamento de los chicos." Y como en el Nuevo Testamento, los mismos hechos aparecen vagamente distorsionados. Cada capítulo del Testamento está precedido por fragmentos de *Canciones de los niños muertos* de Mahler. Litt explica: "Los usé porque existe un género de poesía alemana llamada así (*kindertotenlieder*) que dan una mirada anodina y sentimental sobre los niños: aún antes de morir, no se les permite existir. Suelen estar en la puerta de sus casas, con miradas beatíficas, cosa que los niños nunca hacen. También me gustó usar el alemán. La novela tiene lugar en los '70: en aquella época, cuando los chicos jugaban a la guerra, lo hacían contra los alemanes".

Canciones de los niños muertos se ha convertido en un libro de culto y también se consigue online como *ebook*; la crítica compara a Litt con el primer Ian McEwan –otro escritor interesado en el lado oscuro de la infancia– e insiste en la influencia de Golding. Pero Litt asegura que no releyó *El señor de las moscas* cuando escribió su novela: más bien tomó como modelo *Las vírgenes suicidas* de Jeffrey Eugenides. Ambas novelas trabajan sobre ese universo terrible de la primera adolescencia, cuando la pérdida de la inocencia puede convertirse en tragedia, y el secreto –el silencio– en un abismo que separa a los adultos de los chicos tan profundo como el que separa a los vivos de los muertos. ®

Yo, Alejandro

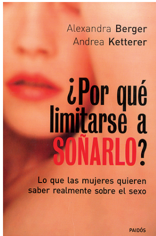


Alejandro Magno
Mary Renault
Edhasa
256 páginas

Con la película de Oliver Stone no sólo desembarcan los documentales oportunistas del History o Discovery Channel y los olvidables backstages de E! Entertainment Television sino también un tropel de libros listos para la ocasión: examinar quirúrgicamente personalidad, sueños, caprichos, ambiciones, tácticas, amantes y enemigos de uno de los más profusos conquistadores de la violenta historia humana, Alejandro Magno. Entre las incontables biografías –que van y vienen, según el candor de la época–, tal vez la más certera sea la de Mary Renault (1905-1983), escritora inglesa obsesionada con todo lo que atañe al heleno al que le dedicó también una trilogía de novelas históricas (*Fuegos del paraíso*, sobre la infancia de Alejandro; *El muchacho persa*, centrada en Bagoas, el "esclavo sexual" del griego, y *Juegos funerarios*, sobre el desguace de su inabarcable imperio de 4800 kilómetros de oeste a este). En el caso de la biografía, lo que destaca no sólo es la recreación del *Zeitgeist* griego (clima cultural de la época) sino también la pulcritud y el rigor histórico de Renault, una autoridad en el tema como fue Robert Graves en el caso del emperador romano Claudio y la genial Marguerite Yourcenar con Adriano. Así, sin caer en el camino soporífero de la descripción cronológica, Renault (que defendió a morir su relación amorosa con Julie Mallard, con quien se mudó a Africa) sacude los mitos y leyendas inflamadas alrededor de la figura de Alejandro y muestra, sin aburrir al más entusiasta que salga defraudado del cine, a un hombre –hijo, discípulo, amante y esposo por obligación– cegado por la gloria y los aires de deidad que, entre tantas elecciones desopilantes, lo llevaron a fundar una ciudad en India en honor a su querido caballo Bucéfalo.

FEDERICO KUKSO

Sexo sexo sexo



¿Por qué limitarse a soñarlo? Lo que las mujeres quieren saber realmente sobre sexo.
Alexandra Berger y Andrea Ketterer
Editorial Paidós
328 páginas

No es difícil caer en la trampa. Más si una defendió a Carrie, Miranda, Charlotte y Samantha de sus detractores más despiadados y no se perdió ni el más conservador de sus capítulos, una novedad editorial que viene envuelta en una banda azul que dice "El libro que lee la gente que mira *Sex and the City*", no puede más que despertar alguna expectativa. Pero toda ilusión se desmorona en las primeras páginas. En *¿Por qué limitarse a soñarlo?*, sus autoras, Alexandra Berger y Andrea Ketter, alemanas ambas, graduada la primera en Comunicación, Filología Germánica y Psicología y la otra en Filología Germánica y Ciencias del Deporte, no se permiten ninguna de las ironías, guiños o vacilaciones tan propias a la serie. Sus 328 interminables páginas transcurren en el más gomoso tono de manual de autoayuda con apartados sorprendentes como "Los hombres funcionan de otra manera", "El silencio no siempre es oro" o "La tierna obertura". La obra alcanza momentos casi aterradores. "¿Se ha seducido alguna vez a sí misma?, ¿se ha mimado como es debido? Tómese al menos una hora", sugiere el capítulo "Una masturbación placentera". Ni hablar de los consejos para ejercitar el músculo PC (pubococcígeo) sobre el retrete. En "el camino hacia la cima", se llega no ya al desconcierto sino a la indignación. Y todavía queda explorar los misterios de "Sexo para toda la vida" y la voluntad desmitificadora de "Perversiones sexuales". El ánimo llega prácticamente deshecho a "Cibersexo: ¿el sexo del futuro?", el capítulo remate que, por suerte, tiene la delicadeza de advertir que "el sexo *normal* jamás será reemplazado por la internet". Ni Charlotte, la más naïf de las chicas de *Sex and the City*, lo resistiría.

CECILIA SOSA

Mundo loco



Bajo la mirada del halcón
Estados Unidos-América latina post 11/9/2001
Claudio Fuentes S. (editor)
Editorial Biblos
260 páginas

El conjunto de artículos que este libro reúne surgió del intento de responder una pregunta: ¿han cambiado –y en ese caso, cuánto– las relaciones políticas entre Estados Unidos y Latinoamérica desde los atentados del 11 de septiembre de 2001? Pregunta que, en realidad, es la versión optimista o políticamente correcta de otra, más cercana a la realidad: ¿cuánto cambió Estados Unidos *su* política para con la región?

Como fuese, el libro intenta dar cuenta –desde la ciencia política– de la nueva doctrina aún más unilateralista de Estados Unidos por la cual cada vez necesita menos dar cuenta de su accionar tanto hacia el frente externo (Francia, Rusia y China se opusieron a la invasión a Irak y el Pentágono apenas si se mosqueó) como hacia el interno, más aún ahora con el mandato de Bush revalidado. A tal efecto, una serie de universitarios de todo el continente, especialistas en el tema, encaran la cuestión desde su área específica de estudios. En algo coinciden los ensayistas: pese a la existencia de la Cuba castrista, la Venezuela chavista, la Colombia de las FARC o incluso el Brasil lulista y la Argentina nestorista o la Bolivia de los cocaleros de Evo Morales, América latina pasó a ser una cuestión muy secundaria en el nuevo mapa mundial de problemas que realizó los Estados Unidos después de la caída de las Torres Gemelas. Vistos en conjunto, los artículos también logran dejar en claro las diferencias entre el patio de atrás de los Estados Unidos propiamente dicho –es decir, Centroamérica y el Caribe– y el resto de América latina.

MARTÍN DE AMBROSIO



Los versos satánicos

El anuncio de la publicación de un libro con pensamientos de Osama bin Laden ya está levantando polvareda en los Estados Unidos.

Primero fueron los libros en los que el tirano depuesto Saddam Hussein daba rienda suelta a su insospechada veta literaria (una era una novelita rosa titulada *Zabiba y el rey* que fue suceso de ventas en Irak y la otra relataba una conspiración judeocristiana contra los árabes y se llamaba *¡Demonios, marchaos!*). Ahora es el tiempo del libro del actual enemigo número uno de Estados Unidos, Osama bin Laden. El opus en cuestión se llamará *The Al Qaeda Reader* (*El lector de Al Qaeda*) y recogerá el pensamiento vivo del mismísimo líder de la organización, junto con otros dirigentes de la red terrorista. *El lector de Al Qaeda* incluye una historia del grupo musulmán, una serie de entrevistas a Osama y sus adláteres, además de un tratado sobre la lucha islámica escrito por Ayman Al Zawahri, mano derecha de Bin Laden. El libro no será editado por una editorial pequeña, ni siquiera por una editorial pro musulmana, o anticapitalista, sino por la poderosa Doubleday, perteneciente a Random House, a su vez dependiente del grupo alemán Bertelsmann (todo lo cual puede llegar a hacer las delicias de Michael Moore, que en sus documentales ya ha denunciado los estrechos lazos que supo cultivar la familia del multimillonario árabe con lo más granado del capitalismo norteamericano y mundial).

Naturalmente, el anuncio del próximo lanzamiento editorial no pasó desapercibido entre los deudos de las víctimas del atentado contra las Torres Gemelas, entre quienes ya se desliza directamente la posibilidad de la censura. Jack Lynch, padre de uno de los bomberos que murieron en el derrumbe de las Torres Gemelas, sostuvo "no quiero regalar a los terroristas una plataforma para que impulsen su agenda". En tanto que voceros de la editorial se defendieron esgrimiendo el argumento de que el libro puede ayudar a "educar a los estadounidenses y ofrecer información útil para combatir al enemigo". Pero como la cosa empezó a levantar polvareda, el propio presidente de Random House, Stephen Rubin, tuvo que salir a dar la cara: "Creemos firmemente que hacemos un gran servicio a Estados Unidos publicando los pensamientos más hondos de nuestros enemigos más graves", dijo. En tanto, aseguró como "posible" que las ganancias vayan a parar a organizaciones de beneficencia.

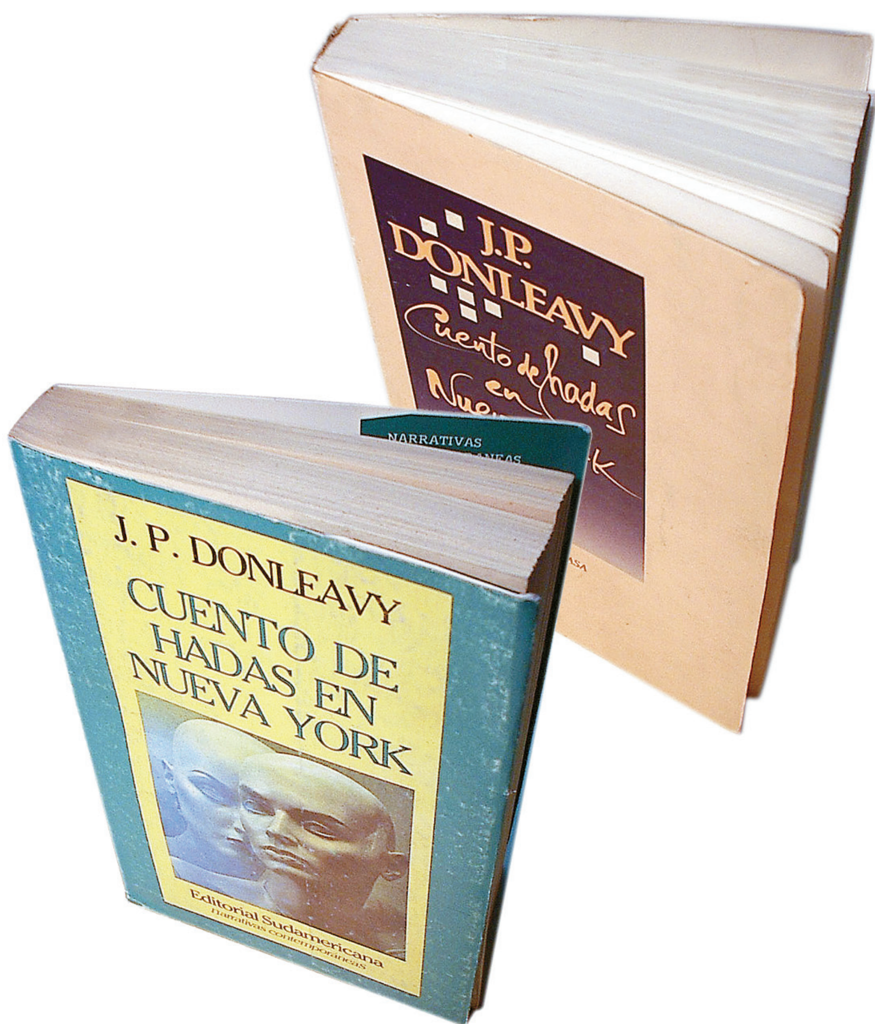
Yendo al contenido de libro, se informó que no se trata de un texto elaborado recientemente por Osama y compañía, sino que una parte –titulada "La batalla de la guarida de los leones de los guerrilleros árabes en Afganistán"– había sido publicada por la International Yihad Press (Prensa Internacional de la Guerra Santa) en Egipto, mientras que la otra mitad –"Cosecha amarga"– se editó en una pequeña y desconocida imprenta de Jordania. Para completar el volumen, se piensa agregar una serie de entrevistas que le supieron hacer a Bin Laden.

Aunque todavía no se conoce la fecha exacta en que saldrá el libro, ya que el traductor (Raymond Ibrahim, un empleado de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos que se topó con los escritos mientras revisaba textos de Medio Oriente y que impulsó la publicación a través del agente literario neoyorquino Glen Hartley) aún se encuentra trabajando en los originales. A todo esto, ¿alguien sabe dónde está el autor y por qué Estados Unidos no lo puede atrapar? Ⓡ

VOLVE

Pedido de reedición

Cuento de hadas en Nueva York



El libro que convirtió a J.P. Donleavy en la figura excéntrica y legendaria que hoy habita un castillo en Irlanda, que aparece en las fotos siempre posando corpulento y satisfecho, embutido en espantosos trajes de tweed, apoyado siempre en un bastón de campo innecesario, con los ojos refulgentes de picardía y esa mueca de satisfacción que tienen los que llegaron lejos no sin una jugada espuria y maestra que todavía los enorgullece; en el personaje que vive siempre con una beldad despampanante en esos ambientes de techos altos, paredes de piedra y grandes muebles de madera entre los que recibe a los esporádicos peregrinos que llegan hasta ahí para conocerlo; en el escritor que guarda los manuscritos de sus libros en una mazmorra medieval; el libro que lo convirtió en ese tipo escapado de una novela de Donleavy, es *Hombre de mazapán*. En esa novela de 1955 Donleavy dio a conocer su versión acabada de lo que sería el espíritu de cada uno de sus libros: el héroe canalla, el sarcasmo romántico, el lirismo ácido, la picaresca desencantada en la que cada capítulo termina siempre con una escalera descendente de versos tristes, melancólicos y cómicos.

Además, no todo es literatura: el libro se publicó por primera vez –tras infinidad de rechazos en otras editoriales– en Olympia Press, que también se arriesgaría a publicar ese otro "material pornográfico" llamado *Lolita*. Pero la relación entre autor y editorial no fue tan buena como se podía suponer y, tras 25 años de encarnizado enfrentamiento legal, Donleavy arrebató la propiedad de Olympia a su dueño y fundador, el también legendario Maurice Girodias.

Pero si hubiese que pedir la reedición de uno solo de sus libros, no son pocos los que votarían por *Cuento de hadas en Nueva York* (1961). (Alcanza con que voten sólo los que arrasan con los pocos ejemplares de Sudamericana que asoman en las librerías de viejos o con las pilas de la edición pocket de Edhasa que cada tanto aparecen en las mesas de saldo.) Por algo será que la triste y exagerada historia de Cornelius Christian -el hombre que embarca de Europa rumbo a su América natal, cuya esposa muere sorpresivamente en alta mar y que se ve obligado a trabajar en la funeraria que contrata para solventar los gastos del entierro– se ha convertido en una modesta biblia del humor negro y los corazones rotos. Así que bien se merece una reedición. Ninguna biblia debería ser difícil de encontrar. Ⓡ

Lafusión



¿VISTE QUE CUANDO TE VAS
DE VACACIONES
VOLVÉS SIENDO OTRO?

ELLA NO.

La periodista más importante de la Argentina regresa con media hora más de programa y la credibilidad de siempre. Escuchá a Magdalena y al mejor equipo periodístico. Despertate en serio.

MAGDALENA TEMPRANÍSIMO LUN. A VIER. **6 A 9 HS.**



Ochenta Años de Otro Aire